Dennis Cardoze

EDUCACIÓN HOY

UNA VISIÓN CRÍTICA

Colección Manuales y Textos Universitarios N°13
Serie: Educación y Lenguaje

Panamá, 2004

Dennis Cardoze

EDUCACIÓN HOY

Una visión crítica

Panamá, 2004

COLECCIÓN MANUALES Y TEXTOS UNIVERSITARIOS N°13
SERIE: EDUCACIÓN Y LENGUAJE

EDUCACIÓN HOY - UNA VISIÓN CRÍTICA

ISBN 9962-53-125-X

Editorial Universitaria, ***"Carlos Manuel Gasteazoro"***, 2004.
Estafeta Universitaria.
Panamá, República de Panamá
Tel. 264-2087 / Fax. 269-2684



Segunda Edición corregida, 500 ejemplares, 2004.
Primera Edición, 500 ejemplares, 1984.

EDUCACIÓN HOY

Una visión crítica

ÍNDICE

PRÓLOGO

Los problemas relacionados con la educación han ocupado nuestro interés desde hace ya algunos años, podríamos decir que prácticamente desde que nos encontrábamos como alumnos de escuela secundaria en pleno proceso formativo. Ya desde entonces, habían cosas que no lográbamos comprender, pero que teníamos que aceptar; estábamos tan ocupados y sometidos al proceso educativo que no podíamos ser actores y críticos al mismo tiempo. No podemos negar que nuestra educación nos dejó importantes beneficios, pero ahora, situados a una mayor distancia, podemos también reconocer todo lo que pudo ser y no fue, todos los defectos de que adolecía aquella enseñanza, y vemos cómo hoy, después de dos décadas, la situación no ha cambiado sustancialmente.

Posteriormente, nuestra condición de padre de familia y nuestras profesiones nos han permitido seguir conociendo, y muy de cerca, los problemas cotidianos del proceso educativo. Nuestras observaciones nos dicen que estos problemas son fundamentalmente los mismos en casi todo el mundo, aunque lógicamente tengan una mayor similitud entre países parecidos en muchos otros aspectos como lo son los de nuestra región latinoamericana.

No intentamos dar un catálogo de recetas ni establecer sistemas pedagógicos nuevos, sencillamente apuntar los caminos para llegar a una educación más acorde con sus propósitos, especialmente ahora que las reformas al sistema educativo se están intentando en algunos países.

Agradecemos a Virginia Fábrega la ayuda que desinteresadamente nos brindó en la revisión y corrección del manuscrito.

INTRODUCCIÓN

La educación de los niños y los jóvenes es una tarea de toda sociedad humana. Comunidades culturalmente diferentes producen normas y procesos educativos también distintos que deben asegurar la supervivencia de las tradiciones y las costumbres, y por lo tanto, de las sociedades mismas.

La forma en la que un niño es criado y lo que se pretende enseñarle durante su período de crecimiento, dependerá en última instancia de las necesidades sociales, y esto se aprecia más claramente mientras menos compleja es la sociedad a la que pertenece. Las comunidades que durante siglos han mantenido unos modos de producción y de relaciones socio familiares estables, por no decir primitivas, someten a sus miembros a una educación que se repite generación tras generación permaneciendo prácticamente inmutable, sin que esto suponga entrar en situaciones de crisis: se educa siempre para un modo de vida que permanece inalterado. El niño bosquimano o de cualquier otra tribu africana o de las selvas de Sudamérica que no haya sufrido un proceso de transculturación, aprende lo mismo que aprendió su padre, su abuelo y todos sus ascendientes desde cientos de años atrás.

Sin embargo, cuando las exigencias sociales se hacen más complejas y evolucionan al ritmo que les marcan las nuevas relaciones de producción en el mundo civilizado, la educación empieza sufrir un proceso de crisis que le obliga a mantener el paso de los tiempos, a nivel tecnológico y a nivel humano. Sin este último aspecto, el humano, por más avanzado que se esté en materia de ciencia, tecnología y producción, no se pueden lograr hombres y mujeres con una conciencia clara del significado de la vida y de sus responsabilidades para con sus congéneres, personas que construyan un mundo mejor para todos. De nada servirá producir en las escuelas y las universidades muchos técnicos, empresarios o científicos si no va acompañada esta formación de una profunda preparación humanística. Sin embargo, la visión que tienen hoy día muchos sectores de la sociedad que se dicen preocupados por la insuficiencia de la educación escolar, no alcanza a ver más allá de los aspectos más utilitarios y de la incorporación de los individuos al mundo competitivo de las empresas y de la globalización, confundiéndose así, a mi entender, el fin con los medios.

Por otra parte, no podemos pretender que el progreso de la educación se realice tan aceleradamente que sobrepase las posibilidades técnicas y económicas de una sociedad determinada. Es iluso querer implantar en ciertas regiones del mundo, aún en un nivel de desarrollo incipiente, métodos nuevos aplicables en otras más avanzadas. Aquéllas tendrán que ir adaptando sus métodos educativos a los nuevos tiempos que viven, pero dentro de sus posibilidades reales.

En los países latinoamericanos se están dando las condiciones para una nueva escuela, que tiene que irse logrando progresivamente, a medida que avanzan en otros aspectos, pero puede empezarse a sentar sus bases mediante una toma de conciencia de sus limitaciones actuales, de sus puntos débiles. La nueva educación tiene que cimentarse sobre un proceso de autocrítica y de renovación de sus objetivos fundamentales, para que inmediatamente se inicie una marcha ascendente que, de otro modo, sería imposible.

En las páginas que siguen he tratado de pasar revista a esos puntos débiles a los que aludía mediante un lenguaje sencillo y conciso, con brevedad, sin tecnicismos, con el fin de llegar mejor a quienes va destinado principalmente este libro: a los educadores, a los padres de familia y, por qué no, a los estudiantes que estén en capacidad de comprenderlo. Obviamente, en una obra de esta clase, hay mucho de la originalidad y experiencia de su autor, pero también de la influencia de hombres y mujeres que antes que nosotros se han interesado por la reforma y progreso de la educación.

LOS OBJETIVOS FUNDAMENTALES DE LA ESCUELA

¿ POR QUÉ LA ESCUELA ?

Esta es una pregunta que muchos jóvenes se hacen. Generalmente se les contesta que a la escuela se va a aprender para poder ser alguien en la vida. Estando los años escolares muy lejos de las responsabilidades del mundo de los adultos, esta respuesta deja a la mayoría de los estudiantes en la misma oscuridad que motivó la pregunta. Los objetivos de la escuela quedan ante ellos imprecisos, difíciles de captar, o en todo caso desacreditados por sus resultados cuando se descubre la ignorancia supina de muchos adultos, quienes ni siquiera están en capacidad de ayudarlos con sus tareas a pesar de haber pasado por las mismas escuelas. Por otro lado, los estudiantes de nuestra época no pueden ver la relación que tienen las materias que les imparten en las aulas con las realidades de la vida. Más bien las consideran una pérdida de tiempo, ya que para alcanzar el «éxito» en la sociedad actual se les ofrecen otros caminos más rápidos y menos tediosos. Aquí debemos entender por éxito el bienestar económico: para eso están los negocios, la política, y por qué no, otros caminos no lícitos. Escuela y sociedad, ambas son responsables de este desprecio por la actividad académica de nuestros jóvenes: una por aburrida, fatigosa y poco atractiva; la otra por los cantos de sirena que dirige a la población juvenil con sus promesas de poder, fama y éxito económico por aquellas otras vías.

Matricular a un niño en una determinada institución escolar es un acto que en la mayoría de los casos, no obedece a un análisis previo del sistema educativo que aquélla ofrece. Muchas veces es motivado por razones circunstanciales como: «irá a la misma escuela a la que fueron su padre y su abuelo»; «es una escuela que enseña mucho inglés»; o sencillamente, es la escuela de moda entre cierto sector social; o porque es la que corresponde al barrio donde se vive. Esto último es lo común en los usuarios de escuelas oficiales, primarias especialmente.

La ausencia de un concepto claro y moderno del papel de la escuela en la vida de los niños es una de las fuentes principales de la crisis por la que atraviesa dicha institución. Si no tenemos una idea bien fundamentada de por qué debemos hacer algo, nunca podremos hacerlo bien, o cumplir las metas a cabalidad. Para muchos padres, maestros y directores, el objetivo de la escuela es enseñar, y generalmente se intenta lograr por la transmisión de información verbal y escrita, con muy poco énfasis en todo lo que no se relacione con ese tipo de comunicación teórica. En todo caso, así funcionan las cosas en la práctica, aunque en teoría se plantee una educación diferente: el alumno debe responder cada cierto tiempo ante el maestro, en forma oral o escrita, para que éste pueda cuantificar —con un sistema numérico o alfabético con equivalencia numérica— la calidad con la que aquél reproduce la lección transmitida. Lo más importante es el resultado que se obtiene en este tipo de confrontación, y es por lo que se preocupan más tanto padres como docentes. Los mismos jóvenes acaban comprendiendo que eso es, en realidad, lo que se les pide: pasar sus exámenes, no reprobar materias, no repetir grados, o sacar todos los cincos —o la nota máxima que corresponda— para no perder el primer puesto o el reconocimiento al final del año.

La pregunta: por qué la escuela debe tener una respuesta distinta, que lleve a una enseñanza también diferente. Tanto alumnos como padres y educadores deben trabajar en una empresa común dirigida a formar personas en consonancia con lo que queremos sea una persona íntegra, que pueda acercarse más al ideal de la humanidad. Es un error confundir como fin de la formación escolar la pura adquisición de conocimientos técnicos o de idiomas de moda, ya que se está confundiendo el fin con los medios. La formación escolar debe tener como meta ideal la consecución de un ser humano con un alto nivel ético y espiritual, con una profunda formación humanística, y una formación científica adecuada a los tiempos actuales. Todo lo que se enseñe o se trate de inculcar en un centro educativo debe mirar hacia esos objetivos finales.

Los maestros —y con este nombre quiero abarcar a todo aquél que se desempeñe como docente, ya sea en primaria, secundaria o universidad, tienen una tarea más amplia que la de ser meros informadores de conocimientos teóricos. Deben ser además verdaderos educadores y forjadores de hombres nuevos.

Deben ser guías que realicen la labor educativa en su pleno sentido que, según nuestro diccionario, es la de dirigir, encaminar y desarrollar las facultades intelectuales y morales del joven; perfeccionar, afinar los sentidos; educar el gusto; enseñar los buenos usos de urbanidad y cortesía.

Así, el niño encontrará en la escuela un centro de formación del cuerpo y del espíritu, donde las condiciones todas estén en función de su mejor desarrollo, adaptado a sus necesidades físicas, emocionales y cognoscitivas. De esta manera se complementa la labor educativa del hogar, aunque éste a su vez, debe ayudar a aquélla a conseguir sus fines.

Si bien la escuela está comprometida con la sociedad en la preparación de los futuros ciudadanos, también lo está con la necesidad de que éstos sean personas pensantes, críticas, y capaces de efectuar cambios en búsqueda de un mundo mejor. No se trata de educar hombres y mujeres para perpetuar estructuras sociales y modos de vida cuando éstos ya entran en contradicción con un verdadero estado de justicia y bienestar para todos. Nada en este mundo es inmutable o inamovible, y todo es susceptible de cambio. Pero estos cambios se dan cuando se cumplen condiciones objetivas y subjetivas que los permitan, para lo cual es necesario que existan personas conscientes que se activen para promoverlas. Quienes desean que la escuela solamente se ocupe de graduar jóvenes para el mercado y para que acepten sumisamente el status quo (económico, social, moral y religioso), asumirán ante este tipo de propuestas una actitud condenatoria, de rechazo total, porque amenaza con subvertir el orden nacional y mundial establecido por las minorías dominantes, y aceptado por gran parte de los dominados. Pero así es la historia de la humanidad: unos queriendo transformar y otros queriendo conservar a toda costa. Si la escuela opta por los últimos, siempre estará a la zaga de los movimientos sociales e incapaz de dar respuestas satisfactorias a los deseos y anhelos de las nuevas generaciones siempre inconformes.

Los intentos de reformas educativas que se han planteado se centran en mejorar la calidad de la enseñanza en aspectos muy particulares y parciales de la educación como es el idioma inglés, la informática y las matemáticas. Pero esto tiene su explicación en la forma de concebir la formación escolar entre aquellos que cifran la felicidad del ser humano en la satisfacción de las necesidades básicas, mediante la adquisición de un empleo bien remunerado, así como en la necesidad de atraer empresas multinacionales al país. No se dice en estos nuevos programas nada sobre balancear esta enseñanza con una formación humanística y filosófica más profunda que la que hasta ahora se imparte.

El resultado ha sido que esta parte de la educación se ha ido empobreciendo cada vez más. Promoveremos cada año más técnicos, más angloparlantes (¡Tantos millones hablaremos inglés!, se lamentaba Rubén Darío), y mano de obra para las compañías nacionales y multinacionales, nuevos esclavos bien pagados y conformistas, pero que desperdician su tiempo de ocio en espectáculos degradantes, reuniones sociales frívolas, y el consumo de bebidas alcohólicas o estupefacientes, porque no tienen interés en superarse intelectual o espiritualmente; que temen a la soledad, al encuentro con su propia intimidad y porque no valoran la necesidad de meditar, leer o escribir; que reducen su vida a una monotonía espantosa en la que se repiten día a día los mismos movimientos, los mismos hábitos, y sobre todo, el trabajo alienado que no logra hacerlos felices. Unos se hacen adictos al trabajo, otros a los deportes, otros a la televisión, y otros a la política como medio de evasión y búsqueda de satisfacción, sin ser capaces de experimentar el gozo de la creatividad y de la indagación filosófica que nos permite elevarnos y ayudar a otros a elevarse por encima de la mediocridad y de la trivialidad. Finalmente, hay quienes cifran todas sus esperanzas en ganar méritos para un premio en una vida futura dedicando muchas horas a rezar en los templos o haciendo obras de caridad.

Es ésta una sociedad que se fundamenta en una mentalidad mercantilista, de vender y comprar, de producir y ganar lo más posible. El hombre que se desgasta trabajando para la empresa y que sacrifica incluso sus propios ratos de ocio o de estar con su familia, es el más valorado, a quien se le elogia y se le pone como ejemplo antes los demás. En esto no nos diferenciamos mucho del antiguo régimen soviético, sólo que en éste se sacrificaba una generación por el supuesto bienestar de las siguientes, y en el régimen capitalista se sacrifica en aras de las ganancias de un determinado consorcio. Si es para este tipo de sociedad que formamos a los jóvenes en las escuelas, enseñándoles que la vida es y debe ser así, y no les es permitido cuestionar lo establecido, entonces no es necesario que se dediquen tantos años a pasar por ella, siendo más productivo que se creen centros de formación dirigidos exclusivamente a dotar a las empresas, privadas o públicas, del tipo de personal

que necesitan: técnicos, administradores y gerentes que encajen perfectamente en el engranaje de la producción, y que en su poco tiempo libre, se dediquen al consumo de cosas y espectáculos, que además de generar más ganancias para quienes los producen, no les permitan pensar en profundidad y por tanto, empezar a plantearse una nueva forma de vida. Es la sociedad del «ora y labora» y del «pan y circo».

Según Herodoto los antiguos persas educaban a sus hijos exclusivamente para saber montar a caballo, disparar flechas con el arco y decir siempre la verdad. Los espartanos y otros pueblos griegos los educaban para la guerra, y en la edad media y gran parte de la moderna, se les formaba para ser hombres de Dios y para continuar siendo siervos de la gleba, artesanos o cortesanos. Las mujeres por su parte estaban relegadas al harem, al gineceo o a las labores de la casa campesina o del burgo. Hasta hace poco en nuestra sociedad occidental, la mujer era educada, cuando tenía acceso a la escuela, para ser una buena esposa y para educar a los hijos dentro del hogar. Después de la revolución francesa, pero más después de la segunda guerra mundial, las mujeres han empezado a integrarse al mundo laboral extra-doméstico y a las universidades. Hoy en día, la educación tanto de hombres como mujeres debe seguir el mismo derrotero que estamos señalando: ambos sexos tienen que prepararse para promover el progreso de la humanidad y hacer de ésta una especie verdaderamente superior; para hacer un nuevo hombre; para desarrollar, como dijo alguna vez Marcuse, una nueva antropología.

Con este enfoque, estoy apostando por una educación que libere a las personas de la alienación de la sociedad de consumo, de las supersticiones, del trabajo que en vez de humanizar degrada, y de la tiranía de las necesidades básicas como sucede en la pobreza espiritual y material respectivamente; que fomente el desarrollo de todo su potencial intelectual y social como condiciones primarias para crecer y vivir en libertad. Es decir, por una escuela progresista, liberal y laica.

En este tipo de proceso formativo tenemos que promover los siguientes aspectos:

1.-El desarrollo de la inteligencia mediante:
- A.-El ejercicio del pensamiento.
- B.-La estimulación del juicio crítico.
- C.-El fomento de la curiosidad y el espíritu investigador.
- D.-La enseñanza de los métodos apropiados de estudio.

2.-La facilitación y protección del normal desarrollo emocional:
- A.-Dándole al niño seguridad y ayudándolo a desarrollar una auto imagen positiva.
- B.-Ayudándolo a conocerse mejor, a controlar sus propias conductas y emociones.
- C.-Creando y reforzando en él las conductas pro sociales.
- D.-Estimulando la conciencia cívica y ética.

3.-La enseñanza de conocimientos útiles para el desenvolvimiento del menor en el medio social:
- A.-Por la enseñanza dinámica, evitando la «letra muerta» y la memorización innecesaria
- B.-Con la participación activa del alumno.
- C.-En contacto con las fuentes del conocimiento.
- D.-Preparando las contingencias para el proceso de aprendizaje y en relación con las capacidades de cada alumno.
- E.-Enseñando el uso del método científico.

4.-La educación de las habilidades físicas:
- A.-Por el conocimiento y autodominio del propio cuerpo.
- B.-Por el desarrollo del ritmo y las destrezas motoras.
- C.-Por el desarrollo de la conciencia deportiva y la adecuada ubicación de los deportes dentro de una escala general de valores.

5.-La educación estética.
- A.-Promoviendo el sentido artístico y la comprensión del significado psicológico, espiritual y social del arte.

B.-Enseñando a apreciar el arte en sus diferentes formas.
C.-Desarrollando los talentos potenciales para las artes.

Con estos objetivos generales como directrices del proceso educativo escolar, podremos realizar una formación integral, sin importar cuál sea la orientación metodológica de cada docente. La escuela que cuide fielmente estos aspectos en el proceso de educación, y que ponga sus miras en las metas trascendentes que hemos expuesto más arriba, está construyendo las bases de una nueva sociedad, con hombres y mujeres más libres y saludables.

Soy consciente de que este tipo de centro educativo no abunda, por no decir, no existe aún en nuestro país. Pero no es una utopía el llegar a tenerlos si las familias que quieran este tipo de educación para sus hijos los fomentan, y el Estado haga cambios profundos en los programas de enseñanza-aprendizaje de los centros oficiales. Esto requiere, obviamente, de maestros y profesores con una conciencia clara de los fines que se desean y con una preparación intelectual que les permita estar a la altura que este tipo de educación exige. Lo peor que le puede pasar a los educandos es contar con maestros que no han podido salir de la miseria intelectual y de las creencias supersticiosas. Que están ellos mismos alienados social y moralmente. Este tipo de pedagogos —en el sentido moderno de esta palabra— no puede formar ciudadanos cultos y libres. La educación esmerada, progresista y continuada del docente es pues, condición indispensable para abocarnos a una educación como la que ahora estamos promoviendo.

A los padres a quienes interesa solamente que sus hijos aprendan lo necesario para insertarse en el mundo de la globalización y del comercio, o para el ejercicio de una profesión lucrativa, así como para los que juzgan la calidad de la educación por otros parámetros más tradicionales, me conformaré con que este libro los obligue a meditar sobre el auténtico significado de la educación de hoy.

ENSEÑANDO A PENSAR

Aprender a pensar es la base de toda la actividad escolar y uno de los aspectos primordiales del desarrollo del ser humano. En términos comparativos, podríamos decir que la reflexión es a la mente como los alimentos al cuerpo físico: el niño que no es estimulado a pensar, acabará siendo un individuo mentalmente pobre, un desnutrido mental.

Por el pensamiento el niño llegará al conocimiento de las cosas que le rodean en sus relaciones, asociará hechos y situaciones, aprenderá a comprender mejor su medio, irá creando esquemas mentales cada vez más complejos, lo que le posibilitará la ampliación y profundización de su desarrollo cognoscitivo. Pero para aprender a pensar hay que permitir al niño que exprese sus ideas, o invitarlo a que lo haga. El maestro que deja al alumno ser original, que lo anima a preguntar y a decir todo aquello que quiera sobre el objeto de estudio, está promoviendo en él un conocimiento más dinámico y logrando el desarrollo de su inteligencia.

Esto contrasta, naturalmente, con una enseñanza estática e impositiva, en la que el alumno memoriza y responde mecánicamente; en la que aquél y el docente tienen una especie de contrato por el cual nada más se permite decir o contestar aquello que se necesita para el examen, lo que está permitido, lo demás sobra o ya se aprenderá más adelante. Se promueve una fijación no consciente, no asimilada, de conceptos que solamente alcanza a producir estereotipos mentales, una especie de miopía intelectual que con el tiempo se acentúa.

Sin embargo, lo maravilloso es que, a pesar de que este tipo de enseñanza sea la que predomina en nuestras escuelas, todavía, algunos jóvenes logran un desarrollo intelectual avanzado, gracias a que su propia capacidad ha superado los obstáculos de esa influencia nefasta de la educación tradicional. No obstante, estos niños no salen del todo indemnes de ese proceso de mutilación mental y muchos de ellos, siendo inteligentes, acaban por perder una buena parte de su potencial cognoscitivo.

Por otra parte, aquellos que ya de por sí tienen limitaciones para expresarse, para imaginar, o para establecer nexos entre las cosas y los fenómenos, encuentran poco o ningún estímulo que les ayude a pensar, contentándose con repetir de memoria, método que por lo demás termina siendo más agotador. ¿Por qué resultan tan difíciles a los niños materias como las matemáticas,

independientemente de que tengan o no una capacidad normal para su aprendizaje? ¿Por qué en edades posteriores, en la secundaria, les resultan tan incomprensibles otras materias como la física o la filosofía? La causa de estas dificultades está, según creo, en el insuficiente desarrollo de las capacidades de análisis y síntesis, a la falta de agilidad mental que la propia escuela no estimula y que incluso impide.

Con frecuencia se oye a los niños decir: «No mamá, la maestra quiere que digamos exactamente como está en el cuaderno», o «el maestro dice que eso no tenemos que saberlo todavía», o «hay que estudiar nada más lo que está en las páginas tal y tal, lo demás no viene para el examen». De estas experiencias con los estudiantes, que a no dudar son abundantes, y cualquier padre con hijos en edad escolar podría atestiguarlo, se deduce que no interesa que los alumnos pueden salirse de un esquema rígido del cual el mismo docente no se aventura salir. En una ocasión supimos de una maestra que decía a sus alumnos de cuarto grado de primaria: «El que pregunta demasiado es porque no sabe, así que merece una mala calificación». Con maestras así es de esperar que ningún niño quiera preguntar y por lo tanto, tampoco pensar.

Los niños pasan por etapas del desarrollo cognoscitivo que los educadores deben conocer y tener presente en todo momento, para que puedan estimular al alumno de acuerdo al momento evolutivo en el que se encuentra su intelecto, el cual no se relaciona estrictamente con la edad cronológica, y por lo tanto obliga al conocimiento de cada uno de los niños de un mismo grado. Lo común es que en las escuelas se trate a los alumnos de cada nivel como si todos, al tener aproximadamente la misma edad, estuvieran en el mismo nivel de desarrollo intelectual y de capacidad de aprendizaje. Es necesario saber que el desarrollo progresivo de las capacidades intelectuales puede ser favorecido mediante estímulos que brinde el acto pedagógico, y no es acertado pensar que aquél consiste en una concatenación de hechos fijos e inalterables. De hecho, así como puede ser impulsado, también puede ser obstaculizado.

El joven que ha sido enseñado a pensar, ha obtenido del proceso educativo lo más preciado que éste puede dar: la capacidad de ser libre. Aprender a pensar es aprender a ser libre. Coartar el pensamiento, obligar al niño a memorizar sin analizar, es coartar la libertad y crear seres sumisos e improductivos intelectualmente.

ESTIMULAR LA CRÍTICA

Fomentar la duda. Sembrar un cierto grado de incertidumbre para poder encontrar la verdad. No permitir la aceptación incondicional de todo lo que se dice. ¡Cuestionarlo todo, o casi todo! aunque sea para volver a descubrir. El mundo del niño es una continua indagación, una constante inmersión en lo que le rodea, una búsqueda activa. No debemos interferir con estas tendencias, por el contrario, tenemos que ayudar a que de esa manera el niño desarrolle sus facultades críticas. Su capacidad para confrontar opiniones se irá alcanzando a lo largo de su crecimiento, pero desde temprana edad podemos establecer en él hábitos incipientes de duda y de inconformismo intelectual.

El pequeño que rompe un juguete para desentrañarlo está dudando; está, en cierta forma, investigando. El otro que ante un castigo protesta: «¡¿Por qué a mí? Yo no hice nada!», está cuestionando al maestro o al padre por una actitud que considera injusta. El adolescente rebelde que quiere cambiar al mundo está criticando para imponer «su verdad». Los adultos, por lo general, actúan de forma muy negativa ante estas reacciones de los menores ya que tienen la idea, sancionada por la tradición, de que éstos deben aceptar sin remilgos cualquier imposición de su parte. Cuántas veces no hemos escuchado decir a personas adultas que se quejan de sus hijos: «En mis tiempos, mi papá solamente me miraba y eso bastaba para que me callara y obedeciera». Por supuesto que entonces no se podía discutir nada con los adultos aunque no tuvieran la razón. ¡Obedecer porque sí, porque lo digo yo! Es el argumento de muchos padres, como en los mejores tiempos del *pater familias* romano.

Ejercer el juicio crítico es el resultado de la madurez mental; es lo que caracteriza a un adulto inteligente. El inconformismo con lo dado, con lo establecido, es lo que hace progresar, lo que mueve al mundo y el motor de la historia. ¿Por qué, entonces, no inculcar al niño esta facultad del pensamiento?

La escuela tradicional se ha caracterizado por una actitud de entorpecimiento de la actividad crítica del niño. La relación que establece el maestro con el alumno es la de quien dicta para que éste escuche y acepte todas las «verdades inmutables» que lo harán un ciudadano a su imagen y semejanza. Al joven se le exige que adopte las postura de «ver, oír y callar». Expresiones como: ¡Lo digo yo y se acabó! ¡Ahora tienes que aceptarlo así, ya más adelante comprenderás!, y otras parecidas aún se oyen en las aulas de clases, créalo o no.

En una ocasión, siendo este autor un estudiante de un colegio privado y confesional, un joven del mismo grado tuvo la ocurrencia de criticar el relato bíblico del Génesis. En su mente no sabía cómo encajar la fábula de Adán y Eva con los descubrimientos de la paleoantropología física que nos indican que los humanos hemos evolucionados de otros seres simiescos. Este acto de duda provocó una mirada severa y amenazante del sacerdote encargado de la clase de religión quien además exclamó: ¡No se diga más! Otra experiencia en este sentido y narrada al autor por uno de sus pacientes, fue la que vivió éste cuando al cuestionar una aseveración de su maestra de tercer grado, ésta le contestó: ¡Nunca dudes de mí! ¿Es que queremos formar seres en serie como vasijas de barro? ¿Sujetos moldeables como plastilina? ¿O por el contrario, ciudadanos inteligentes, críticos de lo que oyen, ven o leen y que sepan juzgarse también a sí mismos?

El niño no sólo debe poder ejercer la crítica a medida que va siendo capaz, sino que es necesario invitarlo a que lo haga. Es una condición indispensable del aprendizaje que no quiere ser mecánico. Debe, además, aprender a ponerse a sí mismo en tela de juicio siempre que sea menester; debe juzgar sus propios actos dentro del grupo, y a su vez, éste tiene que saber autocriticarse como medio de mejorar su disciplina y su rendimiento. El maestro, por su parte, debe ser un elemento estabilizador, un moderador imparcial y sujeto a su vez a las posibles críticas de sus alumnos. ¿No actúa mejor un educador o padre que da la oportunidad al niño o adolescente de expresar su opinión o su inconformidad con lo que considera injusto o errado? ¿No es a través de señalamientos constructivos que se llega a un mejor conocimiento entre unos y otros? ¿No están dando los adultos que así actúan, reconociendo sus posibles errores y permitiendo el diálogo constructivo, un modelo digno de imitar, de democracia y de respeto al derecho ajeno?

Las posiciones de infalibilidad de parte del adulto provocan en el joven conductas de rebeldía extrema o de frustración, lo que muchas veces se traduce en resistencia pasiva. Naturalmente, aquéllos que incitan estas respuestas de sus hijos o educandos son los mismos que luego los tildan de negativos y desobedientes. A los adultos que actúan de esta manera les cuesta reconocer que se han equivocado, o temen que al hacerlo puedan perder autoridad, lo cual refleja inseguridad y falta de conocimientos de alternativas en la crianza y educación.

Cuando el niño crece y va adquiriendo mayor capacidad de juicio, empieza a descubrir las imperfecciones de los adultos y a buscar los modelos de conducta entre sus iguales o sus héroes (actores, deportistas o personajes de ficción), por lo que estas actitudes obstinadas de sus mayores los pueden alejar aún más de ellos.

Dentro del hogar, de las aulas escolares, en el gimnasio o el patio de la escuela, la relación niño-adulto debe ser de respeto mutuo, de diálogo razonado en la medida en que el primero pueda prestarse para ese tipo de encuentro. No quiere decir esto que el adulto no tenga el derecho y la obligación de establecer normas que los menores deben acatar, pero siempre dentro de un marco de consenso, de mutuo acuerdo, respeto y afecto. De darse de esta manera la relación, los niños y jóvenes estarán más inclinados a obedecer y aceptar esa autoridad.

Todo lo que se enseña, todo lo que se exige, ya sea materia de estudio o disciplina, tiene que ser sujeto de diálogo o discusión razonada. El grupo necesita también aprender a autorregularse sin que por eso el maestro sienta su autoridad menoscabada, sino más bien apoyada y fortalecida.

La educación moderna, la que intenta formar a los ciudadanos del siglo XXI, no puede seguir por el sendero de la imposición, la represión y el adoctrinamiento a base de dogmas de todo tipo. Es fundamental, para el progreso de la Humanidad, hacer correctivos en este sentido.

HAY QUE INVESTIGAR

Hay que hacer que el alumno investigue. Evitar que asuma posiciones cómodas, pasivas; que «trague» información y dé las cosas por dadas. La enseñanza tiene que basarse en la curiosidad; que una pregunta motive otras y se trate de conocer el por qué de todo. Dar al niño un universo de

supuestas verdades o conocimientos estáticos apriorísticos y sin aparente relación, es la tónica de los programas educativos tradicionales.

Es importante que la escuela dote al educando de los elementos apropiados para la investigación; suministrarle los medios para la búsqueda de información adicional, pero además, se le debe motivar para que los aproveche. Promover el interés por saber lo que hay detrás de los fenómenos cotidianos y naturales es una cualidad del buen maestro. Todo lo que acontece alrededor del niño: en la escuela, en la casa, la sociedad y el campo, hay que presentárselo como objeto de investigación. Hacerlo recorrer los pasos que conducen al descubrimiento de las leyes naturales y de los principios de funcionamiento de la sociedad, es ejercitarlo en el pensamiento crítico y científico.

La enseñanza puramente descriptiva con sus conocimientos empaquetados, tiene que reemplazarse por el método más eficaz y dinámico de las preguntas. El «esto es así», o «esto se hace así», tienen que ser substituidos por un «¿por qué esto será así?», o «¿qué relación tiene esto con esto otro?», o «¿cómo se llegó a esto?».

La idea de que a los más pequeños se les debe dar menos explicaciones es hasta cierto punto falsa. Si lo que queremos enseñar se adapta a su capacidad de comprensión, podremos estimularlo para que llegue hasta donde sea capaz mentalmente. Las mismas preguntas del niño, incitadas por el maestro (u otro adulto), le sirven a éste como punto de apoyo para añadir nuevos elementos a sus esquemas mentales activando la curiosidad y despertando nuevas inquietudes intelectuales.

Esta clase de enseñanza dinámica, interrogativa y participativa, es necesario que se desarrolle lo más posible, formando pequeños grupos de trabajo con los alumnos, de modo tal que, al final del curso, cada uno de ellos haya podido participar en varios de esos grupos. La investigación individual también se debe promover, pero poniendo al alcance del alumno las facilidades para ello. La colaboración de los padres es importante, sin embargo, no es conveniente imponer al hogar la responsabilidad de estar continuamente dotando al niño de materiales de trabajo por la carga —de tiempo y económica— que esto supone para muchos padres. En todo caso, los padres pueden supervisar el trabajo de sus hijos en algunas ocasiones, y hasta colaborar activamente en la dirección de la investigación, cuando el objeto de la misma sea tema de su conocimiento por causa de su profesión, o por un interés particular en él. Mientras mayores sean los alumnos, más elaborados podrán ser los trabajos de investigación y con objetivos más específicos. En este aspecto, los temas a investigar se asignarán en relación con los propios intereses de los estudiantes.

Por supuesto que, en este continuo buscar y preguntar, el maestro realiza una labor activa de docencia, pero también se compromete a una superación permanente. Le sirve a los alumnos de guía, pero a su vez, aprenderá de ellos. Su palabra no es ley inmutable; no son dogmas lo que se espera de él, sino estímulos, invitación al conocimiento y a la consulta.

La escuela requiere una organización que posibilite esta clase de enseñanza, y los docentes y administrativos compenetrarse con sus metas, beneficiándose de las experiencias de cada uno de los demás mediante el intercambio de opiniones y la revisión periódica del proceso educativo. La enseñanza dinámica, constructivista, no puede sujetarse a limitaciones de tipo burocrático, o a normativas más propias de una oficina pública o una empresa comercial. Necesita apoyarse en una organización también dinámica y flexible.

La autogestión educativa de cada centro escolar es una condición que favorece este tipo de organización y la adaptación de los programas a los intereses del alumnado, aunque sea dentro de ciertos límites. Los maestros no deben sentirse presionados por exigencias de jerarquías superiores y que por lo general tratan de imponer una educación uniformada, una especie de lecho de Procusto en el cual al niño que «le quedan cortas las piernas se las estiran, y al que le quedan largas, se las cortan» para que ambos encajen en un programa preestablecido.

Lo que se impone no entusiasma, mata la iniciativa y marchita el espíritu.

Muchos niños dicen: «No voy a perder el tiempo leyendo o estudiando cosas que la maestra no va a preguntar». Este fenómeno es en realidad una cadena: las altas autoridades educativas ordenan a las escuelas unos programas que se cumplirán obligatoriamente y en un determinado lapso de tiempo (cada vez más corto en nuestro país); la dirección de las escuelas los impone al maestro; éste no desea «perder el tiempo en lo que no sea estrictamente lo que el programa curricular exige que enseñe»; y el alumno se acomoda a este engranaje con la ley del menor esfuerzo. Si a esto añadimos los salarios de hambre que reciben los educadores (con excepción de algunas escuelas privadas) y la

falta de estímulos intelectuales en los hogares de la mayoría de los jóvenes, la situación se comprenderá mejor.

ESTUDIAR ES COMPRENDER

Si observamos la forma en la que los estudiantes acostumbran a aprender las lecciones, comprenderemos con facilidad por qué el estudio se les hace tan tedioso a la mayoría. Estudiar es habitualmente una rutina de memorización: el alumno repite mentalmente, y a veces oralmente, una serie de datos impresos en sus textos o cuadernos para dar la lección al día siguiente. Los maestros saben que esto es así, pero no hacen gran cosa por remediarlo. De hecho, muchos de ellos recomiendan a sus pupilos tratar de comprender lo que leen o estudian, pero muy pocos les enseñan a aplicar métodos útiles con ese fin. Los exámenes, tal y como se realizan en las escuelas, muy pocas veces pueden distinguir entre el alumno que sabe realmente la lección, que la domina desde distintos ángulos, y aquél otro que solamente la repite mecánicamente. Es más, son causa frecuente de injusticia a la hora de la evaluación de los conocimientos.

Si saber estudiar es tan importante para el buen desarrollo de las tareas escolares, para el aprendizaje más sólido mediante la asimilación consciente de los conocimientos, entonces ¿a qué se debe que a los niños no se les enseñe a hacerlo desde los primeros grados? ¿Por qué la metodología de estudio no constituye una materia por sí misma, que se imparta a ciertos niveles de la evolución académica, y que, en cierta forma, cada una de las demás materias sea precedida de un seminario o grupo de lecciones introductorias sobre cómo abordarla para estudiarla mejor?

Tratar de estudiar las diferentes asignaturas académicas con el mismo método no resulta práctico, y los encargados de impartirlas harían bien en poner a sus alumnos en condiciones de entender el por qué del estudio de su materia, y el cómo se puede aprender mejor. Antes de iniciar las clases de cada asignatura, se requiere un corto período de diálogo, de razonamiento, aunque esto tome algunos días del calendario escolar.

Para lograr que los niños y jóvenes apliquen métodos de estudio más efectivos, hay que organizar la enseñanza de manera tal que no se les sature con tantas obligaciones para realizar en sus casas. El programa curricular debe estar bien coordinado de modo que unas materias no impidan la dedicación a otras. No es nada raro que se manden para la casa hasta tres, cuatro o cinco tareas o más. Después de haber pasado de cinco a seis horas sentados en una banca, con excepciones de pocos minutos de recreo, los jóvenes llegan a sus casas con ganas de todo menos de estudiar o hacer tareas. Si además es necesario que lo hagan de modo organizado y dedicando el tiempo suficiente para poder comprender a cabalidad las lecciones, resulta improcedente esa forma de actuar de las escuelas al saturarlos de trabajos, y especialmente cuando éstos se relacionan poco o nada entre ellos.

Los padres de los alumnos ignoran, en la mayoría de los casos, la existencia de mejores métodos de estudio, y con frecuencia caen en el error de fomentar los vicios de los métodos acostumbrados. Es común ver a las madres sentarse con los hijos a repetir de memoria las lecciones, y finalmente, pedirles que las reciten. Se dan casos en los que ni ellas mismas entienden lo que está memorizando el niño. Además, los gritos, los insultos mutuos y los escándalos que se producen en muchos de los hogares donde esto sucede, crean un ambiente de tensión perjudicial para todos. En ocasiones llega un momento en el que madre (o padre) e hijo tienen que separarse como dos boxeadores extenuados dando por imposible la misión emprendida.

La solución por la que no pocas familias optan es la de contratar los servicios de tutores académicos para que se encarguen de estudiar con los hijos en la casa. Sin embargo, pocos de estos tutores o tutoras son las que enseñan a estudiar a sus discípulos y que se haga más independiente en sus responsabilidades escolares. Por lo general se produce una gran dependencia del estudiante hacia esos tutores o hacia el familiar que lo ayuda con las tareas y el estudio, formándose una situación similar a un círculo vicioso: si no se eliminan las tutorías, el niño no estudia o lo hace mal y fracasa los exámenes, lo que convence a los padres de que no puede estudiar solo, y las necesita nuevamente.

Los resultados de no saber estudiar no sólo se hacen patentes de forma inmediata en los fracasos escolares, sino también en años posteriores cuando el individuo tiene que seguir una carrera

o estudiar problemas relacionados con el ejercicio de su actividad profesional, o simplemente en su vida diaria.

¿Están preparados los docentes para enseñar a estudiar? ¿No adolecen ellos mismos de tal defecto? Siendo productos del mismo sistema educativo, es de esperar que así sea. No obstante, siempre hay excepciones y son los maestros que se preocupan de ayudar al educando a comprender, a ejercitar el pensamiento evitando la repetición mecánica, pero muy pocos en comparación con los que más bien exigen esto último.

Pasar tantos años en una escuela y salir sin saber estudiar, es algo realmente incomprensible, algo absurdo, pero es la realidad para miles de estudiantes que se gradúan cada año. Algunos jóvenes siguen cursos sobre cómo estudiar en centros privados, pero no serían necesarios si la misma escuela se encargara de impartirlos. Si los docentes no están capacitados para esta labor, entonces ¿no es importante que las escuelas programaran cursos de esta naturaleza para ellos, y a su vez, organizar ellos una enseñanza teórico-práctica de métodos de estudio con sus propios discípulos? Los padres de éstos podrían beneficiarse igualmente de estos cursos para guiarlos mejor en sus tareas.

Las escuelas que sigan esta recomendación, seguramente verán disminuir sus índices de fracasos al final del año, y los estudiantes y sus padres se sentirían más motivados, además de proporcionarles a los primeros una de las condiciones más importantes para lograr metas intelectuales más altas.

FOMENTAR LA AUTOIMAGEN POSITIVA

Esta es una labor indispensable del educador. Que el desarrollo emocional del niño vaya por cauces adecuados es un requisito básico para lograr un aprendizaje escolar satisfactorio, por lo tanto, no puede descuidarse como objetivo importante de la escuela.

El niño pasa gran parte de su tiempo en la dedicación al estudio, de tal manera que hay dos períodos de su vida que se denominan preescolar y escolar, abarcando entre ambos hasta los 12 años de edad, aunque en edades posteriores la mayoría de los jóvenes, especialmente en áreas urbanas, continúan en las escuelas secundarias o vocacionales hasta los 18 años.

El estudiante tiene que levantarse muy temprano en la mañana (algunos en horas de la madrugada debido a la lejanía del centro escolar al que asisten), permanecer en la escuela de 5 a 6 horas –en algunos casos hasta 7 ó 8–, regresar a sus hogares y dedicarse en horas de la tarde o de la noche a las tareas que se les asignan. En todo este tiempo se ve obligado a confrontar estados de ánimo cambiantes que muchas veces impiden una normal aplicación a esos deberes.

Cuando está fuera de casa, asistiendo a clases, establece relaciones con una serie de personas —niños y adultos— al principio desconocidas para él y a las que tiene que adaptarse. Para muchos niños, principalmente los más pequeños, son situaciones que no se superan fácilmente, surgiendo en ocasiones trastornos emocionales, sobre todo si la cobertura afectiva de los padres es insuficiente o inadecuada, o si el niño no ha logrado remontar algunas etapas en su proceso de maduración.

Por otra parte, la escuela impone un sistema competitivo en el que los éxitos y los fracasos se definen muy claramente, ya no sólo por las calificaciones, las distinciones y los premios, sino también por el trato diario que los maestros dispensan a los alumnos. Algunos padres convierten la escuela en una especie de «campo del honor», de «coliseo académico» donde sus hijos deben enfrentar a otros y vencerlos, de lo contrario, el honor de la familia queda mancillado y los padres defraudados. Las situaciones de patología familiar que esto provoca son variadas y van desde las crisis nerviosas de algunas mamás, hasta el rechazo del niño que no ha podido colmar las expectativas. Se dan muchos casos de madres que acosan a los docentes reclamando supuestas injusticias en relación a las calificaciones. No se puede negar que se puedan cometer estas injusticias en cuyo caso hay un derecho al reclamo, pero nos referimos más a aquellas personas que protestan constantemente y por diferencias en las notas de los exámenes que no llegan a tener suficiente importancia, como cuando se niegan a aceptar un 4.5 por ejemplo, porque piensan que ha debido ser un 5.

María era una niña de diez años que cursaba el quinto grado de una escuela privada. Sus padres estaban muy orgullosos de ella porque era una alumna excelente, una de las mejores. Pero cada entrega de boletines con las calificaciones, se convertía en una pesadilla para toda la familia

solamente de pensar que estas no superaran las del resto de los alumnos y poder perder así el primer puesto del grupo. Para María ganar un 4 o un 4.5 (sobre 5 como nota máxima), era una frustración, especialmente si Menganita o Fulanita obtenían mejores promedios. La madre frecuentemente reclamaba por tales motivos y la niña, a consecuencia de este clima de presión psicológica, jugaba poco durante los meses del período académico ya que se la pasaba estudiando hasta altas horas de la noche. Ella manifestaba sentirse como en una «jaula de oro» porque si bien no le faltaba nada en su hogar, estaba como prisionera por causa de la escuela y sus padres. El afán de estos por hacer de su hija una alumna modelo produjo que ella cayera en un estado de ansiedad que motivó mi intervención como psiquiatra.

Otro caso que atendimos, un jovencito de primer año de secundaria también de una escuela privada, fue abandonado por su padre cuando él tenía nueve años de edad causándole una gran conmoción emocional en aquella época. Después del abandono paterno, el joven empezó a mostrar conductas alteradas en la escuela y su rendimiento académico fue bajando ostensiblemente. Varios años después siguió siendo un mal alumno hasta llegar al borde de una expulsión. La impresión que daba cuando se le entrevistaba era la de una persona profundamente frustrada y llena de rencor, aunque trataba de disimular su estado afectivo con actitudes burlonas. Sus continuos fracasos y su mala conducta le originaron sentimientos de rechazo y una autoimagen empobrecida, teniendo que soportar de parte de los profesores insultos y humillaciones como cuando le decían: «¡¿Por qué no te mueres?! ¡Eres un estúpido!».

Se podrían citar innumerables ejemplos de este tipo, pero baste decir por ahora que las experiencias escolares pueden beneficiar o malograr el estado de ánimo de los estudiantes y tanto padres como docentes harían bien en tener esto muy en cuenta. Deben saber que lo adecuado es propiciar en el joven sentimientos de seguridad y autoconfianza que le permitan ir afrontando, sin merma de su desarrollo emocional, las dificultades del período educativo.

Nunca, bajo ningún motivo, debe la escuela convertirse en un medio hostil para el alumno, sea éste como sea. El niño que da problemas tiene problemas, y por lo tanto, necesita ayuda y comprensión, no rechazo. Gran parte del fracaso escolar continuado de muchos estudiantes, está relacionado con sentimientos de derrota y frustración que les producen las actitudes discriminatorias, y esa pedante e injusta separación entre buenos y malos en los sistemas educativos.

El discípulo inteligente, el bien portado, merecen reconocimiento y el no hacerlo es injusto. Pero no se puede sacrificar a unos para elevar a otros. Hay que tener el suficiente tacto y una buena dosis de «psicología» para poder premiar a unos sin ofender al resto. No es al alumno al que hay que ensalzar, sino al fruto de su trabajo o de su esfuerzo personal, y por eso no se debe decir: «Fulano es bueno y Mengano es malo», en todo caso: «Fulano lo está haciendo bien y Mengano lo puede hacer mejor», o «Fulano lo ha hecho bien esta vez y Mengano debe tratar de hacerlo mejor».

Que un joven salga de la escuela marcado emocionalmente por ella es algo imperdonable, sobre todo si tomamos en consideración las consecuencias, a veces permanentes, como conducta antisocial, baja autoestima, depresión, sensación de fracaso o abandono de los estudios con el consiguiente menoscabo de la condición social y profesional del individuo. Ir todos los días a las aulas de clase y encontrarse con el maestro debe ser un hecho agradable, un encuentro feliz y gratificante, de lo contrario, el rechazo del estudiante hacia el medio escolar y hacia los docentes conduce a situaciones de conflicto frecuentes que éstos no logran manejar adecuadamente, estableciéndose una especie de guerra o de aversión mutua entre ambos.

Por otro lado, las exigencias y presiones que se ejercen con el fin de obtener el máximo de determinados alumnos provocan en ellos alteraciones emocionales que se manifiestan por crisis de ansiedad, fobias a la escuela, trastornos del sueño, represión de los sentimientos y actitudes propias de la edad (como en la niña que tenía remordimientos de conciencia cuando jugaba en vez de estudiar aunque ya se supiese la lección). También pueden darse casos de autovaloración excesiva y las ansias de acumular calificaciones máximas, premios y distinciones que podríamos llamar «avaricia académica».

EL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO Y EL AUTOCONTROL

El proceso de maduración del ser humano implica, entre otras cosas, el desarrollo progresivo del propio control de la conducta, así como la comprensión de los factores que motivan nuestras emociones. Desde las reacciones globales e indiscriminadas de un niño recién nacido hasta el elaborado y organizado comportamiento del adulto normal, se pasa por una serie de experiencias sociales que van modelando el estilo personal de cada uno, pero aquí también existen factores que impiden este proceso de maduración evitando que se alcance una conducta socialmente aceptable.

Los factores que inciden inicialmente se encuentran casi exclusivamente dentro del círculo doméstico. Las primeras experiencias que el niño tiene en las relaciones con sus criadores son fundamentales para un desarrollo normal posterior, pero la socialización continúa muy pronto fuera del ámbito familiar y especialmente dentro del escolar. El niño que ha tenido unas vivencias beneficiosas dentro del período de socialización doméstica logra mejores ajustes a las experiencias escolares. Sin embargo, aquél que no ha conseguido la madurez necesaria para afrontar la vida en comunidad, y que aún mantiene fuertes lazos de dependencia con las figuras parentales, encontrará algunas dificultades en su adaptación a la escuela y a los compañeros. De una forma u otra, a la escuela compete desarrollar, al menos en parte, el proceso de socialización en el niño, siendo un aspecto importante de este proceso el control y el conocimiento de sí mismo.

El maestro y el grupo son elementos básicos que ayudan al niño a situarse en relación a los demás, a establecer nexos distintos a los que hasta ese momento había creado dentro del hogar, nexos de igualdad y de respeto mutuo, relaciones de empatía que facilitan el paso de posiciones egocéntricas a otras de interés común. Naturalmente que en esta dinámica de interacciones se producen tensiones, conflictos y crisis que tienen que resolverse. El joven que llega a los grados superiores necesita haber pasado por estas experiencias madurativas y haber aprendido a respetar, a tolerar y a comprender a los demás, a apreciar el beneficio del trabajo en común, y a superar sus tendencias egocéntricas, así como a autocontrolarse.

El control de sí mismo sólo se adquiere si el ambiente que vive el niño en la escuela -y el hogar- ofrece modelos apropiados, y si se fomenta en él, y en el grupo, el hábito de analizar y criticar las actitudes propias. Pero, ¿qué puede alcanzarse en este sentido cuando los educadores o los padres dan ejemplos de descontrol y de labilidad emocional? ¿Cuando aquéllos se comportan de manera impulsiva o pueril? o ¿cuando los niños son obligados a aceptar normas de disciplina a base de consejos estereotipados, o de gritos y castigos físicos sin darles la oportunidad de razonar?

Muchos padres y maestros se ponen a discutir con los jóvenes de igual a igual, dando a veces espectáculos verdaderamente vergonzosos. En una ocasión, un profesor de escuela secundaria le gritaba a uno de sus alumnos que él tenía cinco títulos universitarios, y por lo tanto, sabía más. Aquella otra maestra zarandeaba una y otra vez al niño que había falsificado la firma de sus padres mientras le preguntaba en tono irritado: «¡¿Por qué lo hiciste muchachito, por qué?!» ¿Y qué podemos decir de aquel otro maestro que lanzaba tizas a las cabezas de los alumnos distraídos en un arranque de ira? ¿Pueden ser éstos los ejemplos que facilitarán que los menores desarrollen conductas sociales adecuadas o sentimientos de respeto a los adultos y a los compañeros?

Esta clase de educadores tiene que ser reemplazados por otros que sean modelos de paciencia, respeto y seriedad, que sepan reforzar las actitudes y conductas positivas, además de manejar hábilmente y con conocimiento los arrebatos temperamentales y las conductas que impiden la convivencia armónica del grupo. Muchas veces será necesario estimular al grupo a juzgar los actos de algunos de sus integrantes y favorecer la toma de decisiones en este aspecto, actuando el educador como orientador o consejero, dando su opinión. Otras veces, tendrá que ejercer su autoridad, en forma afectuosa, sin humillar ni ofender, y si quiere aplicar algún tipo de sanción, ésta tiene que ser comprendida a cabalidad por los afectados, siempre dentro de unos límites prudentes, sin excederse ni adoptando posturas discordantes.

Las opiniones de los maestros y los castigos que establezcan, serán mejor aceptadas mientras más respetados sean, dependiendo este respeto del modelo que aquéllos expongan al grupo de alumnos a su cargo. El educador que se conoce a sí mismo y sabe ejercer control sobre sus propias emociones, obtendrá mejores resultados en el proceso disciplinario y respuestas más positivas de los estudiantes. En ocasiones, algunos niños que no disponen en sus hogares de modelos adecuados, buscan la identificación en sus maestros, quienes substituyen así a las figuras parentales en el proceso de socialización y

desarrollo de la personalidad, lo cual debe ser tenido muy en cuenta por todos los que se dedican a enseñar y educar niños.

Tanto maestros como padres pueden ayudar a los jóvenes a identificar los estímulos que mueven sus conductas en un sentido u otro; pueden hacerlo pensar sobre sus comportamientos y sus consecuencias; pueden enseñar a los demás alumnos o a los hermanos a reforzar o extinguir las conductas positivas o negativas de un determinado niño respectivamente, siempre que se preocupen de adquirir los conocimientos básicos para este tipo de labor.

Algunos adultos alegan no tener tiempo para hacer estas cosas, pero mi opinión es que aquellos que dicen esto más bien temen a su propia inseguridad y se aferran a métodos más cómodos pero completamente antipedagógicos. En realidad, no es tanto el tiempo lo que se requiere para manejar eficazmente las conductas y emociones de los niños y adolescentes, sino más bien una mentalidad positiva, una disposición distinta y una verdadera vocación de educador.

Sería de mucho beneficio si docentes y padres de familia tomaran una cantidad de días cada año para meditar sobre sus responsabilidades, y realizar una especie de revisión de conciencia, una suerte de «ejercicios espirituales» para renovar sus intenciones y continuar su labor educativa cada vez mejor.

CREAR CONDUCTAS PROSOCIALES

Además de aprender a controlar sus emociones y de ajustar su comportamiento a la vida en comunidad, el niño tiene que desarrollar conductas pro sociales, conductas de efectos benéficos para la convivencia humana. Esto no se puede conseguir si no es mediante un proceso de condicionamiento a través del cual aquel tipo de comportamiento sea constantemente reforzado. No basta con hacer recitar a los niños una retahíla de cosas buenas que se esperan de ellos, ni hacerlo escribir cien veces: «debo ayudar a los demás» o cosas similares. Es menester hacerlo vivir esas situaciones y permitirle investigar sus consecuencias.

Hasta donde sea posible, se les debe permitir que intervengan en programas y campañas de tipo comunitario, que trabajen por el bien de la comunidad; deben salir a la calle a realizar actos pro sociales, al medio donde tendrán que desenvolverse posteriormente como adultos responsables. Pero, incluso dentro de la escuela, se les debe dar la oportunidad y crear las condiciones para que puedan practicar estas conductas y tener una retroalimentación de las mismas.

Este tipo de formación no se puede dejar al azar ni a las circunstancias fortuitas. Hay que prepararla sistemáticamente como cualquier otro objetivo de la enseñanza académica. Todo en el medio escolar debe favorecer este aprendizaje, y quizá hasta resulte más provechoso la creación de incentivos que estimulen a los alumnos a superarse en este sentido que aquellos destinados a la exaltación de los más inteligentes o más aptos para el rendimiento intelectual.

En la sociedad actual, los menores están sometidos a una gran cantidad de influencias y modelos perjudiciales para una satisfactoria convivencia humana. Las películas, la televisión, las historietas modernas, los diarios, la actuación de personajes públicos, la exaltación de la violencia y de quienes la ejecutan (boxeadores, ladrones famosos, superhéroes, gángsters legendarios y otros), el consumismo de cosas inútiles, el machismo y las maneras irrespetuosas propias de sujetos antisociales, son aspectos de nuestra vida cotidiana que moldean de forma muy negativa las conductas y hábitos de los escolares. Pero las influencias y modelos inspiradores de comportamientos de tipo pro social que se les brinda son relativamente escasos si los comparamos con los anteriores.

En casi todo el mundo, en las últimas décadas, se ha visto un deterioro alarmante de las buenas normas sociales a todos los niveles. El irrespeto y el afán de éxito económico a costa del prójimo, el desparpajo y la chabacanería, se están convirtiendo en modos de vida habituales y hasta casi «normales». ¿Acaso puede la escuela hacer caso omiso de esta situación y dejar la responsabilidad de combatirla a la familia únicamente? ¿No es la época escolar cuando el niño aprende a convivir en grupo, cuando se deben fundamentar los hábitos pro sociales? ¿No es la escuela un centro de formación social, una institución básica para el progreso de la sociedad?

La cooperación para un fin común, el trabajo en grupo, el apoyo mutuo, la persistencia en tareas de interés para la comunidad, el espíritu altruista y de abnegación, son aspectos de la

educación que necesitan grabarse en el alma infantil desde muy temprano y reforzarse a lo largo del período formativo. Las actividades escolares tienen que organizarse de modo tal que las oportunidades de practicar conductas pro sociales sean frecuentes. Dentro del aula, en los recreos, en las actividades artísticas y deportivas, en las festividades de la escuela, en la investigación y la confección de trabajos, etc.

Sin duda, muchos educadores dirán que la escuela cumple ya con este papel, pero en realidad, la labor que se desarrolla en ella en busca de estas metas es fragmentaria y puramente teórica. No conozco programas educativos, en nuestro país, que intente una acción sistemática, programada, para condicionar un modo de conducta pro social en los educandos. Generalmente, este objetivo se encomienda a materias como Urbanidad y a las charlas de algunos «consejeros», pero ambas cosas no se diferencian en nada de una clase tradicional sobre la función del estómago en la digestión, o sobre el descubrimiento de América: ¡muchas palabras y poca acción!

En cualquier caso, se pone el énfasis en castigar algunas conductas contrarias a la moral o a las normas disciplinarias de la escuela, pero de forma circunstancial y arbitraria, sin que, por otro lado, se dote al niño de un código de conducta social de signo positivo. Es importante pues, que los docentes y los programas educativos estén impregnados de este sentido pro social para que se cumpla con una verdadera formación integral del adulto de mañana, y por lo tanto, de los futuros educadores que transmitirán, a su vez, estos valores a las siguientes generaciones.

LA FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA CÍVICA

Íntimamente relacionado con la creación de un repertorio de conductas pro sociales, otro de los objetivos de la educación es la formación de una conciencia cívica. Uno y otro son aspectos complementarios, pero esta educación ciudadana no debe confundirse con una enseñanza patriotera, superficial y meramente emotiva.

El individuo que forma parte de una comunidad cívica no puede educarse ignorando las realidades de ésta. Derechos y deberes son aspectos básicos de la formación ciudadana, pero aquí también se requiere un proceso de mentalización mediante el cual aquéllos queden impresos de manera indeleble en la conciencia de cada niño. Nuestros escolares terminan sus estudios desconociendo casi por completo los códigos legales que regulan la vida nacional: las leyes penales, laborales, de tránsito vehicular, etc. ¿Acaso esta enseñanza interesa exclusivamente a aquellos que en edades posteriores se dedicarán a la abogacía, la política o carreras administrativas?

¿Y qué podemos decir de los problemas de urbanismo, de contaminación ambiental, de salubridad? ¿Responde la educación actual a esas realidades formando personas conscientes de su papel en la solución de esos problemas? ¿Salen los jóvenes de las escuelas con el conocimiento claro de sus derechos políticos, de sus obligaciones como miembros de una comunidad, sea ésta urbana o rural?

La ignorancia en estas materias y la ausencia de una conciencia cívica son factores importantes para comprender gran parte de las situaciones que se dan en nuestras sociedades: la manipulación política, el mal uso del sufragio, el desaseo en las calles, parques y playas, la contaminación sonora e industrial, el uso indebido de las vías públicas por peatones y conductores, la irracionalidad en la edificación, la apatía ante el abuso de las leyes por parte de otros, etc.

Mientras los niños se entretengan dibujando escudos y banderitas; cantando una y otra vez el himno nacional y repitiendo consignas chauvinistas sin conocer a fondo los verdaderos problemas nacionales, las soluciones a éstos, que no pueden venir del aire, sino de acciones humanas concretas, se retrasarán cada vez más.

Los estudiantes panameños aprenden que nuestro país es «el centro del mundo», que nuestro istmo es sumamente importante para el tránsito naviero, que la pollera, el traje típico femenino, es «lo más bonito del mundo» junto con el tamborito y el canal de Panamá, que somos un crisol de razas donde no existe (supuestamente) la discriminación, que Dios nos ha dado, en fin, todos los dones que se pueda desear. Nuestros próceres son conocidos por los niños con perfiles desdibujados, como seres irreales que una vez existieron y fueron algo menos que inmaculados. Nuestra historia está plagada de blanco y negro, de héroes y villanos. Y esto sucede, mutatis mutandi, en casi todas las naciones del continente. Esta clase de instrucción no hace más que deformar la realidad y anula el

juicio crítico ya antes mencionado como fundamental para la educación, produciendo además ciudadanos mediocres, terreno fácil para ideas xenófobas, de nacionalismo estrecho y carentes de visión universal.

Los niños necesitan conocer la relatividad de todos estos valores de una nación, que su localidad, su provincia o su país, no son más que una pequeña parte de la gran patria universal de la humanidad, y que, en todo caso, es el fiel cumplimiento de sus obligaciones y el respeto hacia sus derechos, lo que engrandece a cualquier comunidad. Los signos y símbolos de un país son fantasmas, entes vacíos, cosas sin sentido, si no están apoyados en esa actitud diaria de cada uno.

Quien egresa de una escuela debe conocer en forma prioritaria, por encima de otro tipo de conocimientos, el funcionamiento del Órgano Legislativo. Debe saber qué dicen las leyes respecto a uno u otro aspecto de la convivencia cotidiana; cómo funciona la ejecución de esas leyes y cómo son los procesos judiciales que las hacen cumplir. No basta pues, que sepa que existen tres poderes del Estado y la función general de cada uno. Debe aprender más a fondo sus orígenes, sus problemas, discutir sobre ellos, cómo trabajan y vivirlos en la realidad. También tiene que haber investigado sobre las causas de ciertos problemas ya mencionados y que aquejan a toda comunidad. Tiene que salir a la vida adulta familiarizado con las posibles soluciones a esos problemas, con unos condicionamientos que le impidan comportarse como un ciudadano irresponsable.

Tirar desperdicios a las vías públicas, pasarse la luz roja al conducir, violar normas de velocidad, maltratar bienes de uso común, hacer uso indebido de los servicios públicos, cometer peculado, etc., son algunos ejemplos de conductas antisociales cuya ejecución debe provocar inmediatamente en el individuo reacciones de vergüenza y de culpa, de igual manera que cuando roba o mata.

La escuela tiene un papel importante que cumplir en el desarrollo de un fuerte código de conducta cívica, y eso no puede lograrse solamente con palabras o consejos a los estudiantes, se debe enseñar día por día, en todo momento, tanto dentro como fuera del recinto escolar, saliendo a la calle a vivir las realidades junto con los maestros actuando como guías. Los propios jóvenes deben sentir su responsabilidad ciudadana desde sus primeros años, y se les debe invitar a hacer cumplir las normas de convivencia a las demás personas con quienes se relacionan; que lo sientan como un trabajo y un esfuerzo de ellos mismos junto con sus educadores. La enseñanza de la Cívica tiene que ser vivida; debe crear personas sensibles a todo lo que atente contra la ética que rige las comunidades. Por supuesto que los padres tienen una misión que cumplir en esta formación, comenzando con su propio ejemplo, con su conducta social y con la educación en el hogar. Éste puede concebirse como una unidad social dentro de la cual se viven situaciones similares a los que se viven dentro del marco de la comunidad general: las normas éticas, la justicia, la injusticia, el aseo, el hábito democrático o la imposición arbitraria, el diálogo y la mediación para la solución de problemas y las sanciones o los reconocimientos.

IMPARTIR CONOCIMIENTOS EN FORMA DINÁMICA

Cómo hacer interesante lo que se quiere enseñar es un problema que pocos docentes logran resolver. La apatía, la falta de imaginación, el apego a un programa cronometrado, y hasta la falta de conciencia del asunto, son factores que contribuyen, por parte de los maestros y profesores, al desinterés de los estudiantes.

Es muy extendida la idea de que a la escuelas se va a adquirir un catálogo de conocimientos, pero se enfatiza más en aquellos que supuestamente tienen mayor utilidad práctica: Inglés, Matemáticas, materias de comercio, etc. Pero, pocos padres e incluso docentes llegan realmente a comprender cuál es el interés de los demás conocimientos, aceptándolos solamente como parte de un currículo que hay que cumplir y que está establecido así quién sabe desde cuando.

La forma en la que se imparte la enseñanza de la mayoría de las asignaturas, desarraigadas de la vida real, sin relación directa con lo que las personas viven diariamente, sin un significado visible, hace que se conviertan en letra muerta que los jóvenes estudian de muy mala gana.

En las escuelas, el saber ha sido fragmentado y dividido en compartimentos estancos de modo tal que el alumno (y los propios educadores) llegan a percibir el mundo y la dinámica de la vida de igual forma, algo parecido a las clasificaciones que de los seres vivos hacía el naturalista Linneo. La

escritura y la lectura se aprenden basándose en palabras y frases moldes a gusto del maestro o del librito que se utilice para tal fin; las matemáticas se acercan más a un ejercicio abstracto que a un conocimiento realmente útil que pueda aplicarse a otros campos del saber; la física y la química se enseñan de manera puramente teórica sin que el alumno sepa relacionarla con los fenómenos de su propio cuerpo y otros de la vida que lo rodean, sin haber armado nunca un modelo molecular que le permita situar en el espacio las complicadas fórmulas que memoriza.

Y de la biología ¿qué podemos decir, sino que siendo la ciencia de la vida se le mata y se le diseca para estudiarla en animales rellenos de aserrín o en libros aburridos y superficiales? Los alumnos no son estimulados a aprender observando los fenómenos de la vida en movimiento: un pájaro en su vuelo o haciendo un nido, una araña construyendo su tela o cazando una presa en ella, una lombriz reptando o la riqueza de la vida microscópica en un simple charco de agua dejado por las lluvias. ¿Cuántas personas salen de la formación escolar conociendo bien el funcionamiento de su propio cuerpo o las distintas enfermedades que pueden afectarlo?

¿Qué conocimientos útiles se adquieren en la escuela sobre el tiempo, que tanta importancia tiene para nuestras vidas; los climas, su importancia en la agricultura, su relación con los bosques, con la salud, etc.? O, ¿qué se aprende sobre el funcionamiento de las máquinas que tenemos y usamos en nuestras casas como refrigeradoras, lavadoras, estufas, automóviles, y otras?

¿Acaso todo conocimiento útil, práctico, debe ser privilegio de técnicos y profesionales? ¿Todo esto no es física práctica? Con esta actitud de ignorar o de no enseñar a los estudiantes estos aspectos de la vida diaria tan conectados con las mismas asignaturas que pretenden aprender, solamente se logra una cada vez mayor ineptitud del hombre de hoy, cuya paradoja es estar rodeado de adelantos científicos y técnicos, pero sabiendo de ellos menos que el hombre antiguo de sus medios de vida y de lo que le rodeaba.

Se estudia la geografía basada en nombres, extensiones numéricas, nacimiento de ríos, tamaño de océanos, capitales de países y hasta número de habitantes de cada una de ellas, datos que el estudiante memoriza para olvidar una y otra vez. Pero, ¿aprenden la utilidad de una vía fluvial en la vida económica de un país o de un pueblo? ¿La fauna y la flora de esa montaña cuyo nombre se exigió en el examen? ¿Se enseña, relacionándolo con la geología, cuál fue el origen de esos fenómenos naturales y la forma en que evolucionan, y su relación con la historia del hombre?

La historia, nuestra historia, se estudia como un recuento de hechos, fechas, anécdotas repetidas hasta la saciedad, y a veces, al estilo de una película de Hollywood, con sus batallas, sus héroes y sus bandidos. Las aberraciones y la superficialidad son la tónica de esta Historia que se enseña en las aulas, desde la primaria hasta los últimos años. Nada se enseña de la verdadera historia de los pueblos, de su vida cotidiana en tiempos pasados, del surgimiento de las costumbres, del desarrollo de las lenguas y de las nacionalidades, de los factores sociopolíticos y económicos que hicieron posible los cambios históricos y el surgimiento de las grandes figuras del pasado; los verdaderos motivos de empresas como las cruzadas, el descubrimiento de América para los europeos, la revolución francesa, la independencia de los países americanos o de las guerras mundiales. Tampoco se enseña con profundidad el surgimiento de las ideas, del arte en la historia de los pueblos o de las luchas de estos por su liberación de la esclavitud.

La historia de tiempos pretéritos, tal y como se enseña en los programas escolares, no dice nada a los niños y jóvenes de la historia de nuestro tiempo. No los sensibiliza, no les clarifica los errores del pasado ni les da una visión de futuro o universalista. Más bien se les presenta como algo fósil que es bueno repasar como quien pasa apresuradamente por un museo de cosas aburridas y llenas de polvo.

No se trata de hacer de los escolares unos expertos en rama alguna de las ciencias o del saber en general, pero sí de sustituir la enseñanza superficial, disecada y fragmentada, inútil y carente de significado, por una enseñanza viva, relacionada y útil para estar en el mundo de hoy y construir un futuro promisorio para la humanidad.

LA PARTICIPACIÓN ACTIVA DEL ALUMNO

La enseñanza propuesta no queda completa sin la participación activa del alumno en esta búsqueda del conocimiento. La situación tradicional en la que el maestro dicta las lecciones y el niño

las recibe pasivamente, no es válida para un adecuado proceso de enseñanza-aprendizaje. Algunos métodos pedagógicos que actualmente intentan poner en práctica ciertos colegios privados, pretenden, en teoría, promover esta participación del estudiante, pero en realidad, la relación docente-discípulo sigue siendo la misma y el funcionamiento de la escuela no difiere en gran medida del de las que utilizan las más tradicionales. Un aspecto clave para entender por qué sucede así, es la falta de preparación mental y académica del docente. Su formación es la común y corriente de cualquier otro educador que se entrena en los procedimientos propios de los sistemas educativos habituales.

Los intereses del niño, que algunos métodos pedagógicos colocan en el centro de su filosofía, no cuentan en nuestras escuelas. Incluso en ciertos aspectos de detalles intrascendentes en apariencia, como lo son, por ejemplo, el dibujo o las actividades manuales, el maestro sigue imponiendo, ya no sólo lo que cree mejor para su educando, sino también caprichos y gustos personales. A esta clase de enseñanza se opone otra que quiere dejar absoluta libertad al niño para que elija lo que le interesa y el maestro se dedica a seguir el camino que aquél le señala pero sirviéndole de guía. En este método, se trata de enseñar al alumno «lo menos posible», dejando que sea él quien vaya descubriendo las cosas.

De estas dos posiciones antagónicas debe surgir una tercera que sea una síntesis de ambas, para utilizar términos dialécticos. Pero, de una forma u otra la educación tiene que estar sometida a este mismo proceso dinámico, y estar en constante renovación a medida que los esquemas pedagógicos se van quedando al margen de las realidades. Nuestras escuelas y nuestros educadores y padres, no están preparados para que una enseñanza en la que los esquemas de tipo roussoniano de «dejar hacer» interviniendo lo menos posible pueda ser factible. Sin embargo, la otra posición en la que al alumno se le convierte en una especie de niño-cinta, en la que el educador trata de grabar lo más que pueda del programa curricular, es anacrónica y antipedagógica.

Las mejores intenciones, los mejores programas, e incluso la enseñanza más integral y dinámica en relación con la forma de impartir los conocimientos, fracasan si no toman en cuenta la natural inclinación del ser humano en desarrollo a «vivir su aprendizaje», a «llenarse de experiencias», a «intervenir». Si bien no podemos dejar la educación escolar completamente a merced de los intereses que van surgiendo en cada niño, sí podemos ajustar los programas educativos para que respondan lo más posible a las naturales disposiciones e intereses de aquéllos.

La forma en que se encuentran sentados los alumnos en las aulas, las normas que les impiden hacer comentarios a menos que el maestro se los pida, los horarios rígidos, el clima de tensión, de represión y temor, la monotonía de las clases y los monólogos que establece el educador, son impedimentos a esa participación activa del alumno.

Treinta o cuarenta alumnos que pasan de 5 a seis 6 horas, apenas interrumpidas por uno o dos cortos períodos de recreo, sentados tratando de hacer silencio para poner atención a la lección que está «dictando» el maestro, y sin la posibilidad de intervenir a menos que se les pregunte, o salvo excepciones en las que aquél permite hacer alguna pregunta aclaratoria, resulta una situación muy poco propicia para una enseñanza interesante que motive la participación de los alumnos. Éstos están tan acostumbrados a ese tipo de pedagogía que, posiblemente, a la menor oportunidad que se les dé de participar más libre y activamente, responderán de manera poco disciplinada, o bien, sin iniciativa propia, lo que refuerza más las actitudes impositivas de los maestros y profesores.

Los jóvenes deben aprender hablando, discutiendo, viendo, oyendo, tocando, deshaciendo esquemas fijos, preparando junto a sus maestros las mismas clases, y ¿por qué no?, hasta bromeando y cantando. Si durante el desarrollo de una determinada lección, los alumnos dirigen su atención en una dirección, esto debe servir al maestro para continuar la clase alrededor de ese interés o de los intereses manifestados por aquellos.

Muchos maestros que intentan satisfacer a sus discípulos responden que al final de la clase, quedando algunos minutos, hablarán de tal tema, o les contará tal anécdota, pero «primero la lección» del día. Esto es algo así como: «tómate el purgante primero y después te doy el caramelo», lo cual no tiene ningún sentido pedagógico. Es durante la misma clase cuando el maestro debe saber relacionar los intereses de sus alumnos con lo que se pretende enseñar en sentido general. Las lecciones «fijas» y a base de «cuotas diarias» no resultan atractivas ni eficaces para la enseñanza. Si el programa exige que se cubra, por ejemplo, la historia de una determinada época, esto puede

hacerse sin sacrificar el ambiente de participación y de libertad que deben tener tanto discipulos como docentes para realizar la clase.

La elección de temas, la confección de textos propios, las publicaciones hechas por los mismos estudiantes basadas en sus investigaciones, las mesas redondas, las dramatizaciones y los juegos pedagógicos, son algunos de los métodos mediante los cuales se puede desarrollar el proceso de aprendizaje. El educador debe saber poner orden en todo eso; coordinar los intereses con la materia que se desea cubrir; facilitar la búsqueda; estimular las ideas y las iniciativas sin cargar la mano. Los padres de los estudiantes pueden involucrarse en estas actividades, pero siempre como una contribución voluntaria, y como ya mencionamos en otro lugar, sin imponer tareas tediosas para el hogar y sin ninguna utilidad pedagógica.

Maestro y alumnos deben establecer una relación de enseñanza mutua, aunque el primero mantenga siempre su papel de garante y guía de la educación de los segundos.

CONTACTO CON LAS FUENTES DEL CONOCIMIENTO

La enseñanza dinámica y la participación activa de los estudiantes debe realizarse, siempre que sea posible, fuera del aula de clases, esa especie de «jaula pedagógica» en la que durante ocho meses hay que aprenderlo todo, tratando de imaginar aquello que no se puede conocer directamente. Para aprender acerca de los fenómenos de la vida, encerramos a los jóvenes entre cuatro paredes y sólo de vez en cuando, a veces como premio «al buen comportamiento», o con motivo de alguna circunstancia especial, se les lleva a un «paseo» que puede ser a un parque, un museo, un zoológico (si lo hay), a una fábrica o a visitar a alguna personalidad pública. Otras veces, se les premia llevándolos a un centro de comidas rápidas para que se diviertan e ingieran alimentos de mala calidad.

Lo cierto es que para aprender muchas cosas, no es necesario ir muy lejos de la escuela, ya que en sus alrededores suceden una gran cantidad de cosas utilizables para la enseñanza. Ni qué decir tiene que la institución educativa que se precie de tal, debería disponer de unas instalaciones mínimas, y entre ellas, un pequeño jardín donde los alumnos puedan practicar la botánica, la agricultura y la entomología; una colección variada de elementos de ciencias naturales con minerales, osamentas, pecera, insectos, terrario, y preparaciones para microscopio; un pequeño laboratorio de química-física desde donde puedan familiarizarse con los aspectos prácticos de estas materias desde muy temprano; colecciones de piezas históricas o réplicas de las mismas; videoteca con documentales variados de astronomía, historia, geografía, ciencias, y material visual de computadoras para fines didácticos.

También se debe fomentar el intercambio de conocimientos y de trabajos con otras escuelas del país y del extranjero, así como la iniciación al arte en sus diversas manifestaciones: pintura, dibujo, teatro, música y cerámica. Las escuelas que no disponen de medios, generalmente las oficiales, tienen que adaptar sus instalaciones lo más que puedan para diversos fines, pero además, deben luchar por ir adquiriendo esas facilidades. De todos modos, todas las escuelas por más ricas o pobres que sean, tienen que llevar el aula a la vida, proyectarla fuera, en la variedad y riqueza de fenómenos que presenta la naturaleza y la misma sociedad.

Los estudiantes tienen que presenciar debates parlamentarios y recibir explicaciones sobre lo que ven y oyen en ellos; deben asistir al funcionamiento de fábricas y centros de producción en pequeños grupos; conocer en actividad una central telefónica o eléctrica, un cuartel de bomberos, una estación policial, una granja campesina, las diversas actividades que se desarrollan en un centro médico. Igualmente, deben salir a las calles para aprender sobre circulación vial, sistemas de alcantarillado y su adecuado mantenimiento para evitar inundaciones durante el periodo lluvioso, etc. La educación de los menores requiere una constante aproximación a la naturaleza, a la calle y a las actividades de la comunidad. No se trata de forzar la entrada de estas cosas al aula de clases, sino de transportar ésta extramuros, abrirla a la vida real.

Es comprensible que el modo en que están organizadas las escuelas actualmente y la falta de medios que padecen, dificulte estas actividades, pero no las hace imposibles si hay la voluntad de ejecutarlas y el convencimiento de que son necesarias. En cuanto a la organización de la escuela, compete a sus administradores hacer las gestiones pertinentes para ajustar el funcionamiento de

aquélla a ese tipo de enseñanza. Y en cuanto a la falta de medios, es algo por lo que se debe y se puede luchar, tratando de compensarla haciendo lo que se pueda con entusiasmo y creatividad por parte de docentes, padres y alumnos. No cuesta demasiado salir a la comunidad o a la naturaleza a presenciar y vivir lo que de otra manera hay que aprender teóricamente y desconectado de ellas. ¿Cuántos maestros enseñan a los niños lo que es el mundo de las plantas en medio del mismo jardín donde puedan ver y palpar los pétalos, los tallos, los capullos, la mariposa transportando polen en sus patas, la variedad de colores de ese pequeño universo del patio escolar y las potencialidades de la genética aplicada a la botánica? ¿Cuántos sacan provecho de toda la enseñanza latente en la simple observación del mundo de las hormigas y otros insectos, de la vida en una pecera, de la lluvia que azota los predios de la escuela, de las noticias que trae el periódico del día, de la técnica y maestría del joyero o del ebanista que tiene su taller a poca distancia del colegio, o de la obra de teatro o el concierto que se está presentando?

¿Se imaginan a una persona entrenándose para bucear en las profundidades del mar o de los ríos sin ir nunca a ellos? ¿O a un médico aprender su profesión sin tocar nunca un paciente, o sin ir a un hospital a practicar? ¿O a un carpintero su oficio sin saber utilizar los instrumentos para trabajar la madera o sin conocer sus variedades? Pues algo similar resulta de la escuela actual: queremos preparar jóvenes para la vida sin que se les dé la oportunidad de estar en contacto directo e inmersos en ella en un sentido pedagógico.

LAS CONTINGENCIAS DEL APRENDIZAJE Y LAS CAPACIDADES INDIVIDUALES

El proceso de aprendizaje tiene que desarrollarse dentro de un marco de referencias y de retroinformaciones que faciliten el establecimiento de hábitos y asociaciones en el educando. El educador necesita una formación que lo capacite para crear un ambiente de tal naturaleza en su clase.

Las teorías del aprendizaje que la psicología moderna ha producido desde hace casi un siglo, nos informan de los mecanismos por medio de los cuales los organismos vivientes aprenden muchas de sus conductas, y esto ha tenido una gran repercusión en el campo de la enseñanza, especialmente desde la década de los años cincuenta de la pasada centuria. Sin embargo, sigue siendo un terreno desconocido para la mayoría de los pedagogos.

Aunque más adelante tendremos ocasión de referirnos a la formación psicológica de los maestros, valga mencionar aquí que el desconocimiento de estos avances en materia de psicología merman mucho su capacidad cuando se trata de enseñar y educar. Lo que sucede en un salón de clases y en las relaciones con sus alumnos contradice, generalmente, lo que debe ser un proceso educativo basado en principios científicos.

Uno de los aspectos negativos en este sentido, es el de tomar la clase como un grupo homogéneo en sus capacidades y aptitudes. Todo parece estar elaborado de forma tal que se hace caso omiso de las diferencias individuales entre los estudiantes, con el resultado de que a todos se les aplican los mismos tratamientos. Pero, por otro lado, estos mismos tratamientos no toman en cuenta factores básicos del proceso de aprendizaje en los niños. Se insiste mucho en métodos aversivos que provocan ansiedad y conductas de evitación por parte de los alumnos. La amenaza de ser castigados con una mala nota, o de cualquier otra manera quedando en ridículo delante del grupo, o de recibir una reprimenda en el hogar, son ejemplos de estos métodos aversivos o represivos. El menor responde con una conducta que le permita evitar o liberarse de la posibilidad de sufrir esos efectos, ya sea limitando al máximo su participación y su iniciativa, aprendiendo mecánicamente las lecciones, o simplemente rechazando los estudios. Además, aquellos con capacidades de aprendizaje más lentas sufren más el resultado negativo de esas situaciones, reforzándose así su inclinación al rechazo y evitación de la escuela.

Los más capaces tratan de evitar las malas calificaciones o la humillación intentando reproducir como una fiel grabadora, todo lo que el docente ha explicado, pero sin que se trate de un acto libre, de un verdadero deseo de adquirir conocimientos reforzado por el ambiente en el que se desenvuelve el proceso de enseñanza-aprendizaje, sino sólo como una conducta puesta en ejecución para evitar

«desgracias». Para ambos tipos de alumnos, el resultado en cuanto a notas es diferente, pero no así el carácter poco agradable del estudio y la pérdida de la motivación.

Mi experiencia me dice que tanto los «buenos» como los «malos» estudiantes, en general, declaran que las clases les resultan desagradables. Son muy pocos los que dicen que se siente a gusto en la escuela o que les motiva mucho estudiar.

Las capacidades no son aprovechadas; las conductas positivas, las respuestas acertadas o adecuadas, la disposición para aprender, el esfuerzo que algunos hacen para lograr bien sus trabajos, raras veces se refuerzan como debe ser. Son los estudiantes que más necesitan de estos refuerzos para establecer un repertorio de conductas de acercamiento al estudio y de participación activa, precisamente quienes menos atención reciben en este sentido. Esto crea un círculo vicioso: el maestro se queja del alumno poco estudioso y lento; éste vive una situación de poca motivación que lo impulsa a disminuir al máximo su dedicación al aprendizaje y, producto de esto, baja progresivamente sus calificaciones, dando más argumentos al docente para más quejas y regaños.

Incluso los más favorecidos por las calificaciones escolares y por el trato de sus maestros, y que por lo tanto requieren menos estímulos para estudiar y participar durante las clases, tampoco reciben, en realidad, los refuerzos necesarios como debe ser si deseamos que mantenga su entusiasmo. Su propio rendimiento les proporciona momentos de satisfacción mayores que a los compañeros menos exitosos, pero tampoco están sometidos a un programa sistemático de refuerzos, a unas contingencias adecuadas para el aprendizaje sostenido.

La misma actitud del educador en la escuela, su lenguaje, su trato y estilo personal, pueden convertirse en fuertes estímulos para algunos niños y adolescentes. Otros necesitarán de un plan programado de estímulos para crear o aumentar sus conductas apropiadas dentro del proceso educativo. En algunos centros escolares de hoy, muy pocos aún, se intenta hacer adecuaciones curriculares para niños con necesidades especiales, con mayor o menor éxito. Pero no es sólo con estos estudiantes con quienes se debe tomar en consideración las diferencias individuales, sino con todos. Esto no quiere decir que aquellos que no tienen «necesidades especiales» tengan que tener un currículo distinto, pero sí que hay que saber que aunque no sea «niños con discapacidades», tienen estilos y ritmos diferentes de aprendizaje que obligan a no tomar al grupo como un todo homogéneo.

Pero, ¿qué es el reforzamiento al que tanto hemos aludido? ¿Qué es un refuerzo? ¿Cómo y en base a qué se aplican los refuerzos? ¿Qué efectos tienen en el aprendizaje? ¿Qué sucede si no se aplican refuerzos durante la enseñanza? ¿Qué tipo de refuerzos requiere cada alumno? Estas son preguntas que todo docente debe estudiar si quiere utilizar los instrumentos de la psicología del aprendizaje. Aquí no podemos, ni es la intención de este libro, escribir sobre el tema, pero sí apuntar la importancia que tiene en la pedagogía de hoy, por no mencionar otras disciplinas como la psiquiatría, la psicología del desarrollo y otras.

Podría decirse que ignorar los procesos por los cuales se logra un mejor aprendizaje escolar, impide alcanzar una enseñanza eficaz en las escuelas y el tratamiento adecuado para cada alumno de acuerdo con sus capacidades y motivaciones.

EL CONOCIMIENTO DEL PROPIO CUERPO: ASPECTO BÁSICO DE LA EDUCACIÓN FÍSICA

El concepto que se tiene hoy en las escuelas de lo que es educación física es realmente pobre. Nuestro mundo occidental carece de una filosofía seria acerca de la educación del cuerpo y sus facultades. Generalmente, la educación física consiste en una serie de ejercicios gimnásticos muy simples, o en la práctica de algún deporte en la hora asignada para esas clases. En algunos casos, se encomienda a los alumnos trabajos teóricos, especialmente a aquellos que por un motivo u otro, están excusados de practicar actividades físicas.

Pero, si llegáramos a incorporar en los planes educativos un concepto más profundo y amplio de lo que es la educación física, la situación cambiaría por completo, ya que habría que concederle mayor importancia y situarla en un primer plano de prioridades, y ningún alumno, incluidos muchos con impedimentos físicos, dejaría de integrarse a la enseñanza en este aspecto de la educación escolar.

La educación del cuerpo implica un conocimiento profundo del mismo, de su estructura, de su funcionamiento, especialmente del sistema locomotor, del ritmo y la coordinación, de las forma de mantener en buen estado esa estructura y esas funciones, lo cual involucra la nutrición adecuada y la higiene personal, así como también el desarrollo de la capacidad de control del cuerpo a través de la mente. Finalmente, la educación física integra el desarrollo de una conciencia deportiva aunque el dominio de uno u otro deporte es un aspecto prescindible de aquélla, algo no prioritario.

Vista de esta manera, la educación física se nutre de la biología, la anatomía, la fisiología, de los aspectos científicos de la nutrición humana, de la medicina, de la música, la danza y la psicología, como también de ciertos aspectos de la filosofía oriental. Si partimos de un modelo psicobiológico y social en la comprensión del ser humano, la educación del cuerpo no puede prescindir de todos esos aportes. La parte social se hace más notable en la actitud de grupo que requieren algunas prácticas de la educación física y en la formación del espíritu deportivo. El profesor de educación física debe hacerse de los conocimientos necesarios en todas esas ramas de las que se alimenta su especialidad, y procurar un buen conocimiento de cada uno de sus alumnos para poder llevarlos al máximo de rendimiento del que son capaces individualmente y en grupo.

Todo lo que hasta aquí he afirmado sobre las relaciones del maestro con sus alumnos, es válido para el educador del cuerpo, quien necesita estar completamente integrado al proceso de estudios, y su coordinación con el resto del personal docente y los padres es esencial para una mejor intervención en la formación de sus alumnos. ¿Cómo participan y rinden en otras actividades académicas? ¿Qué aptitudes demuestran? ¿En qué ambiente se desenvuelven? ¿Cómo se llevan con otros maestros y con sus padres? ¿Qué problemas de salud presentan o han presentado anteriormente? De esta manera podrá desempeñar mucho más efectivamente su labor de profesor de educación física.

El programa educativo tiene que dotar al niño del conocimiento de su cuerpo desde que ingresa a la escuela y de forma progresiva, profundizando más a medida que va avanzando a niveles académicos más altos, tratando siempre de coordinar la enseñanza de la educación física con la que recibe de otros docentes en relación a materias como la Biología, la Música, la Cívica, la Filosofía y otras.

El ser humano da siempre la impresión de ser un extraño viviendo en casa ajena, ya que desconoce casi todo lo que se relaciona con su propio cuerpo. Esto se deja como una obligación de los que se dedican a la Medicina u otras disciplinas relacionadas con ésta. Pero incluso así, un perfecto conocimiento y dominio de nuestra corporalidad, no resulta necesariamente del estudio de esas profesiones. Cuando hablamos de conocimientos relacionados con nuestro cuerpo, nos referimos a los aspectos psicobiológicos comunes a todos, pero también a las peculiaridades de cada uno de nosotros.

El cuerpo es parte de nuestra personalidad; nos define en muchas ocasiones; nos confiere un estilo particular, y es el vehículo de nuestras emociones y expresiones, así como también es lo que nos permite la separación y la situación en el espacio distinguiéndonos de los otros, aparte de que de su normal funcionamiento depende nuestra existencia. Educar el cuerpo, realizarlo al máximo de su potencial, saberlo cuidar y mantener en buen estado el mayor tiempo posible, son objetivos que se podrán lograr solamente en la medida en que lo conozcamos mejor.

Este estudio del propio cuerpo tiene facetas generales en el conocimiento de la estructura ósea y muscular, la fisiología de esos sistemas, la estática, el equilibrio y la dinámica corporal, el desarrollo de las coordinaciones motrices y del ritmo, las normas de nutrición y de higiene personal, los métodos de auto relajación y de concentración. Pero existen otras variantes que se refieren a la constitución y funcionamiento de cada individuo que dependen de factores genéticos, nutricionales, ambientales y psicológicos. Cada niño debe llegar a conocerse hasta familiarizarse con esos aspectos de su existencia.

La belleza y la fealdad son valores relativos que el joven debe aprender a superar. En el primer caso, para no encerrase en actitudes narcisistas. Y en el segundo, para aceptarse tal y como es, sin que esta aceptación implique merma social o emocional. Esto debe ser labor de todo aquel que trate con niños durante sus años escolares, pero especialmente de quienes están comprometidos en la educación de los aspectos físicos.

Algunos niños tendrán hábitos nutricionales deficientes, ya sea por dificultades económicas de sus familias, o por una educación dietética ina-decuada dentro del hogar. Otros presentarán defectos ortopédicos como pie plano, escoliosis, asimetría de miembros inferiores, etc.; otros presentarán una constitución atlética o delgadez; unos tendrán resistencia a la relajación, mientras que otros la lograrán con facilidad; unos serán torpes mientras que otros serán ágiles y rítmicos, y así pues, dentro de cada grupo de alumnos habrá una gran diversidad de aptitudes y características físicas. Si el maestro logra identificarlas, podrá tener puntos de referencia para estimular a cada uno a superarse canalizándolo adecuadamente hacia actividades acordes a esas peculiaridades.

DESARROLLO DEL RITMO Y LAS DESTREZAS MOTORAS

Quien enseña educación física requiere saber sobre aspectos básicos sobre cómo se desarrollan las funciones rítmicas y la coordinación motora gruesa y fina en los niños. Cuando estas destrezas son insuficientes o deficientes, no se alcanza una buen a ejecución en actividades como la escritura, el arte, los deportes, la gimnasia, los juegos de habilidad, la música, la danza e incluso el lenguaje.

El desconocimiento de estas discapacidades puede llevar a situaciones desagradables en una clase de educación física. De hecho, muchos niños llegan a rechazar este tipo de actividades y todo lo que tenga relación con el deporte debido a la baja autoestima que le producen sus torpezas motrices y rítmicas. Con frecuencia son objeto de la burla de los compañeros y hasta de los mismos maestros. Palabras ofensivas como torpe, fofo, chambón, y otras, son comunes en boca de algunos profesores de educación física. Pero son precisamente estos niños quienes en realidad necesitan una enseñanza terapéutica que les permita un mejor desarrollo de esas facultades.

Maestro y psicólogo, incluyéndose en ocasiones al médico del alumno y a sus padres, tendrán que coordinar esfuerzos para estimular y ayudarlo a superar sus dificultades y a no sufrir en su autoestima.

En el perfeccionamiento del ritmo es importante incluir la música. Esta es ritmo por excelencia y debe acompañar a todo tipo de actividad que tenga como propósito educar los movimientos corporales. Es una forma además de introducir la música en la vida diaria del niño, a través del oído y del movimiento. La danza estilizada, la mímica, la gimnasia rítmica, son facetas de la educación física que no deben dejar de incorporarse en esta materia.

Por otra parte, en esta actividad, el alumno debe recibir una retroinformación inmediata que le facilite ir perfeccionándose, y la utilización de espejos así como los mensajes del profesor, son útiles para tal fin. Esta labor de perfeccionamiento tiene que alcanzarse mediante un proceso de moldeamiento escalonado, reforzando paso a paso hasta conseguir etapas cada vez más avanzadas. Las destrezas motoras, tanto de coordinación fina como gruesa, deben desarrollarse a través de programas que incluyan acciones de grupo e individuales, o también, en pequeños grupos más homogéneos en cuanto a las capacidades psicomotoras. Los diversas pruebas existentes para medir estas capacidades pueden servir de punto de referencia para la elaboración de programas adecuados, tanto para el ritmo como para las habilidades motoras. Los niños deben ser motivados para realizar parte de las tareas de esos programas en sus hogares supervisados por sus familiares.

LA VERDADERA IMPORTANCIA DE LOS DEPORTES Y LA FORMACIÓN DE UNA CONCIENCIA DEPORTIVA

El deporte tiene facetas educativas, lúdicas, morales, sociales y económicas, siendo una actividad que ha llegado a ocupar un lugar prominente en la vida de muchos países y personas. Alrededor del deporte se mueven una serie de fuerzas humanas y económicas considerables. Sin embargo, el deporte como tal no debe ser un objetivo fundamental de la educación escolar. En todo caso, y como ya mencionamos, debe servir para el desarrollo de hábitos importantes y necesarios en varios sentidos.

La inclinación hacia los deportes que muchos niños manifiestan, sí tiene que ser tenida en cuenta por la escuela que quiere brindar las oportunidades de practicar una variada gama de ellos, disponiendo, si es posible, de instructores calificados. Si no se cuenta con las instalaciones

apropiadas, se debe buscar la forma de compartirlas con otras escuelas o instituciones deportivas que sí las tengan. No obstante, debe darse oportunidad para que no sólo aquellos que se muestran más interesados, o los más entrenados, sean los únicos que acaparen las actividades deportivas, sino también quienes se encuentran en desventaja en cuanto a las destrezas necesarias puedan ejercitarse en los juegos y ejercicios del programa de educación física. No resulta efectivo imponer un determinado deporte o actividad gimnástica, sino que cada alumno debe estar en posición de poder elegir los que prefiera y entonces darle las facilidades para practicarlos. En todo momento se debe evitar la marginación de cualquier alumno de las actividades deportivas ya que no se trata de formar profesionales del deporte ni de producir equipos escolares invencibles: se trata de utilizar la actividad deportiva para formar a los niños en la camaradería, la conducta de colaboración en grupo, la caballerosidad en una confrontación, las habilidades físicas y el control de los comportamientos que perjudican la convivencia y la participación sana en una acción social.

Algunos maestros parecen estar más interesados en lucir equipos ante otras escuelas, o en satisfacer su propio ego deportivo, olvidando su verdadera misión en la escuela que es la de educar y estimular. Si algún alumno llega a destacarse de manera tal que desee seguir perfeccionándose en determinado deporte, podrá entonces la escuela facilitarle la continuación de su entrenamiento, pero siempre como una actividad extraordinaria y nunca sacrificando la dedicación al resto del alumnado.

Es más, la escuela debe motivar a aquellos que se muestran hábiles para los deportes, pero siempre como una labor complementaria de la educación física. Si la escuela no está en condiciones de brindar entrenamientos más especializados, los alumnos interesados podrán buscarlos en las instalaciones que para tal fin tienen los institutos de deporte del país.

El profesor de educación física hará bien en reforzar el hecho de participar y esmerarse en lograrlo cada vez mejor, más que el hecho de ganar en un juego; es el espíritu de superación y de equipo lo que debe sedimentar en la práctica de los deportes en la escuela, junto al desarrollo de las habilidades psicomotoras. Algo que el joven necesita aprender es a no dar al deporte por sí mismo una jerarquía que no tiene, no convertirlo en un fin, sino en un medio para la superación física, espiritual y social.

Resulta deprimente ver a nuestros estudiantes más interesados en una pelea de boxeo que en las ciencias o la literatura, o verlos insultarse salvajemente o agredirse físicamente por los resultados de un partido intercolegial. Una vez que llegan a adultos contribuyen al triste espectáculo de las muchedumbres amotinadas en los estadios maltratando a un árbitro, o destruyendo cuanto encuentran a su paso, o trasmitiendo a sus hijos unos valores distorsionados cuando éstos ven y aprenden que es más emocionante e importante que gane tal o cual pugilista, o tal cual jinete, que el asistir a una buena representación teatral, un concierto o leer una buena obra literaria.

En esto cabe mucha responsabilidad a la escuela, y por supuesto que también al hogar, pero éste lo conforman adultos que antes han pasado a su vez por una educación escolar similar. El deporte es útil, no debe perderse ni desvalorizarse convirtiéndolo en instrumento de manipulación comercial, política o patriotera, debiendo conservar la posición que merece en una escala de valores sociales y personales.

HABLANDO DE LOS DOCENTES

MAESTRO ¡ EDÚCATE A TI MISMO !

La solución a muchos problemas de la escuela empieza por la educación de los maestros. Difícilmente podría dudarse de esta afirmación, pero es necesario que los mismos educadores sean conscientes de ello, así como de sus dificultades personales que les impiden desarrollar una labor formativa más acorde con los objetivos de la escuela.

No es honesto proyectar todas las culpas de los fracasos pedagógicos en la falta de medios de los centros educativos —especialmente en el caso de los centros oficiales—, en la irresponsabilidad de los padres, o en las conductas inadecuadas de la juventud de hoy. Tampoco se trata de hacer de los docentes los responsables de todos los males de la educación actual, pero sí de señalar la parte que les cabe como elementos claves en las soluciones posibles y estimular su superación como profesionales y como personas.

No es fácil educar, afrontar día tras día las relaciones con los niños en las aulas, pero es el oficio que los educadores han elegido y deben desempeñarlo con la mayor dedicación posible. A la pedagogía se entra por vocación, como a la medicina o al sacerdocio, por espíritu de entrega, y cualquier otro camino de entrada conduce al fracaso por más que éste trate de disimularse.

Pedir éxitos pedagógicos a personas sin condiciones adecuadas para la enseñanza es pedir peras al olmo, pero este es un aspecto de la educación que no parece preocupar demasiado en la actualidad. No se utiliza ningún criterio científico que permita seleccionar a las personas aptas para educar niños y adolescentes, salvo el de pasar los exámenes reglamentarios del currículo de las Escuelas Normales o de la Facultad de Educación de la universidad.

Es responsabilidad de la sociedad exigir que las personas que tendrán a su cargo la formación de los escolares tengan los valores y las aptitudes propias para tal fin, de la misma manera que se exige la competencia a los médicos y otros profesionales dedicados al servicio público. No se pretende que los maestros y profesores sean seres perfectos, sino que alcancen un grado de preparación intelectual y psicológica suficiente que los capacite para la labor tan delicada que se les ha encomendado.

¿Es completa la educación que se imparte en las escuelas para maestros? ¿Salen éstos debidamente seleccionados? ¿Existe algún tipo de mecanismo que permita establecer la aptitud o ineptitud del docente? La respuesta a estas preguntas es no. Posiblemente los mismos maestros estén conscientes de esto, al menos en parte, pero tampoco hacen mucho por remediarlo.

Es menester darse cuenta de que cualquier tipo de acción que se emprenda para modificar los sistemas actuales de enseñanza debe empezar por mejorar la formación del educador, así como por establecer métodos adecuados de selección. Los libros pueden mejorarse; las escuelas dotarse de abundante material didáctico; los programas modernizarse incorporando los aportes de la pedagogía y de la psicología de nuestro tiempo; pero si la capacitación de los encargados de la educación es deficiente, todos los esfuerzos se perderán.

En relación a los que se dedican a la enseñanza de ciertas especialidades en las escuelas secundarias, la formación académica suele ser algo superior gracias a los años de estudio universitario, pero la preparación pedagógica y psicológica no suele llegar a los niveles requeridos con algunas excepciones. Después de terminar una carrera de Matemáticas, Biología, Física, Química, Español, Inglés o Historia, por ejemplo, la enseñanza escolar se ofrece como una de las salidas laborales, sin que medie, en muchos casos, otra exigencia para ejercerla, que la de poseer el título de la especialidad correspondiente. Algunos profesores complementan su carrera básica con maestrías en docencia media, pero son aún los menos.

Podría decirse que ante la carencia formativa, muchos docentes afrontan la relación con el alumno tratando de hacer lo mejor que pueden, pero no es infrecuente que se sientan invadidos por sentimientos de frustración o de desesperación, ante la impotencia para resolver situaciones para las cuales no están preparados. En otros casos, la incapacidad se manifiesta en actitudes autoritarias, o indiferentes, que encubren el sentimiento de fracaso en el intento de establecer unas relaciones pedagógicas fructíferas. Por lo general, cuando esto sucede, el educador tiende a proyectar la culpa en el otro polo de la díada: el estudiante.

En general, podemos afirmar que la preparación intelectual de los docentes es insuficiente, y se limita a la adquirida en los años de estudio medio y de magisterio. Otros, tienen un conocimiento aceptable o excelente de sus especialidades, pero una base cultural que deja mucho que desear. El conocimiento de los métodos pedagógicos modernos es privilegio de algunos sectores elitistas de la educación, siendo ignorados aún por la mayoría. La psicología del aprendizaje y del desarrollo no han entrado aún de forma importante en el adiestramiento de los docentes, y lo que se les enseña de estas disciplinas no es más que una ligera capa de barniz que pronto se volatiliza.

En todo caso, es responsabilidad de los educadores lograr esa formación integral a través de una constante superación personal. Las lecturas, los seminarios, los cursos de actualización, las

revistas especializadas, el contacto con otros colegas y con otros profesionales relacionados con el niño y el adolescente, así como una atenta y constante revisión de su propia labor, son medios que facilitan alcanzar esa superación.

Además, es la colectividad de maestros y profesores la que debe luchar por la modernización y perfeccionamiento de sus carreras, por una preparación sólida y científica. Una educación de esta índole los colocaría en condiciones de conocer mejor su situación profesional, de profundizar en el conocimiento de sí mismos y de lograr resultados más satisfactorios. El «edúcate a ti mismo», puede equivaler a «conócete a ti mismo». El maestro, en su trato diario con los estudiantes, puede proyectar mucho de sus propios problemas, de sus frustraciones, de sus fracasos o emociones no debidamente canalizadas, lo que perturba enormemente la armonía necesaria para el éxito educativo.

UN ENCUENTRO ENTRE DESCONOCIDOS

Cada uno de los alumnos que tiene un maestro ante sí al inicio del año académico es un mundo distinto, con historias muy diversas. ¿Cómo es cada uno? ¿Qué experiencias educativas han vivido antes? ¿Quiénes son sus padres? ¿De qué ambiente provienen? ¿Cómo ha sido su rendimiento previo? ¡Qué grado de madurez emocional e intelectual han alcanzado?

Son veinte, treinta o cuarenta seres desconocidos, de los cuales en el mejor de los casos, sólo se llegará a conocer bien a una pequeña parte, y eso, una vez pasados varios meses y se haya dado una interacción más intensa, buena o mala, con el docente. Sin embargo, la mayoría de los jóvenes, al cabo de los ocho meses de escuela, seguirán siendo unos perfectos desconocidos para aquél. El conocimiento que se suele adquirir de los estudiantes es superficial, con excepción de los casos en los que por motivo de conducta alterada o amistad con los padres de un determinado alumno, el maestro se interesa un poco más por profundizar en la vida de éste. Pero incluso en muchos casos de niños problemáticos, la mayoría de los educadores no se preocupan de investigar más allá de lo que ven en el aula o de lo que puedan saber producto de una conversación eventual con los familiares de aquéllos.

Para los estudiantes, especialmente de escuela primaria, este encuentro entre desconocidos se repite cada año, salvo cuando el maestro continúa un año más con el grupo. En la secundaria se puede tener, a veces, el mismo profesor de una asignatura por más de un año, pero lo común es tener cambios frecuentes de profesores con quienes no se da un conocimiento más allá de la relación puramente académica.

Que un profesor se reúna con sus estudiantes fuera del horario de clases para entablar un mejor conocimiento mutuo, es algo sumamente raro, algo que no parece encajar en una escuela «seria». Para esto se han nombrado «consejeros» de los cuales la experiencia nos dice que tampoco son capaces de llegar a conocer adecuadamente a sus aconsejados, ya que su labor es muy limitada y superficial. Supimos de uno de estos consejeros que cuando los alumnos le daban una queja de alguno de los profesores les decía: «El profesor siempre tiene la razón; para dar crédito a sus quejas tienen que traerme cinco pruebas irrefutables». Los alumnos lo calificaban como una persona impenetrable y poco dispuesto a ayudar. Podemos imaginar la gran consejería que este supuesto educador podía realizar. ¡Y estamos refiriéndonos a una de las «mejores» escuelas del país! Otros profesores les dicen a los estudiantes: «¡los problemas personales de ustedes no me interesan, lo único que me importa es que pasen mi materia!».

Otras veces cuando los alumnos deben ausentarse para asistir a citas médicas, los padres encuentran problemas porque la escuela no acepta tales excusas, y no es raro que el estudiante se gane una mala nota por haber perdido un ejercicio o examen al estar enfermo. Son pocos pues, los educadores que se preocupan por los problemas de sus alumnos que no estén relacionados directamente con el rendimiento en el aula. No parece existir la costumbre de que el maestro o el profesor del nuevo grado mantengan entrevistas con los familiares de cada uno de sus discípulos, ni individual ni colectivamente, así como tampoco que se reúna con sus colegas del grado anterior antes del inicio del curso para obtener información respecto a los estudiantes que recibirá en su clase. Es posible que lea el expediente que reposa en la Dirección, si es que hay tal cosa, pero esto no es usual y además no se puede conocer a una persona, y menos a un niño, sólo por un expediente.

Hay preguntas que el maestro debe hacerse desde el inicio de clases: ¿Están mis alumnos preparados para la enseñanza que les voy a impartir? ¿Es homogénea la clase? ¿Quiénes parecen tener dificultades de aprendizaje? ¿Qué tratamiento han recibido? ¿Cómo ha sido el rendimiento de cada uno anteriormente? ¿De qué ambiente social provienen? ¿Da alguno muestras de tener trastornos emocionales? ¿Por qué Fulanito se muestra rebelde? ¿A qué se debe que Menganito se encuentre tan retraído? ¿Alguno de los alumnos tiene problemas médicos? ¿Por qué los padres de éste o aquél niño no han acudido a mi llamado para conocerlos?.

Aparte del expediente académico, cada niño o joven debe contar con una ficha médica y otra donde se anoten datos referentes al ambiente social y familiar de donde procede, pero además, el educador , en vez de concentrarse en la simple lectura de estos datos, debe asumir una actitud responsable y de participación en los problemas de la vida de sus educandos.

Observando, hablando con los padres más de una vez sin trabas de tipo burocrático, manteniendo contacto con el psicólogo de la escuela y con el médico que atiende al alumno, con los maestros o profesores que lo han tenido anteriormente, el docente se podrá hacer de un panorama más completo de la vida de aquél, y estará por lo tanto, en mejor capacidad de ayudarlo.

La postura más fácil es ignorar esos otros aspectos de la vida de los estudiantes y tapar el sol con la mano, que es lo que hacen muchos al desconocer las dificultades por las que atraviesan aquéllos y sus familias, limitándose a exigirles un rendimiento normal como si nada estuviera sucediendo que pueda afectarlo.

Querer educar como quien se sienta delante de una cinta transportadora a colocar sellos sin interés es un engaño basado en una relación artificial, en la que una persona le pone pruebas a otras con el fin de promoverlos o no de grado. A esto se le puede llamar de muchas formas, pero no «educación» ni «formación».

La relación maestro-alumno es la base de la educación escolar. De una buena relación puede surgir incluso una amistad sincera, sin necesidad de llegar a dependencias afectivas que algunas veces se producen alterando también la labor pedagógica. Una relación afectiva y eficaz se da si existe interés de parte del educador hacia todos los aspectos de la vida del alumno, y si éste logra captar el rostro humano de su maestro.

EL MAESTRO PROBLEMA

Se suele hablar mucho del estudiante problemático, pero este estudiante tiene su contrapartida en el maestro problema. Los educadores, como seres humanos, tienen naturalmente sus defectos y sus virtudes, pero hay algunos que por su personalidad o por su formación pueden ser considerados como muy difíciles en su trato. Se puede ser uno de estos docentes de varias maneras, aunque generalmente oscilan entre dos posturas extremas: los que tratan de llevar a los jóvenes a su órbita, y los que, por un deseo de condescender, se convierten en dependientes de aquéllos. Ambos tipos contradicen con sus actitudes los objetivos de la educación.

Frecuentemente el maestro problema pasa desapercibido aparentando una relación armoniosa con sus alumnos, pero la realidad es otra ya que lo que se da es una asimetría afectiva. En el caso de los que tratan de conducir a los estudiantes a su órbita, éstos giran alrededor de la personalidad del profesor aunque en apariencia exista un clima de liberalidad y democracia en el aula. En el caso del educador dependiente, es posible que haya una necesidad por su parte que lo impulsa a transformarse en un «niño» o un «jovencito» más, perdiendo su posición de adulto que debe guiar la formación de los menores.

En la educación de corte tradicional, de espíritu decimonónico, el maestro establece una relación dictatorial con sus educandos, quienes en todo momento deben mostrar obediencia y fiel observancia de sus normas disciplinarias. Se parte de un de «maldad innata» en el niño al cual hay que «domar» haciéndolo entrar en el camino del «bien». Las novelas de Dickens han plasmado en sus páginas los horrores a los que se llegó con ese tipo de educación autoritaria en el siglo XIX y parte del XX. Era la época de la varita y de las orejas de burro, de los castigos severísimos y las humillaciones. En la actualidad mucho de eso se ha perdido, pero su esencia sobrevive en el alma de muchos de los maestros problema. La varita ha desaparecido (aunque no del todo increíblemente), pero ha sido reemplazada por alguna patada, algún reglazo o incluso una bofetada. Las orejas de

burro ya no se utilizan, pero sí calificativos que se cuelgan simbólicamente de algunos niños mal portados o con malas notas como «morón», «mongolo», «retrasado», «manzana podrida», etc. Algunos se conducen de esta manera con sus estudiantes por un sentimiento de odio hacia todo lo que representa una generación que no se adapta a sus gustos, o por envidia de una juventud que ya no tiene, y otros, en fin, por frustraciones profesionales o sociales.

También hay quienes parecen regocijarse en su fama de «duros» y dan, en ocasiones, espectáculos realmente tristes, invitando a sus «enemigos» de la clase a pelear con ellos, o insultando impunemente, como aquel profesor que se complacía poniendo motes a sus alumnos como «cara de muerto», «pendejo», etc. El maestro que sin ser violento ni humillante, impone en su clase una disciplina espartana bajo amenazas de malas notas o expulsiones, es otro caso de maestro problema que prescinde de toda consideración hacia el interés formativo de sus alumnos. La menor transgresión de sus normas disciplinarias es castigada ipso facto sin mediar explicación ni posibilidad de diálogo: «pero profesor ¡yo no hice nada!» «¡Fuera, no se hable más! ¡Fuera!» Este tipo de educador, si así se puede llamar, esconde muchas veces una gran inseguridad para el trato abierto y franco con los jóvenes, tiene temor a esas situaciones que no sabe cómo manejar.

Otras veces esta actuación obedece a una idea errónea de la educación, o a una actitud cómoda que huye de todo lo que no sea impartir la lección y terminar con el timbre para irse enseguida. Estos maestros o profesores son elogiados frecuentemente por parte de padres y colegas que exclaman: «Es un profesor excelente; tiene un método pedagógico muy bueno; sus alumnos ni chistan en la clase».

La aversión y el temor que estos supuestos educadores provoca en los estudiantes por el ambiente hostil que se respira en sus clases, rompen totalmente la armonía de la comunicación pedagógica que es la base de los procesos de enseñanza-aprendizaje y de la educación en general. Este «excelente» educador no se preocupa por los problemas de sus alumnos, no le interesan, sólo le importan los buenos resultados que puedan obtener en sus exámenes, o simplemente adaptar la situación en beneficio propio. Si esto, además, gusta a los padres, entonces tanto mejor.

Existe otro tipo de maestro problema que hace girar a los estudiantes entorno a su figura hablando siempre de sí mismo, de sus conocimientos, de sus intereses, de sus ideas religiosas o políticas, o de sus problemas personales, pudiendo llegar a despertar simpatía entre aquellos y proporcionar al grupo momentos agradables, pero siempre siendo su ego el punto central: es una relación centrada en el educador y no un interés genuino por la formación de alumnos, quienes quedan al final, compadeciendo o simpatizando con el egocéntrico profesor, pero sin aprender ni educarse debidamente, ya que no participan de una clase dirigida a ellos.

En el otro extremo está el docente que no es capaz de mantener su autoridad y todo lo tolera, llegando a actitudes de condescendencia tales que muchas veces se convierte en una especie de «aliado» del niño contra la escuela, o contra otros colegas. Es el maestro o profesor «fenómeno», «el que está en la onda», el «pifioso», y que además es generoso con las calificaciones, «es un paseo», no fracasa a nadie. En un caso de estos, el maestro permitía a los niños hacer lo que quisieran en los últimos minutos para que «se desahogaran», incluso tirar las sillas contra las paredes y tirarle cosas a él si querían. Detrás de estas actitudes hay una gran necesidad de «no quedar mal», de ser reconocido como «un jovencito más», una demanda de amistad y de afecto pero que desgraciadamente perjudica a la figura del educador a la educación de sus discípulos, porque equivoca la relación que debe existir entre ellos; olvida que el educador debe ser el adulto que se da a respetar y que enseña a los jóvenes, con sus conductas, el camino a seguir sin necesidad de convertirse en otro menor más.

En un libro escrito por Max Marchand se leen las declaraciones de algunos estudiantes sobre cómo debería ser el maestro, resumiendo las cualidades del buen educador así:

> «...Un profesor que si expone sus opiniones no deja por eso de encauzar las de los otros. Que se ponga al nivel de los alumnos en sus explicaciones. Que sea si es necesario para la disciplina. En una palabra: un profesor que no tenga nada de superior y que asigne un pequeño lugar a las actividades extraescolares... Que antes que nada sea simpático y que no se ofusque cuando un alumno no pueda responder a una de sus preguntas; un profesor que sepa atraerse la estima y el afecto divirtiéndose (moderadamente) con los alumnos; que no haga ostentación de sus conocimientos; que trate de ponerse a la altura de aquéllos. En suma: un auténtico camarada al cual debiéramos mucho respeto».

Así pues, el maestro que no se quiere convertir en problema debe saber ganarse a sus alumnos sin necesidad de sacrificar el respeto que su persona requiere; debe respetar a su vez a sus estudiantes, orientarlos, servirles de ejemplo y de estímulo, estar en función de ellos, de su formación; mantener un comportamiento ecuánime; promover la participación de los discípulos al máximo, hacerlos investigar y no proyectar en ellos sus problemas.

LOS PROBLEMAS DEL MAESTRO

Para educar a otras personas, especialmente si son menores de edad, se requiere una personalidad sana, no sujeta a grandes oscilaciones emocionales, o trastornada en algún sentido. Alguien con trastornos de personalidad resulta un arma de doble filo: perjudica al estudiante y se perjudica a sí mismo, ya que están en constante peligro de ver acentuados sus rasgos premórbidos, y llegar así a estados francamente patológicos.

El maestro que padece algún trastorno psicológico tiene un problema importante: el de tratar de conciliar su conducta inestable con su labor docente que le exige afrontar situaciones muchas veces insoportables para él. Ir a clases diariamente puede convertirse en algo muy penoso y amenazante.

El que tiene rasgos obsesivos sufrirá continuamente por el orden de los útiles escolares, la limpieza del salón, los borrones en los cuadernos o los ejercicios, etc., lo que puede llevarlo a convertirse en una figura aversiva, desagradable. Este maestro se siente más a gusto entre niñas de letra bonita y ordenadas, con alumnos detallistas y escrupulosos que en realidad son muy pocos.

El que tiene rasgos paranoides sufrirá porque cualquier situación de conflicto con su grupo de alumnos puede vivirla como una persecución contra él, como una conspiración; pensará que ellos lo odian, que se burlan de él a sus espaldas, que quieren que se vaya de la escuela, que los demás maestros y el director se la tienen marcada, etc. Su forma de comportarse lo puede conducir a posiciones defensivas que lo aíslan cada vez más.

La persona histérica adoptará actitudes dramáticas, teatrales, para solucionar los conflictos en el aula de clases. Exclamará que la están enfermando; que llegará el día en que tendrán que sacarla con los pies por delante y todos se arrepentirán de lo que le hicieron; o llora con gran sentimiento ante el desplante de algún jovencito enfurecido diciendo: «¡Pero qué he hecho para merecer esto!». Otras veces actuará como quien se encuentra desarrollando un papel ante un público del que debe ganar admiración y aplausos. Este tipo de educador es más frecuente entre el sexo femenino, aunque no exclusivo, y suele suscitar entre los estudiantes sentimientos entremezclados de burla y compasión.

El depresivo entrará en crisis de desmoralización y pesimismo. El desánimo lo obligará a ausentarse con frecuencia y sufrirá también a menudo de jaquecas, de sentimientos de rechazo y baja autoestima ante sus colegas docentes. Sus clases pueden llegar a ser monótonas y propicias para el desorden, lo que acentúa más su auto desvalorización, lo que a su vez lo puede empujar a la renuncia antes de acabar el año escolar.

Por otra parte, la vida familiar del educador es un factor que también influye en su trabajo y aunque muchos dicen que se olvidan por completo de sus problemas familiares cuando están dando clases, lo más común es que sí se vean afectados en su labor de enseñanza y educación cuando están atravesando por serias dificultades domésticas. ¿Se puede ir tranquilamente a dictar clases y atender problemas de hijos ajenos cuando se tiene en casa uno que no quiere estudiar, con quien se lleva mal, o que a lo mejor anda en drogas? ¿Se puede dar las lecciones y entablar una comunicación empática con los alumnos cuando se acaba de pelear con la esposa o el esposo? ¿O cuando se está pasando por un proceso de divorcio o el abandono del cónyuge? ¿Cuando las cuentas no dan para llegar con solvencia a fin de mes? ´¿Cuándo se sabe que al llegar al hogar le esperan problemas serios: un marido alcohólico o maltratador, unos hijos que se odian, y más trabajo, especialmente en el caso de las maestras y profesoras?

Es posible que se pueda lograr una separación entre la labor docente y esos problemas acuciantes, pero es sumamente difícil y la mayoría no lo consigue. De una forma u otra, el problema termina influyendo en su profesión aunque el educador no se percate de ello o quiera negarlo. Muchos esconden la realidad. Saben cómo afectan esas dificultades familiares a algunos de sus estudiantes en cuanto al rendimiento y la conducta, pero niegan que les pueda suceder a ellos.

Conocerse a sí mismo es darse cuenta de todo esto, de los condicionamientos de la propia conducta. Practicar la política del avestruz no es acorde con la realidad, y por lo tanto, un engaño.

Los padres desinteresados, que no se hacen eco de las llamadas de atención cuando sus hijos presentan malas conductas, bajas notas o inestabilidad emocional en la escuela, son también problemas para los maestros y parece que su mensaje es: «¡Usted es el maestro, soluciónelo usted!». Otros culpan de todo a la escuela o al educador tratando de tapar sus negligencias en la educación de sus hijos. Estos padres no solamente suelen desconocer las causas de las dificultades de sus hijos sino que no cooperan y adoptan actitudes hostiles contra los maestros y profesores, lo que genera un clima de tensión en su relación con ellos afectándose también el niño o adolescente en cuestión. Es común que en un momento impulsivo retiren al hijo de la escuela para llevarlo a otra sin esperar a finalizar el año. Los docentes tienen en este tipo de padres un desafío importante y un reto a su paciencia y habilidades psicológicas.

Otras veces son padres que están un día sí y otro no reclamando notas y exigiendo del docente un trato especial para su hijo sin que esté justificado. Son personas sobreprotectoras y ansiosas que también logran provocar ansiedad en el personal de la escuela, produciéndose roces que perjudican al estudiante el cual corre el peligro de verse rechazado, de manera oculta o abierta, por parte de sus maestros y también de los compañeros.

Finalmente debemos mencionar como uno de los problemas más acuciantes del maestro, la baja remuneración y el poco reconocimiento de parte de las autoridades y del público en general. En este mundo en el que los valores parecen trastocados, un educador, una persona que lucha día a día para formar ciudadanos, ocupa un lugar en la escala económica y social muy por debajo de un pelotero, un boxeador, una secretaria ejecutiva o un comerciante, lo que los hace abocarse a movimientos gremiales de paros y huelgas que terminan por perjudicar la buena marcha de la educación. Un salario adecuado al importante papel que juega el educador en la sociedad, y las debidas protecciones laborales y sociales son esenciales para poder exigir de él una preparación y un comportamiento favorable a los objetivos de la educación nacional.

PADRES Y MAESTROS POR UNA EMPRESA COMÚN

La cooperación entre padres y maestros para hacer de la educación una empresa común es, en la realidad cotidiana, una teoría más que un hecho, ya que entre ellos no se da la debida comunicación. Los padres de familia pueden pasar todo el año sin llegar a conocer a los maestros o profesores en cuyas manos está la formación de sus hijos, salvo en los casos en los que existe mala conducta, mal rendimiento o alguna otra circunstancia especial. Las reuniones entre padres y docentes son escasas, y cuando se pretenden realizar, muchos padres no asisten siendo siempre una minoría, generalmente los más interesados, los que se presentan.

Si bien es verdad que un centro escolar no pueden estar a merced de los dictados de los padres ya que entre estos lo común es que haya una gran variedad de pareceres y deseos, tampoco es aconsejable que aquéllos estén completamente al margen del funcionamiento de la escuela. La posibilidad de que los padres de los alumnos intervengan directamente en la gestión de la escuela no es algo que las directivas de los centros escolares acostumbren a considerar, así como tampoco lo suelen hacer las asociaciones de padres. Son muy pocas las escuelas que pueden decir que existe en sus comités directivos la representación de los padres de los estudiantes. Naturalmente que esta participación debe darse bajo la premisa de que se acepta, desde un principio, la filosofía educativa de la escuela a la que se pertenece, y que se trata en todo caso, de coadyuvar al mejoramiento de la enseñanza. Tanto los estudiantes como sus padres deben recibir una preparación previa antes de formar parte de una determinada escuela, basada en la instrucción sobre los objetivos y metodología educativa que allí se intentan aplicar, de modo tal que se sientan comprometidos a colaborar a su buen funcionamiento. Si antes de aceptar el ingreso de su hijo a una escuela, los padres del mismo no están de acuerdo con los que ésta les ofrece, entonces es mejor no comprometerse. Cuando se trata de sectores de población que no tienen otra alternativa que asistir a la escuela oficial que se le asigna, entonces la situación se plantea de forma diferente. En este caso, que afecta a la mayoría de la población estudiantil, las asociaciones de padres y los gremios magisteriales deben abocarse a la

lucha por la modernización de la educación que ofrece al Ministerio de Educación en las instituciones a su cargo.

Muchas de las decisiones y normas que se imponen en las escuelas, tanto privadas como públicas, son incomprensibles para los alumnos y sus familiares, a quienes no les queda más opción que resignarse o convertirse en contestatarios crónicos que están siempre en conflicto con los educadores o los directores. ¿Cuántos padres no dudan, y con razón, de ciertas tareas que se les mandan a sus hijos, a veces de un día para otro, y que acaban siendo hechas por ellos mismos? Todo ese pegar figuritas, comprar las cosas más irrelevantes con el único fin de satisfacer el capricho de un determinado maestro. ¿Cuántos padres saben, en realidad, cuál es la utilidad de esas insignias que los niños pierden una y otra vez y que la escuela exige que se vuelvan a comprar? ¿O del sentido pedagógico, si lo tiene, de ciertas poesías larguísimas que el pequeño estudiante tiene que memorizar? ¿O del por qué a un niño se le castiga escribiendo cien veces pamplinas como «tengo que hacer la tarea» ? ¿O la importancia para ser una persona disciplinada que la corbata esté de tal o cual manera, o simplemente que sea parte del uniforme?

Lo mismo podría decirse de decisiones importantes como la expulsión de un alumno, temporal o definitiva; la enseñanza de la religión (cualquiera que sea); la política de la escuela respecto a exámenes, evaluaciones y ausencias por enfermedad de los alumnos, etc. Entre el alumnado de una escuela, especialmente las privadas, hay jóvenes que provienen de familias con diferentes ideologías políticas, con religiones distintas o sin religión, con costumbres o herencias culturales también diversas, por lo que es importante para los educadores estar conscientes de ello y mostrar siempre total respeto hacia esa multiculturalidad. En una ocasión, una maestra de uno de nuestros colegios privados de la capital, se dirigió a los alumnos extranjeros de su clase diciéndoles que tenían que considerar a nuestra bandera y a Panamá como el mejor país del mundo, ya que estaban viviendo en él.

Otra, en otra escuela privada supuestamente laica, exigía de los alumnos pruebas de haber asistido a misa los domingos, sin preocuparse de investigar primero de qué ambientes religiosos venía cada uno de sus estudiantes. Otra pedía a los niños pegar en sus cuadernos fotos de personajes públicos sin pensar que con eso podía herir la susceptibilidad de algunas familias. Estas conductas imprudentes de algunos educadores se dan precisamente por el desconocimiento que tienen de cada uno de sus alumnos y la falta de comunicación con sus padres.

Que los padres e incluso los estudiantes de los niveles altos puedan participar de alguna manera en el proceso de educación en las escuela, garantiza que ésta se asiente sobre bases más democráticas y de respeto a la diversidad, además de propiciar una mejor convivencia y armonía entre todos los actores de ese proceso.

Hay que entender la educación pues como una empresa en la que, si bien son los directivos quienes deciden al iniciar un proyecto educativo que tipo de escuela quieren establecer, una vez que se han integrado a ella los alumnos y sus padres interesados en ese proyecto, se debe funcionar en base a un esfuerzo común, donde ninguno de los estamentos sea una figura pasiva.

EL EDUCADOR Y EL PSICÓLOGO: VIDAS PARALELAS

La figura del psicólogo escolar es reciente en nuestras escuelas. Actualmente una gran cantidad de escuelas privadas pero pocas de las oficiales disponen de un gabinete psicológico. Sin embargo, en la mayoría de las escuelas donde hay un psicólogo, éste pasa desapercibido para los padres y para muchos estudiantes. Los docentes y los psicólogos no suelen actuar en verdadero equipo como no sea para determinar que alumno es «retrasado», «deficiente», o «hiperactivo». Son pocas las escuelas donde el profesional de la psicología realiza una labor psicopedagógica, y quizá se deba en parte a que muchos de ellos no son realmente especialistas en psicología educativa o en psicología clínica. Gran parte de su tiempo lo gastan en hacer pruebas psicométricas para determinar las capacidades de los nuevos alumnos, o de los que están rindiendo mal en los exámenes.

Los psicólogos pueden alegar que la dirección de la escuela solamente les exige eso y no se les permite más, y no están muy equivocados ya que esa es la idea que lamentablemente tienen muchos pedagogos, directores y administrativos de escuelas. Para ellos el psicólogo debe ser una especie de Can Cérbero que no permite colarse al que no está «apto» para ingresar a su escuela, y

desafortunadamente, son pocos los profesionales de la psicología que han se han propuesto desterrar ese concepto tan estrecho de lo que debe ser su labor escolar. El resto no suele tomar contacto con los problemas que se suscitan en las aulas, no intervienen en los que se dan en las relaciones entre docentes y alumnos, o entre los primeros y los padres de los segundos, o cuando se aparecen trastornos emocionales o conductuales entre los estudiantes, limitándose a referirlos a clínicas especializadas (a veces y de forma poco éticas, a la suya propia). Tampoco acostumbran a asesorar a los educadores en aspectos de psicología del desarrollo, de psicología del aprendizaje o de métodos para la modificación de conductas, sino que por el contrario, funcionan como vidas paralelas que rara vez se encuentran. Por supuesto que hay centros escolares que son la excepción aunque incluso en algunos de ellos aún puede involucrarse más al psicólogo.

Una vez, un psicólogo escolar manifestó a la madre de una alumna que no disponía de tiempo para encargarse del tratamiento de su hija la cual padecía de fobia escolar, y cada mañana, cuando llegaba al colegio, sufría una crisis de miedo con agitación y llanto, resistiéndose a entrar al aula. ¿Tiene esto sentido? ¿A quién pues, corresponde preocuparse de esas situaciones que se dan dentro de una escuela? En el caso citado se trataba de un centro privado y por cierto bastante caro.

¿Tiene sentido expulsar o rechazar la matrícula de un estudiante mal portado sin que maestro y psicólogo hayan intentado tratar el caso aplicando la metodología apropiada? ¿Padres, psicólogo, docentes y director, se reúnen formando un equipo que ayude al joven inadaptado? ¿Trata el psicólogo de introducir en su escuela métodos pedagógicos más acordes con lo que hoy se sabe sobre psicología de niños y adolescentes?

Una escena frecuente es la del psicólogo encerrado en su oficina corrigiendo pruebas o haciendo informes de las mismas, mientras no muy lejos en una de las aulas, hay un maestro o profesor maltratando psicológicamente a un estudiante. También es habitual que el psicólogo sea visto por padres descontentos como un aliado de un determinado docente que rechaza a su hijo.

Es necesario que el psicólogo escolar rescate su verdadera imagen, la real esencia de su profesión que es la de garantizar una pedagogía psicológica. Por supuesto que debe saber aplicar diversos tipos de pruebas de gabinete, pero tiene además otras funciones tanto o más importantes. Una de esas funciones es la de supervisar la buena relación entre alumnos y educadores. Encuentros periódicos con ambas partes son imprescindibles y actuar allí donde se encuentren fricciones sin tomar partido por nadie a priori, sino tratando de mediar, profesionalmente, y no como simple consejeros, ya que esto lo puede hacer cualquier persona con sentido común.

Otra de sus funciones es la de educar al personal docente en temas de psicología evolutiva, teorías del aprendizaje, modificación de conducta, psicoterapia de apoyo, manejo pedagógico de niños con necesidades especiales, interpretación de los resultados de las pruebas psicológicas que se aplican a los estudiantes, etc. Esta labor incluye también a los padres de los jóvenes.

Intervenir en la confección de planes de estudio y otras actividades formativas; detectar alumnos con trastornos emocionales y conductuales para iniciar algún tipo de tratamiento en conjunto con los maestros y los padres; organizar sesiones de grupo; referir debidamente a aquellos alumnos que requieran ayuda psiquiátrica o pediátrica; ayudar a los educadores que necesiten orientación psicológica, etc., son ejemplos de funciones que competen al psicólogo escolar. Sólo así, ejerciendo estas funciones, podrán los maestros, profesores, directivos, padres de familia y estudiantes saber para qué sirve un psicólogo.

¿Cuestión de tiempo? ¿Cuestión de más personal? ¡De acuerdo! El tiempo puede organizarse mejor, programarse para que rinda más utilizando, si es preciso, estudiantes de último años de la carrera que de buena gana colaborarían para ganar experiencia. ¿Personal? Se entiende que una escuela de cierta envergadura no puede contentarse con disponer de un solo psicólogo. Dos o tres son necesarios en los centros con matrícula grande y donde es imposible que un psicólogo pueda hacerse cargo de todo. Si esto no se comprende, si se sigue viendo al psicólogo como un simple pasa-pruebas, la psicología escolar tendrá siempre una proyección y resultados muy pobres.

LOS ASUNTOS DE FAMILIA

PADRES Y PADRES

Hay padres y padres. Es importante que los educadores conozcan la diversidad de formas de pensar de los familiares de los estudiantes en relación a los asuntos de la educación escolar. La influencia de sus ideas en el rendimiento y en la conducta de los jóvenes no es despreciable. Hay algunos padres con los cuales se debe tener cuidado de cómo se les comunican los asuntos concernientes con el desempeño de sus hijos, ya que sus reacciones pueden ser muy perjudiciales para éstos. De igual modo, los clásicos boletines bimestrales o mensuales que tanto impacto producen en los hogares, resultan en ocasiones fatídicos para la convivencia familiar. El día de la entrega de notas más de un escolar recibirá una buena dosis de palo, correa o insultos. Cuando se sospeche que esto es posible, se tiene la obligación moral de evitarla tomando contacto previo con esos padres y entregándoles directamente el boletín, con la finalidad de aconsejar simultáneamente el trato adecuado antes de que ocurra la tragedia.

A menudo los niños esconden los boletines o las malas notas de ejercicios y exámenes, o las falsifican cuando saben que al llegar a casa les espera algún tipo de agresión, sin pensar que al descubrir sus padres este engaño, tienen como justificar más su actitud punitiva. Es humano mentir para «salvar el pellejo», pero esto no lo entienden los padres abusadores. Otra cosa que no saben es que ese castigo que están infringiendo al niño con malas notas no tiene ningún valor para remediar el problema.

Muchas veces la razón de un bajo rendimiento descansa en factores relacionados con la vida familiar, y en ese caso el castigo lo merecerían también el padre, la madre o ambos. ¿Cómo puede estudiar un niño que se encuentra la mayor parte del tiempo solo con una televisión por delante? ¿Cómo puede rendir un joven que presencia constantemente escándalos maritales? ¿O que tiene que sufrir los efectos del alcoholismo del padre? ¿O la impaciencia de la madre ansiosa? ¿Cómo se le puede exigir a un alumno de la primaria que saque buenas calificaciones sin tener la suerte de contar con unos familiares que se preocupen de sus estudios, excepto al momento de pedirle cuentas?

No son pocos los adultos que tienen la creencia de que el niño debe tener por naturaleza el hábito del estudio y todas las aptitudes necesarias para un aprendizaje académico normal, y en su ignorancia lo culpan de mala voluntad o vagancia cuando trae bajas notas.

El abuso de menores por causa del mal rendimiento escolar es más frecuente de lo que se pudiera pensar. La escuela tiene una labor que hacer en estos casos, de tipo preventiva o correctiva según los casos ya que, al fin y al cabo, es la causante, en parte, de esos castigos.

A los papás negligentes, a los papás abusadores, se les unen aquellos que, frustrados por su propio fracaso social o profesional, castigan a su propia imagen en el cuerpo del hijo. Este se convierte en un recuerdo viviente de su desgracia, y cuando logra algún éxito, no obtienen ningún tipo de refuerzo de parte de ese padre o madre desilusionados. Los castigos y humillaciones que los adultos aplican a sus hijos son reminiscencias de los sufridos por ellos años atrás en su niñez por iguales razones.

Las malas notas son, en otros casos, una gran humillación para el «prestigio» de la familia. Los padres que así se sienten en estas situaciones, actúan de forma que hacen sentir al hijo que les ha causado algo terrible, que ha quedado mal con ellos y se lo recuerdan en la menor ocasión posible, hasta que una calificación excelente viene a borrar el recuerdo negativo. Esta clase de padres exige de sus hijos una ejecución académica un poco menos que perfecta, y cuando uno de ellos trae un fracaso actúan de la manera antes mencionada, pero ante los demás lo justifican culpando a la escuela o al método.

Puede darse el caso de que esos mismos padres quieran actuar de maestros de sus hijos con el fin de «pulirlos más», y no es raro que, incluso en vacaciones cuando los niños quieren descansar y olvidarse de la escuela, los convenzan con argumentos sutiles y a veces con imposición, de que estudien idiomas o se preparen para el siguiente año escolar sin que exista tal necesidad. He conocido maestros que recomiendan a los padres de niños con rendimiento bueno o normal, incluirlos en clases destinadas a los que deben rehabilitar asignaturas en el verano «para que no

pierdan el tiempo». Así no sólo se da excusa a los papás perfeccionistas para que justifiquen su actitud, sino que es otra manera de maltratar a un niño privándolo del descanso merecido.

Tenemos también a los padres que apenas leen por encima los informes escolares o los boletines y no acostumbran a castigar, pero tampoco a elogiar o premiar. Son indiferentes o entran en discusión con el cónyuge debido a sus posturas encontradas en este sentido. He oído decir a algunas madres: «A mi marido no le importan los estudios de los niños, no se ocupa nunca de eso. Cuando traen bajas notas me echa la culpa a mí...» Está claro que las notas de los hijos son una buena oportunidad para pelear con la mujer a la que ya no se soporta o viceversa, pero también puede tratarse de una verdadera incapacidad para ocuparse de esos asuntos: o el padre está muy interesado en otras cosas de su vida que le impiden involucrarse emocionalmente con sus hijos, o no se siente con autoridad moral para quejarse de los malos rendimientos de ellos cuando él fue también un estudiante deficiente.

Los educadores deben transmitir a los padres de sus alumnos las maneras apropiadas de afrontar los problemas escolares. Lo que sucede es que la mayoría de ellos actúan de maneras parecidas a las que he hecho mención, o están tan adaptados al sistema de notas que, igual que esos padres, llegan a hacer de ellas el fin en sí de la educación, como el avaro lo hace con el dinero. Así es imposible que estén en capacidad de aconsejar a otras personas.

Las calificaciones son el resultado del rendimiento del alumno más la apreciación subjetiva del maestro en el sistema escolar tradicional, y ambas cosas están sujetas a factores variables. Algo parecido sucede con la mala conducta. Por lo tanto, la actitud responsable de los padres de familia consiste en investigar con tranquilidad las posibles causas de los fracasos y las conductas inapropiadas de sus hijos en la escuela, y aceptar las propias culpas si es necesario, para entonces proceder en beneficio de los niños sin utilizar métodos salvajes o contraproducentes, para lo cual será muy útil un contacto frecuente con la escuela.

PATERNIDAD BAJO CERO

Muchos niños vienen al mundo en medio de un crudo invierno afectivo que no parece tener fin. Crecen y se desarrollan bajo cero. Se les alimenta, se les viste, se les manda a la escuela y se les paga la consulta médica cuando se enferman, pero se les tolera y nada más.

Son pocos los adultos que aceptan que no quieren a sus hijos o a uno de ellos, lo cual se comprende porque el hecho les pasa desapercibido a ellos mismos, y cuando creen estar dando muestras de afecto, en realidad lo que creen es amor, es la cobertura de las necesidades materiales del niño o simplemente una obligación que se cumple. Los hay también, más los padres que las madres, que tienen la convicción de que a los hijos varones no se les debe dar muestras de cariño porque es más propio de niñas. Esta convicción puede ser cierta, pero puede también ocultar un rechazo más o menos consciente del hijo. Para otros padres disciplina y afecto son dos conceptos incompatibles, y piensan que criar hijos con mucho amor es peligroso porque después «hacen lo que quieren», lo que refleja un grado importante de ignorancia en esta materia.

La carencia de afecto hacia los hijos tiene repercusiones en el rendimiento y la conducta en la escuela. Se encuentra este antecedente más frecuentemente en los estudiantes con bajas calificaciones o malas conductas que entre los estudiosos y exitosos.

Los padres que no dan cariño o muestras de afecto a sus hijos han sido llamados «padres refrigeradores» para resaltar el clima de frialdad afectiva que reina en sus hogares, donde por lo demás, todo parece funcionar «bien», aunque no pocas veces, y especialmente en las clases pobres, este tipo de paternidad se acompaña de conflictos familiares muy serios.

¿Cuáles son las causas de esta pobreza afectiva en la relación paterno-filial? ¿Cómo afecta la vida escolar del joven? ¿Qué papel cabe a los educadores en estos casos? ¿Pueden éstos lograr algún beneficio para sus alumnos en estas situaciones?

La afectividad, aparte de ser una disposición de amor hacia otro, se demuestra con hechos. Cuando un adulto dice querer a sus hijos pero que no se los demuestra a menudo, el problema es que este «amor inconfesado» no se le llega a revelar nunca al hijo, y por el contrario, sí las muestras de rechazo o los castigos. Los gestos afectuosos, la actitud acogedora, el saber estar uno junto al otro

transmitiendo calor humano, la conversación sincera y amena entre padres e hijos, faltan casi por completo en esos hogares invernales.

El niño que vive en tal ambiente desde muy pequeño no puede desarrollar una relación de afecto con sus progenitores, sus intentos se frustran, se «congelan» y acaba por establecer nexos puramente sociales y de compromisos. Sus padres no significan para él más que dos personas a las que tiene que someterse, no le interesa quedar bien con ellos. Si esta falta de afecto va acompañada de un rechazo muy evidente, el odio germina en esa relación y el niño aprende también a castigar a sus padres. Las conductas alteradas, el desinterés por estudiar y las rebeldías de los menores reflejan en estos casos tal anomalía en la vida familiar, aunque por supuesto sin ser la única causa.

El bajo rendimiento que se produce por esta desarmonía afectiva puede ser mediado por un estado depresivo en el estudiante, quien no es capaz de distraer su mente de su problema emocional, especialmente cuando llega a comprender mejor su situación dentro del hogar. La falta de interés por ocuparse de sus deberes escolares por parte de esos padres refrigeradores también es un factor que agrava el estado de desánimo del menor. Así pues, rebeldía, desmoralización, depresión y ausencia de supervisión académica, son formas a través de las cuales se produce el fracaso escolar en los niños y adolescentes no queridos. Cuando solamente uno de los padres no es afectuoso y el otro trata de compensar esta deficiencia, no siempre lo logra siendo los resultados parecidos a cuando el desamor es de parte de ambos. El problema se les complica a los niños no deseados cuando debido a sus fracasos escolares y sociales acaban siendo rechazados también por la escuela y los compañeros.

Los embarazos no deseados, la necesidad de llevar una vida social profesional sin «estorbos», el machismo, el reflejo del esposo o la esposa odiada en la persona del hijo o hija, la incapacidad para querer por propio defecto de crianza, y los problemas maritales, constituyen algunas de las causas del abandono afectivo, pero además de éstas, puede darse este rechazo abierta o inconscientemente a un hijo por no responder a las expectativas que sobre él, o ella, se tenían. Los padres que sufren de esta decepción, más que tener hijos, desean tener muñecos o muñecas para jugar, como el Don Fulgencio de las tiras cómicas.

Si los maestros descubren que alguno de sus alumnos está viviendo en estas circunstancias, podrá serle de gran ayuda dándole en cierta medida el afecto que por otro lado no recibe, sin que eso signifique asumir responsabilidades parentales con él. En contacto con sus padres puede además aconsejar, o si se prefiere, estimular disimuladamente un acercamiento de ellos con el niño afectado brindándoles una imagen de éste más propicia, con el fin de generar conductas de aproximación y atención. Frases como «tienen un hijo muy inteligente y que necesita mucho de ustedes» , «su hijo puede llegar a ser un gran profesional como usted, pero sería bueno ayudarlo un poco más...» ,etc., pueden resultar eficaces en este sentido. Claro está que una golondrina no hace verano y el educador tendrá que trabajar junto al psicólogo y al médico si es necesario. Lo importante es que comprenda que esto no se sale fuera de su labor educativa, y que, por el contrario, es parte importante de la misma.

LAS PAREJAS DISPAREJAS

Aunque no es un mal específico de nuestra época, cada día aumentan los matrimonios conflictivos, las parejas arrítmicas, disparejas. Las hay que oscilan entre la guerra fría y la declarada, siendo las consecuencias tanto de unas como de otras un ambiente de tensión familiar que golpea más fuertemente a los inocentes como en todas las guerras.

Si además tomamos en cuenta que la mayoría de la población vive en casas de espacio muy reducido, será fácil comprender lo que acontece en la vida de los niños que se crían en medio de esas refriegas. En los casos más acentuados salen a relucir los puños, los cuchillos o amenazas con armas de fuego. Sin embargo, no es necesario que las cosas tomen ese cariz de gravedad para que se respire un aire viciado en el hogar, aire del cual debe respirar el niño o el joven que intenta estudiar. Con un oído tiene que escuchar las indirectas, los insultos, las discusiones, y con el otro oír su propia voz repitiendo la lección; con un ojo ver el espectáculo de sus padres peleando y con el otro el libro o el cuaderno.

Generalmente acostumbro a explicar a los padres peleones lo que le causan a sus hijos cuando presencian estas batallas o viven en medio de este clima de conflictos, diciéndoles que imaginen que

van en medio de una tupida selva que no conocen, llena de peligros, conducidos por dos guías que de pronto, en medio del camino, se ponen a pelear. La zozobra que sienten quienes dependen de esos guías para sobrevivir al pensar que pueden quedar abandonados en medio de una selva hostil, se parece a la que sienten los niños que ven a sus dos pilares derrumbarse, a sus dos guías en medio de este mundo lleno de hostilidades para unos pequeños e indefensos como ellos. Temor, ansiedad, desesperación, son sentimientos comunes en estos menores. Las pesadillas, el terror nocturno, la inquietud, el morderse las uñas, la inseguridad, las demandas excesivas de atención y la angustia de separación son síntomas de la ansiedad y el miedo.

Los niños temen alejarse de sus casas por lo que allí pueda suceder entre sus padres, especialmente cuando alguno de ellos, en medio de un altercado, grita: «¡Estoy harto, un día no me verán más!», o «¡por qué no te largas de una vez por todas y nos dejas en paz!». Esto es suficiente para que algunos niños se asusten pensando que perderán a uno de los dos y se resisten a ir a la escuela u otros lugares.

Es también común que los contendientes intenten comprometer a los hijos halando como en el juego de la soga: cada uno tratando de llevarlos hacia su lado, o en todo caso, al preferido, a quien le dicen: «¿¡Así que estás contra mí, ah!? ¡Decide ahora con quién quieres vivir!». De esta manera se agrava la angustia de los hijos porque sus deseos no son el tomar partido o hacer alianza con alguno de sus padres, sino unirlos. Sólo en casos en los que uno de los padres resulta sumamente aversivo para los hijos, preferirán ellos la separación.

Cuando se trata de que las parejas comprendan el daño que causan en el desarrollo emocional y en el rendimiento escolar de sus hijos con esa forma de vida, algunos contestan: «Ellos no se dan cuenta, porque siempre peleamos o discutimos donde no puedan oírnos, o cuando están dormidos». Si las peleas o las discusiones han sido de tal naturaleza que han podido darse en voz tan baja y sin escándalos, y si además no deja huellas en el comportamiento de los cónyuges en las horas y días siguientes, entonces no ha tenido ninguna trascendencia, y podría tomarse como parte de la vida de todo matrimonio. Pero, en realidad, las parejas que se llevan mal no pueden impedir que sus discusiones alcancen a los hijos de alguna u otra forma aunque no lo perciban así.

En medio de una crisis marital los maestros rara vez podrán hacer algo; es muy delicado, y se aplica eso de «en cosas de marido y mujer, nadie se debe meter». Pero si sospecha que esto pasa, entonces deberá referir al estudiante afectado por esta crisis doméstica al gabinete psicológico, de donde será a su vez referido, si es preciso, a una clínica especializada con el consentimiento de los padres a quienes se les debe dar una explicación previa de la importancia de que se examine psicológicamente a su hijo.

Los padres con problemas en su matrimonio, si son responsables, deben entonces aceptar la orientación de parte de los profesionales si es que por sí solos no han sido capaces de encontrar soluciones. Los países en guerra, incluso los más poderosos, utilizan la mediación de terceros para hallar soluciones a sus conflictos, sin que por eso se piense que son inmaduros o incapaces.

Ante un estudiante que empieza a bajar sus notas, que se muestra como ido, muy ansioso, muy triste o con agresividad reciente, es importante que el maestro piense en la posibilidad de que venga de un hogar disfuncional. Una conversación amigable, no dirigida, con él podría proporcionarle información al respecto. No se debe cometer la imprudencia de hacer al niño preguntas directas sobre la vida de sus padres, a menos que quiera o pida hacerlo, lo que sucede pocas veces. Lo mejor es un acercamiento amistoso y buscar llegar al tema mediante métodos indirectos.

NÁUFRAGOS DE UN HOGAR HUNDIDO

Esta es la forma en la que muchos niños navegan por el mundo: como náufragos a la deriva en medio de las inclemencias económicas, sociales y familiares; con nubarrones sobre sus cabezas que oscurecen el horizonte. Los hogares a medias, las madres abandonadas o los divorcios, constituyen un porcentaje muy elevado en nuestra sociedad. Casi siempre es la madre la que toma en sus manos la responsabilidad de la educación de los hijos. Los varones suelen alejarse progresivamente, cuando no bruscamente, de lo que antes fue su familia. Al principio, después de la separación, los encuentros con sus hijos se producen varias veces al mes, luego una vez cada tantos meses y finalmente, si acaso una o dos veces al año, cuando no desaparecen por completo.

De una manera u otra, los hijos viven esas separaciones con sentimientos de abandono más o menos intenso, según las circunstancias, pero que no dejan de tener efectos de consideración en su vida emocional y académica.

Carlitos era un niño de ocho años, alegre y buen estudiante. Vivía con sus padres en medio de un clima familiar afectivo y satisfactorio en todo sentido. Una tarde, cuando regresaba del colegio, encontró una nota de su papá sobre la mesa del comedor en la que en pocas palabras, anunciaba su ida de la casa sin dar explicaciones y nunca más apareció. Desde entonces, la vida de Carlitos dio un giro total, igual que la de su madre, enfermera de profesión. La luz de la alegría se apagó en ese hogar ahora destruido; el niño, se tornó introvertido, triste, temeroso, y empezó a rechazar al padre desde que se enteró que los había abandonado para formar otro hogar y nada menos que a pocos metros del de ellos.

El abandono, repentino o no, tiene una serie de consecuencias que dañan la salud mental de los hijos con mayor o menor gravedad, pero más intensamente cuando quedan en situación económica difícil. El niño puede sentir una mezcla de temor, odio, culpa y desesperanza. Temor por la incertidumbre de su futuro; odio por lo que le han hecho, dirigido al padre que los ha dejado, o a la madre que pueden ser así culpada del abandono, o hacia ambos. Culpa porque puede sentir que de alguna manera ha tenido que ver con la separación de uno de sus padres por no haber sido un buen hijo. Desesperanza y tristeza por la pérdida de un ser querido a lo que se añade habitualmente la compasión por la madre o el padre víctima del abandono.

Las dificultades económicas, las nuevas relaciones que se establecen entre el niño y el padre que se queda con él —generalmente la madre—, y que frecuentemente le provocan o favorecen conductas regresivas, o una madurez prematura; la afrenta social; la llegada de un padrastro o madrastra; el cambio de residencia o de escuela como consecuencia del nuevo estado familiar, son aspectos que contribuyen al desajuste emocional de los hijos de padre separados. A esto hay que sumar los litigios legales interminables y la escaramuzas entre los padres, quienes con sus conductas recriminatorias y sus constantes enfrentamientos, acaban por enfermar a los hijos.

Juan tenía doce años cuando su papá se fue de la casa debido incompatibilidad conyugal. Era un hombre de temperamento agresivo y alcohólico, pero al parecer había logrado una buena imagen ante su hijo, quien después de la separación reaccionó con un fuerte sentimiento de odio hacia la madre y hermanos, incluyendo a la abuela materna. Hasta entonces había sido un niño normal y sin problemas en la escuela, pero desde entonces se transformó totalmente, llegando a ser una persona muy agresiva que amenazaba con cuchillos y hasta hizo un intento de apuñalar a una hermana y a la abuela; se fugaba de la casa para irse a la de la abuela paterna donde residía el padre; abandonó la escuela y no se cuidaba de su aseo personal. Sus familiares maternos empezaron a rechazarlo a la vez que el padre culpaba a la madre de las conductas de Juan. Llegó el momento en que éste tuvo que ser hospitalizado hasta tanto se lograra una solución satisfactoria respecto a su custodia, ya que se negaba rotundamente a volver con la madre.

Hay otras formas de abandono más sutiles en las que los padres, ya sea por causa de una separación entre ellos, por motivos de trabajo, o de domicilio alejado, dejan a los hijos, o a uno de ellos, viviendo en casa de abuelos, de tíos u otros familiares, y a veces, hasta en casa de personas con las que no tienen vínculos de sangre. Lo que comienza por una temporada corta, mientras dura el año escolar, o mientras se soluciona un problema de vivienda o de trabajo, termina por ser prácticamente una adopción. Y aunque el niño así abandonado se habitúe a vivir con sus nuevos tutores, casi siempre quedan con una sensación de soledad o de rechazo por parte de sus verdaderos padres, sin que logren comprender las razones de esa separación, y más cuando sus hermanos continúan viviendo con ellos.

Conozco muchos casos en los que cada vez que el niño intenta regresar con sus padres, los abuelos sufren crisis nerviosas o depresión, lo que no es más que un chantaje afectivo para impedir esa reunión. Todo esto es anormal, no es una situación natural y obedece a circunstancias que por lo general no se justifican. Es un desarraigo del ambiente familiar, de la familia en la que el niño debe crecer, junto a sus progenitores (aunque sea sólo uno de ellos) y sus hermanos.

Una niña que atendí hace pocos meses y que se encontraba en situación similar, padecía de alteraciones emocionales como ansiedad y miedos que además influían negativamente en su vida escolar. Una vez tomada la determinación de que regresara con su madre, se normalizó totalmente.

Difícilmente se puede pedir un desempeño académico normal a un estudiante que se esté en tales condiciones porque los trastornos anímicos, de la conducta, y la incapacidad para conseguir una buena dedicación al estudio, son consecuencias habituales de estos abandonos.

EL NIÑO A SU AIRE

El niño sin supervisión. Sin guía, sin orientación por parte de los mayores de su casa, es algo bastante habitual. Cuando es así, padres e hijos parecen convivir en un hotel donde cada uno establece sus horarios, sus costumbres y sus obligaciones. La ley fundamental es tratar de incomodarse lo menos posible unos a otros. Se puede ver estas situaciones más a menudo entre familias que están en los extremos de la escala social: o muy pobres o muy ricos. En el primer caso, lo jóvenes, desde muy chicos, andan trotando por las calles, estableciendo relaciones inconvenientes y pasando fuera de sus casas la mayor parte del día. Generalmente, sus domicilios no son más que cuartos reducidos o chabolas. En el segundo caso, los hijos disponen de los suficientes medios como para poder llevar una vida a su aire: cuarto propio con todas las comodidades, automóvil caro, dinero en el bolsillo o tarjetas de crédito, facilidades sociales, amistades importantes, etc., y sus padres fomentan esto, una veces por afán de ostentación, y otras por un deseo de verse libres de los hijos. Para poder asistir a todos los eventos sociales, el té de tal o cual sociedad, el salón de belleza, la boutique, el viaje a Miami, la reunión de negocios o la fiesta de la semana, es necesario que los hijos «no estorben». También acostumbran a enviarlos solos a viajes al extranjero a edades en las que aún no es conveniente que lo hagan.

Aunque entre clases sociales intermedias es menos frecuente, también se dan situaciones similares pero motivadas más por comodidad, o por falta de autoridad parental. Son hogares donde el mismo niño hace sus normas sin que se le pidan cuentas de sus estudios, de las amistades que frecuenta, de los lugares que visita, o simplemente de asuntos más domésticos como lo que ve en televisión, la hora a la que debe comer o dormir, o si acostumbra a leer o no.

Todos estos casos reflejan negligencia parental, un descuido importante de la educación dentro del seno de la familia. Estos hogares pasan por ser muy liberales si se trata de los de la clase alta; de muy irresponsables si son de clase pobre; y muy blandos si son de clase media. Pero con pequeñas diferencias, todos traducen la falta de responsabilidad por parte de los adultos. Hay padres que no llegan a enterarse si sus hijos se ausentan de la escuela hasta varios días o semanas después de estar ocurriendo, cuando les envían una notificación del maestro o del director, lo cual es realmente injustificable. Padres así no pueden tener autoridad moral para pedir cuentas a esos hijos que evitan cumplir con sus responsabilidades.

Otros, negligentes también, ignoran las dificultades de sus hijos para el aprendizaje de ciertas materias, o las incapacidades intelectuales de aquéllos hasta que ya, cansados de recibir boletines llenos de fracasos, acuden a la escuela a informarse de sus causas. ¿Sucedería esto si hubiesen estado pendientes del desarrollo del rendimiento de forma continuada? Obviamente que no.

El padre y la madre pocos preocupados se caracterizan por el descuido de la formación de sus hijos. Su actitud es la de dejar a las circunstancias y al tiempo ese papel. Cuando más, se limitan a sus obligaciones materiales, a castigar de vez en cuando —inadecuadamente—, y a criticar cuando las cosas no salen bien. Pasando el tiempo, se preguntan: «¿Pero qué fue lo que hicimos mal? ¿Acaso no le dimos todo lo que necesitaba?».

Ellos, los papás despreocupados, no conocen ni siquiera los textos que usan sus hijos en las escuelas, el contenido de los mismos; saben sólo las materias a las que se refieren porque tienen que comprarlos con una lista que proporciona la escuela, pero desconocen a los autores de esos libros y sus intenciones; no conocen a los maestros, ni a los amigos o amigas de sus hijos; ignoran todo lo relacionado con la psicología del desarrollo y no tienen claro el papel que deben representar en sus vidas.

Cuando acuden a los médicos parece que quisieran decir: «Aquí le traigo este problema, trate de resolverlo porque yo no tengo fuerzas ni ganas para hacerlo», o «doctor, ¡haga algo pronto, porque si usted se demora, tendrá que ir a otro que le recete medicinas, o que lo mejore más rápido!.» Una vez que «depositan» al hijo en manos ajenas, acostumbran a no acudir a recibir

orientación: generalmente no están dispuestos a cambiar su actitud pasiva y negligente ya que sería aceptar su fracaso como padres.

Un joven de 16 años, hijo de un comerciante próspero de la capital, era un fracaso total en la escuela. Sus padres lo habían enviado a un colegio en el extranjero pero tuvieron que traerlo pocos meses después, debido a que los resultados fueron muy negativos. Era un cero a la izquierda que sólo tenía interés en pasear en su lujoso automóvil con los amigos y reunirse con ellos en un puesto de hamburguesas muy frecuentado por la juventud. Ni siquiera le prestaba atención al negocio de su padre, sólo el dinero que pudiera sacar de él. La primera vez que acudió a la consulta médica lo hizo acompañado de una prima de su edad; el padre apareció en una cita posterior muy preocupado porque «ya no sabía que hacer». Cuando se les propuso un plan de trabajo, a padre e hijo, ninguno de los dos fue capaz de seguirlo.

Podría decirse, a grosso modo, que padres desinteresados y descuidados producen hijos con características similares: son niños y jóvenes que tratan de pasar por la escuela con el menor esfuerzo posible, mediocremente, sin mostrar interés por su superación intelectual y espiritual.

¿DÓNDE ESTÁN ESAS PALABRAS DE ALIENTO?

La educación en los hogares y en los centros escolares pone más énfasis en métodos de castigo para conseguir conductas deseables que en el refuerzo de las mismas. La tradición casi lo sanciona: «la letra con sangre entra». «Es una buena rejera lo que necesita» «¡Te voy a volar los dientes para que aprendas a no contestarme!» «¡La próxima vez te clavo un uno en el boletín!» «¡Te quiero ver estudiando, porque si no te voy a dar una tunda que te acordarás toda tu vida!» «Si no comes, ¡te meto la cuchara a la fuerza aunque vomites!» y así por el estilo.

La costumbre es tan fuerte en este sentido que, con excepciones, los adultos piensan que una golpiza, o como eufemísticamente dicen, una nalgada, de vez en cuando es muy útil. En realidad, la ignorancia de la psicología infantil y del adolescente, así como la falta de conocimientos adecuados de educación, contribuyen a ese tipo de pensamientos. Incluso personas muy inteligentes y profesionales de campos como la Medicina y afines, están convencidos de la utilidad de los castigos físicos «a tiempo». En una ocasión, un afamado pediatra aconsejaba a la atribulada madre de un niño mal portado, una buena «dosis de rejo» para esas conductas intolerables. Y otra doctora, esta vez psiquiatra de niños, decía en una conferencia que se podía pegar a los niños para corregirlos, pero sabiendo dónde y cómo se pega.

Cuando se trata de adolescentes, el castigo físico y los insultos son muy humillantes. Además, agresiones verbales como «todavía eres un mocoso», «cuando aprendas a limpiarte podrás discutir conmigo», «eres un mierdita», etc., resultan muy ofensivas a esas edades y provocan más rebeldía en los adolescentes. Estos métodos, supuestamente educativos, son más cómodos para quienes los practican que las actitudes reforzantes y las palabras de aliento. A muchos adultos les cuesta demasiado elogiar, estimular, admirar. Sus relaciones con los menores están más llenas de agresividad que de bondad y aceptación.

Frecuentemente se dejan pasar oportunidades para reforzar en los niños las buenas conductas y los hábitos apropiados, o cuando se hace, es tarde y no tiene el mismo valor psicológico. Esperar, por ejemplo, que llegue un informe mensual o bimestral para entonces reforzar la conducta de estudiar en un niño es improductivo, no alcanza la efectividad que se cree. De igual modo, no es efectivo premiar una conducta varios días después, o la promesa de una medalla al final del curso escolar, excepto alumnos muy preocupados por su imagen.

Refuerzo es todo aquello que favorece que una conducta se vuelva a dar o emitir. Si cada vez que un niño realiza una acción esperada por los padres, éstos lo refuerzan inmediatamente, con elogios o de alguna otra forma, esa conducta tendrá más posibilidades de seguirse dando. Por lo tanto, refuerzo no es nada específico; cada niño puede responder mejor a refuerzos distintos: a unos les refuerza mucho que se les digan palabras afectuosas y de aliento; a otros, los gestos cariñosos; a otros simplemente el reconocimiento de su buena acción; a los más inmaduros y a los pequeños, premios materiales. Pero en general, y salvo circunstancias especiales, a todas las personas les refuerza el amor, es decir: el afecto en sus diversas manifestaciones es un reforzador universal. Tanto los padres como los maestros y profesores podrían lograr más de los jóvenes si prodigaran más el

afecto y los elogios que los castigos. ¡Qué no conseguirían si aprendieran a admirar lo positivo en sus hijos y alumnos!

Hay padres y maestros que se refieren a algún niño diciendo: «No tiene nada bueno que apreciar». Ellos saben que ningún ser humano nace malo, que nadie carece de algo positivo, y cuando se les pide un esfuerzo por recordar algo que sea digno de estimular y reforzar en ese niño que menosprecian, siempre logran decir algo: «Bueno, sí; a veces soy cariñoso...» «Pensándolo bien, a veces me ayuda en la casa...» La costumbre de fijarse más en los aspectos negativos de una persona, en este caso de un hijo o discípulo, da como resultado que las conductas positivas disminuyan o se extingan.

Lo negativo, lo malo, lo que molesta a otros, es lo que llama más la atención de los educadores, padres o docentes, y lo que ignoran es que ellos mismos se pueden convertir en reforzadores de esas conductas que desean eliminar. Es común en la niñez demandar atención portándose mal, precisamente porque de otra manera no lo consiguen; no se les hace mucho caso cuando se portan bien o tienen una buena disposición. «Yo nunca hago nada bueno para mis padres o para tal o cual profesor» dicen algunos jóvenes. Otros no lo expresan abiertamente pero lo piensan. La frustración y el refuerzo de las conductas negativas son consecuencia de esta carencia de estímulos para las buenas acciones.

¿Dónde están pues las palabras de aliento? ¿Dónde las actitudes estimulantes y reforzantes de parte de los mayores? ¿Por qué esa incapacidad para dejar atrás los métodos punitivos y amenazantes?

¿Tradición?, sí, pero mezclada con falta de amor hacia los hijos o los alumnos y carencia de disposición para dar. Resulta curioso, por ejemplo, que los adultos pidan a los menores respeto hacia ellos y les repriman todo tipo de acto irrespetuoso o agresivo contra su persona, cuando a su vez les enseñan que las malas conductas se corrigen pegando, agrediendo o insultando y hasta ridiculizando. La paternidad y la calidad de educador se malinterpreta pensando que los niños están a merced de los que tienen la obligación de formarlos, pudiendo hacer con ellos prácticamente lo que se les antoje. ¡Falso!, el niño tiene, como todo ser humano, derechos que hay que respetar, y no debe confundirse educación con avasallamiento o esclavitud. Todo menor de edad tiene el derecho a ser respetado física y moralmente, y ni los padres ni los maestros son sus dueños, sino únicamente quienes deben garantizar su crianza y formación.

CUANDO SE PIDE MÁS DE LA CUENTA

Lo que se puede exigir a un niño está condicionado por su edad y sus posibilidades. A nadie se le ocurriría pedir a un niño de ocho años que dé una lección sobre filosofía, a menos que sea un genio; o a uno de seis que prefiera estudiar a jugar. El desconocimiento de las capacidades de los niños según el momento de su desarrollo conduce a errores por parte de quienes los educan, y esta ignorancia es producto de la falta de una formación para la paternidad que debería iniciarse desde los años escolares.

Es habitual que las madres se quejen en las consultas de psicología o psiquiatría de niños que sus hijos preescolares no las obedezcan, que no hacen lo que se les ordena inmediatamente, o que una maestra del kinder califique a uno de sus alumnos de hiperactivo porque se distrae de lo que ella quiere que haga. Es igual de común que los padres sometan a sus hijos a situaciones de conflicto cuando les demandan una serie de deberes a horas en las que ellos tienen algo interesante que ver en la televisión, o la visita de un amigo con el que desean compartir un tiempo de juego.

En otros casos se espera de jóvenes en edad púber que se sitúen en el plano visual de una persona madura, que sigan los consejos al pie de la letra, que comprendan a cabalidad el por qué de muchas exigencias de los adultos, y si no lo hacen, entonces son calificados de rebeldes u oposicionistas. El tratar a los menores como si fuesen ya adultos es causa de muchos problemas en la educación, y suele ser lo que origina las fricciones generacionales, así como las maneras peyorativas con las que los mayores hablan de la juventud.

Es tan absurdo pedir a un niño de seis, siete u ocho años que sea capaz de mantener silencio y buena postura durante cinco horas de clase, sin ninguna diferencia con lo que se espera de estudiantes de últimos años de secundaria o de universidad, como querer que resuelvan problemas de

álgebra. Y es también ilógico ordenar a otro de nueve años, que se pasa solo en su casa hasta que llegan los padres al final de la tarde, que no encienda la televisión o la computadora y se ponga a hacer sus deberes escolares como todo un hombrecito serio y responsable. Sin duda habrá algunos muy maduros que así lo hagan, pero no es lo común a esas edades.

En una escuela primaria de nuestra ciudad, los estudiantes no disponían de áreas para desplegar su actividad -y toda su energía reprimida- durante los cortos recreos, viéndose obligados a jugar en un pequeño jardín, el cual con frecuencia se llenaba de barro con las lluvias. Sin embargo, una de las maestras solía amenazarlos con malas notas si alguno llegaba a clases con manchas de tierra en el uniforme. Posiblemente ella pensaba que si los adultos saben cuidarse para no ensuciar sus ropas, los niños también debían ser capaces de hacerlo.

En la misma escuela, otra de las maestras propinaba patadas en las piernas a los alumnos de primer grado cuando estaban sentados con los pies muy hacia fuera. Según ella, los alumnos debían estar sentados con las piernas bien juntas y la espalda recta durante toda la clase de cuarenta minutos.

Muchos padres obligan a sus hijos constantemente, y en forma caprichosa, a una serie de mandados que deben cumplir inmediatamente so pena de un castigo. Si alguna vez uno de los niños se opone a ir, lo toman como una gran afrenta, sin tomar en consideración en esos momentos la edad ni las ocupaciones del menor, el cual es concebido como una persona que debe estar en todo momento al servicio del adulto.

A la jovencita de quince años que está muy entusiasmada con la fiesta a la que ha sido invitada, es posible que la misma noche del evento se le pida que se quede en casa cuidando a su hermanito porque sus padres decidieron salir a última hora, o se le niega el permiso por razones puramente caprichosas de uno de los padres.

Éste y los anteriores casos citados son ejemplos de cuando se exige más de la cuenta a los jóvenes. Llegado el momento en el que es necesario solicitarles que cumplan órdenes verdaderamente importantes, es probable que respondan con negativas y rebeldía.

La mayoría de los adultos no comprende que es necesario permitir a los menores desarrollar una serie de actividades que también son importantes para ellos, procurando coordinarlas con sus deberes escolares y domésticos sin provocar incompatibilidad entre unas y otras. Las actividades sociales, el juego, la televisión, la computadora, el cine, los deportes, etc., tienen también importancia en la vida de los niños y adolescentes y no son, si se hacen en el tiempo adecuado, factores de fracaso escolar o interferentes con la buena educación.

Si padres y docentes ayudan a los chicos a programar apropiadamente sus deberes y no los cargan excesivamente y no los están importunando continuamente con supuestas obligaciones, les permitirán así tener un crecimiento físico y psicológico más sano. Pero esta actitud implica tener un concepto de la autoridad más ecuánime y basado en la concepción del niño como un ser que no es propiedad de quienes lo han traído al mundo o lo educan.

LOS NIÑOS SOBREPROTEGIDOS

La sobreprotección impide a los niños desarrollar conductas sociales y capacidades para el estudio. Los menores sobreprotegidos suelen ser temerosos, inseguros, aislados de los de su edad, generalmente bien portados en la escuela, pero también muy ansiosos. Establecen lazos de dependencia con sus padres o tutores, de modo tal que no son capaces de hacer sus deberes sin ser supervisados estrechamente por ellos.

Pedro, un niño de trece años que cursaba el primer año de bachillerato, era hijo de una mujer muy nerviosa y sobreprotectora y de un padre tímido y pasivo que estaban cerca de los cuarenta cuando él nació. La mamá era quien había establecido la relación afectiva más importante con Pedro. El padre no sólo no se había ocupado mucho de su hijo afectivamente sino que, por el contrario, aprovechaba cualquier pequeñez para tratarlo mal, de forma despectiva, se podía decir que con un comportamiento pueril. Pedro no tenía amigos, sus compañeros de escuela no lo visitaban ni él a ellos. Su rendimiento académico era deficiente y sus habilidades de estudio prácticamente dependientes de la memoria, que por cierto tampoco era muy buena. Cuando tenía que dar lecciones en el aula se ponía muy nervioso y lo hacía mal. Sin embargo, era un joven con un potencial intelectual normal. A pesar de que tenía 12 años, aún ignoraba que los niños se forman en

el vientre materno; no podía realizar ningún tipo de actividad deportiva y no se relacionaba con las niñas a quienes rehuía. Su madre le había llenado la cabeza con todos los males y peligros del mundo y de los cuales debía estar muy atento al salir de casa. Su comportamiento era el de un niño mucho más pequeño, con rabietas, caprichos y acostumbraba a chupar un dedo de la mano.

Marta tenía ocho años y estaba padeciendo de fobia escolar. Cuando llegaba al salón de clases se desencadenaba una tremenda lucha entre ella, su madre y la maestra para hacer que entrara, y una vez allí, se quedaba llorando por largo rato. Igual que Pedro, Marta era una niña tímida y solitaria en la escuela. Cuando sus padres deseaban salir de casa en las noches tenían que llevarla con ellos, de lo contrario no paraba de llorar hasta que regresaran. Dormía con ellos por miedo a estar sola en su cuarto y nunca jugaba con niñas de su edad en el vecindario. Su rendimiento escolar era normal, pero era muy dependiente para realizar sus tareas o estudiar, y en el aula tenía la tendencia a estar siempre muy cerca de la maestra, y si ésta estaba fuera, temía quedarse sola con los demás niños. El padre de Marta era a su vez callado e introvertido, pero apacible y generoso. La madre había tenido que valerse prácticamente sola en su juventud para salir adelante porque sus propios padres no la ayudaron, lo que la impulsó a ser sobreprotectora con su hija.

He conocido también casos de madres que se acercaban a la escuela de sus hijos con un biberón para dárselo a escondidas en los recreos. Niños de 7 y 8 años que aún «no podían pasar mucho tiempo sin su biberón» según ellas. No es extraño que algunas de esas madres ansiosas y sobreprotectoras tengan temor a que el hijo crezca y se «les escape» de las manos, y con ellos, un desahogo afectivo del que carecen por otro lado. Otra explicación puede ser la de una necesidad de evitarle al niño cualquier trauma, que no sufra nada, creándose así entre la madre y el hijo una relación de dependencia enfermiza.

El maestro o el psicólogo escolar deben detectar a estos niños sobreprotegidos para ayudarlos, igual que a sus padres, a superar sus temores, inhibiciones, e inseguridades, y si el problema es de tal envergadura que sobrepasa las capacidades del personal de la escuela, deben ser referidos a clínicas especializadas, de lo contrario, las consecuencias emocionales, sociales y académicas serán muy perjudiciales para los afectados.

LAS RESPONSABILIDADES PREMATURAS

Una buena parte de las deserciones escolares se debe a las responsabilidades prematuras a las que se ven obligados niños de estratos en desventaja económica. Y aunque debido a ellas, el estudiante no abandone la escuela del todo, su dedicación al estudio se ve muy menoscabada. Además de trabajar en la calle, en los supermercados, en almacenes, en el campo o en las faenas del hogar, tienen que aceptar responsabilidades de adultos ante las circunstancias planteadas por el abandono del padre, la enfermedad de la madre o el desempleo de alguno de ellos. Cuando se da una separación o la muerte del padre, el hijo mayor se siente o se le hace sentir que ahora es «el hombre de la casa».

La adopción de las responsabilidades prematuras a nivel del hogar impide el adecuado desempeño escolar y el desarrollo normal del niño ya que se ve empujado a saltar etapas. Cuando la carga precoz es debida a abandono, muerte o exigencia de los adultos, el niño se torna ansioso y preocupado.

Joaquín tenía 11 años cuando su padre abandonó el hogar para irse a vivir con otra mujer lejos de la ciudad capital. La madre quien se quedó sola con él y su hermano pequeño, le advirtió cariñosamente que desde ese momento, faltando el padre, él sería el hombre de la casa y debía cuidar de ellos. Joaquín se dedicó a esta tarea con tal ahínco que sufría constantemente por saber dónde estaba su madre, por lo que pudiera faltar en la casa, por los problemas económicos y la seguridad de la familia. Unos meses después empezó a padecer crisis de ansiedad a las que ya era propenso por temperamento, de dolor de cabeza y trastornos del sueño, no pudiendo concentrarse bien en sus tareas.

Las inclinaciones infantiles no se logran conciliar con los deseos de cumplir con las responsabilidades prematuras adquiridas en estas circunstancias, y andando el tiempo llegan a ser unos «hombrecitos» o «mujercitas» precoces pero con importantes problemas psicológicos.

Las responsabilidades prematuras se adquieren también por procesos distintos: no existe abandono parental, ni muerte de algún adulto en la familia, ni obligación de trabajar fuera de la casa para los niños, sin embargo, éstos llegan a transformarse en padres de sus padres. Se da esta situación cuando los adultos se comportan de manera infantil invirtiéndose los papeles. Es un escenario patológico en el que ambos padres, o uno de ellos, demanda atenciones y obligaciones utilizando posturas y conductas regresivas. A dichos padres se les puede catalogar como inmaduros o pueriles. Son personas adultas que gustan de ser regañados por sus hijos, que asumen posiciones de «chantaje afectivo» y de solicitud constante de atención. Es frecuente que esta relación invertida se mantenga incluso una vez que los hijos forman sus propias familias, causándoles problemas con sus cónyuges.

Si los hijos intentan desligarse de estos padres-niños, son calificados por éstos de mal agradecidos y de dejarlos en el abandono. No es necesario enfatizar que los padres inmaduros se convierten en una pesada carga para sus hijos a quienes, aparte de robarles su niñez, los privan de haber tenido unas figuras parentales adecuadas.

Niños obreros, padres sustitutos, hijos padres de sus padres, son hechos anormales que los educadores deben conocer si quieren juzgar bien el rendimiento de los estudiantes que se encuentran en esas condiciones de vida, ya que suele costarles el doble el esfuerzo académico: se distraen con facilidad, se ausentan de las aulas o se quedan dormidos en ellas, estudian menos y sobre todo, necesitan ser niños.

POBREZA Y EDUCACIÓN

La pobreza tiene dos vertientes: por un lado, la carencia de medios materiales, por otro, la falta de estímulos intelectuales y espirituales. Ambas inciden de forma importante en la vida escolar del niño pobre y en su formación en general. Muchos de ellos acuden al aula con migajas en el estómago, mal dormidos por compartir cama con uno o dos de sus hermanos u otros familiares, mal equipados biológicamente, con un cerebro producto de la desnutrición crónica y abotagados por la miseria moral que se respira en la promiscuidad de su ambiente doméstico.

Además, en sus hogares no existe el más mínimo contacto con los instrumentos para la transmisión de cultura: no hay libros, no se da un lenguaje culto ni rico en expresiones, no hay conversaciones profundas, sólo hay interés por las satisfacciones primarias.

La torpeza mental, el lenguaje tardío y pobre, la inmadurez emocional, son consecuencias habituales de tales condiciones de vida. Las escuelas donde se concentran los niños provenientes de los niveles sociales más pobres son además las menos dotadas, las más abandonadas, las que disponen de docentes menos preparados. El resultado es un nivel académico bajísimo y una formación intelectual que deja mucho que desear.

Es en estos sectores de población donde es más común la deserción escolar, incluso mucho antes de concluir los primeros años de la educación media, y donde también hay más candidatos a planes de educación especializada, o sea, los niños retardados o con graves problemas de aprendizaje.

Pero no siempre los niños con estas características pueden acceder a los beneficios de una educación especializada debido a la lejanía de sus hogares, las dificultades de transporte y la ausencia de centros adecuados para tales propósitos en ciertas regiones del país, por lo que su escolaridad queda estancada en el nivel del cual no lograron pasar.

Las posibilidades de una educación especializada son aún limitadas en nuestro país a pesar de que ciertamente se ha avanzado en este sentido, pero aún queda mucho por recorrer en cuanto a preparación de los educadores en materia de integración o inclusión de niños con necesidades especiales, tanto en los centros escolares oficiales como privados. La estimulación temprana que podría ayudar a muchos niños en desventaja social y económica presenta igual panorama, pues si bien ahora se conoce y se practica más que hace unas tres o cuatro décadas, aún no llega a la mayoría de la población con la consistencia y frecuencia requerida.

Es responsabilidad del Estado velar por la nutrición de los estudiantes en situación de pobreza y proporcionarles las mismas oportunidades que a los que vienen de mejores ambientes, con escuelas y personal suficientemente preparado para ayudarlos a superarse mediante una educación de calidad.

La falta de estímulos, el ambiente cultural pobre en medio de la miseria material, es comprensible, pero no cuando se vive con comodidades y todas las necesidades básicas satisfechas. No obstante, incluso así, muchos jóvenes de clases media y alta no cuentan en sus familias con la motivación por el saber, por la formación intelectual y espiritual; su educación doméstica es superficial y carente de verdaderos valores humanos. Se podría decir de la mayoría de las familias de clase alta que tienen de todo menos clase. Sus hijos aprenden modos de comportamiento que no se diferencian mucho de los de los barrios marginales: desinterés, falta de visión social, superficialidad, incultura y hasta malas maneras. Su conducta en las aulas escolares de las escuelas privadas no se diferencia sustancialmente de la de los alumnos de una escuela pública, así como tampoco puede decirse que muestren más inclinación por el conocimiento a pesar de tener más medios a su alrededor. Si en la casa pobre no hay libros, en la casa rica están adornando las estanterías; si en aquélla no se conversa, en ésta se habla de cosas intrascendentes; si en la primera no van a los museos ni a los conciertos de buena música, en la segunda tampoco es costumbre con excepciones que siempre confirman la norma.

Esnobismo sí, cultura en su acepción más amplia y universal, ¡no! La clases alta y media alta son esnob, no cultas; su educación es deficiente, poco profunda y basada en valores puramente materiales y consumistas. En las clases medias la educación es igualmente insuficiente pero no esnob. Muchas familias de clase media han surgido de más abajo y arrastran consigo las carencias de una preparación intelectual pobre y un sentido de la vida utilitario, pragmático; lo que interesa es ganarse la vida y que cada uno lo haga como puede.

En resumidas cuentas, por un lado y por otro encontramos banalidad, superficialidad y desinterés por todo lo que no suponga una ventaja palpable o un placer inmediato. El ambiente en la mayoría de los hogares no es formativo ni estimulante, y los niños que en ellos crecen están destinados a la mediocridad con excepciones que debido a condiciones especiales, o porque sí han tenido la suerte de nacer en un oasis de cultura, consiguen elevarse por encima de la masa.

La pobre educación doméstica entorpece los intentos de realizar una enseñanza dinámica en la escuela moderna, con participación activa de los estudiantes y los padres, pero la hace más necesaria para compensar las limitaciones de la formación a nivel familiar.

EL NIÑO Y SUS PROBLEMAS

¿ QUIÉN SE PORTA MAL ?

Dadas las condiciones en las que se ejerce la docencia actualmente en las escuelas, los llamados trastornos de la conducta son muy comunes entre la población estudiantil, tanto de la primaria como de la secundaria. Decir que un niño tiene problemas de conducta no siempre es una afirmación basada en hechos objetivos, ya que depende de lo que el maestro o los padres consideren como normal o anormal en el comportamiento a determinadas edades, así como del grado de paciencia y tolerancia que demuestren en su desempeño como educadores.

En el campo de la conducta no es tan fácil definir la normalidad, o establecer dónde termina lo normal y dónde comienza lo anormal. Un alumno puede ser visto como mal portado por un determinado maestro y no por otros. Hay por otro lado ocasiones en las que padres y docentes no coinciden en sus apreciaciones respecto a la conducta de un estudiante. Para calificar una conducta debe tenerse en cuenta la intensidad y la frecuencia.

Es preciso ser muy objetivos para no caer en juicios errados y calificativos injustos. El que educa niños debe desarrollar el hábito de la observación que lo capacite para conocer mejor todo lo que se relaciona con sus conductas: las condiciones que las provocan, los momentos y lugares distintos, ante personas diferentes, lo que mantiene unas conductas e impide otras. Debe saber tomar notas sobre sus observaciones si es necesario con el fin de llevar control en el tiempo.

Si la conducta en cuestión impide al estudiante un rendimiento normal y además produce molestias en el desarrollo de las labores escolares, entonces puede decirse que hay un trastorno del comportamiento que debe ser estudiado y tratado.

La solución no es entablar una lucha continua con el alumno mal portado, aplicando castigo tras castigo y enviando notas a la dirección o a los familiares. En primer lugar, es necesario determinar si esa conducta tiene la intensidad y/o la frecuencia suficientes como para producir efectos negativos en el aula o en el mismo alumno. En segundo lugar, definir la conducta o las conductas molestas en términos claros: concretarla, identificarla. Tercero, indagar sobre las posibles causas del surgimiento de dicha alteración del comportamiento. Cuarto, aplicar un método eficaz para modificarla.

Si el docente no puede manejar por sí solo la conducta problemática de un estudiante, deberá solicitar la ayuda del psicólogo escolar o de otro profesional competente. Sin embargo, la mayor parte de las conductas podrían ser controladas por los educadores si se interesan y conocen los métodos adecuados.

La postura más cómoda que es la de rechazar a todo niño que dé algo de molestia sin intentar siquiera ayudarlo a cambiar, es propio de educadores ineptos y desinteresados por los problemas de los educandos.

Hay maestros y profesores que están continuamente quejándose ante lo padres de la conducta de sus hijos, pareciendo decir: «Vean lo que puedan hacer con él, porque de lo contrario no podré tenerlo en mi clase», o «llévenlo a un médico porque yo no puedo ni tengo tiempo para ocuparme de sus problemas». Pero lo que ignoran es que eso es parte del oficio de educar jóvenes. Por supuesto que los padres tienen que intervenir activamente, y más cuando la causa del trastorno reside en problemas del hogar, pero el docente no puede esquivar su responsabilidad.

No saber afrontar los problemas de la conducta en el aula ocasiona frecuentemente otros: deterioro de la relación con el alumno, frustración en el docente, acentuación del trastorno conductual por la atención indebida que recibe, alteración de la disciplina y aplicación de todo el grupo, etc. Siempre habrán casos de muy difícil manejo que pueden requerir tratamiento especializado, o hasta una separación temporal, pero no se debe llegar a esto sin agotar todos los medios de tratamiento dentro de la escuela. El niño que da problemas, tiene problemas y necesita ayuda y comprensión, no rechazo o expulsiones.

Daniel, un niño de cinco años, estaba a punto de ser expulsado de un kinder al que asistía debido a su conducta agresiva e inquietud. La maestra tenía dificultades para lograr su aplicación y constantemente entraban en conflicto. Ella y la psicóloga del preescolar acordaron pedirme ayuda como psiquiatra de niños y decidí administrarle un medicamento apropiado para su edad y programar un tratamiento de modificación de conducta en la escuela y en la casa del niño con lo que éste mejoró. Los padres se sintieron más comprometidos y sus relaciones con la escuela, algo deterioradas por la amenaza de expulsión de Daniel, también mejoraron. Esta labor conjunta médico-escuela sirvió al personal educativo para darse cuenta de las posibilidades de esta clase de acciones y para sentirse más satisfechos y seguros con su labor pedagógica.

Esto contrasta con la actitud de una maestra que, al ser solicitada para colaborar en el tratamiento de un niño de su clase, el cual nos fue referido por ella misma con la queja de que era inhibido, contestó que no haría nada de lo que se le pedía pues no disponía de tiempo, arruinando así las posibilidades de ayuda para ese niño mientras continuara en su clase.

¿QUÉ PASA CON LA HIPERACTIVIDAD?

Casi no existe un salón de clases en el que no haya uno o más alumnos calificados como hiperactivos o demasiado inquietos. De hecho resulta una de las quejas más frecuentes de parte de los maestros y padres. Sin embargo, pocas personas pueden dar una definición adecuada de lo que entienden por hiperactividad. Igualmente, el manejo de la inquietud en las escuelas es generalmente inefectivo e inconsistente, basado más en métodos punitivos o coercitivos. Todavía hay niños que sufren la experiencia de ser amarrados a una silla, golpeados con palos, correas o reglas de madera por su inquietud.

El espacio restringido de un salón de clases y de muchas de las viviendas, incita a los niños a tratar de modificar constantemente sus experiencias, produciéndose en los adultos incomodidad y la

percepción de que los niños son anormalmente inquietos. Si las personas adultas que conviven con los niños están desprovistas de paciencia y tienen tendencia a irritarse, estos efectos se multiplican llevando a roces y enfrentamientos con ellos. La actividad motora de los pequeños es causa de maltrato físico con mucha frecuencia. He oído decir a padres que algún maestro les ha recomendado «darles duro» a sus hijos si se muestran inquietos. Otras veces, los padres se disgustan si algún maestro arremete físicamente contra sus hijos, pero no dudan en hacerlo ellos cuando lo creen pertinente.

Cuando la hiperactividad ya no puede controlarse con los castigos físicos y tanto familiares como docentes están a punto de desesperar, viene el peregrinaje por clínicas y consultorios probando diferentes clases de medicamentos y terapias que no siempre dan los resultados deseados, la mayor parte de las veces por un diagnóstico equivocado o por falta de colaboración de los interesados.

En las escuelas no existen políticas o programas consistentes para tratar a los niños hiperactivos, siendo la actitud de los docentes y el personal administrativo más bien de rechazo. La principal excusa para querer separar un hiperactivo de la escuela es la de que perturba la clase, pero aparte de que esto pueda ser cierto, en algunos casos no siempre es el motivo real. Razones como la hipertensión arterial de la maestra en edad avanzada, la intolerancia, la incomodidad, la ansiedad por no saber cómo actuar ante este tipo de comportamiento, la aversión hacia el niño que incomoda y el deseo de reducir cupos o cubrirlos con estudiantes «bien portados», son las que están muchas veces tras el telón de esas expulsiones.

Entre los padres, los conflictos matrimoniales, las depresiones de la madre, las frustraciones profesionales o económicas del padre, la prole numerosa, la obsesión de que el niño no toque los adornos u otras cosas de la casa, las visitas que se molestan y el rechazo oculto al hijo inquieto, son las causas más comunes de los problemas entre adultos y niños con estas características.

Ciertamente hay niños muy inquietos que independientemente de que las circunstancias ambientales los hagan parecer aún más de lo que son, o de que los mayores demuestren poca paciencia con ellos, mostrarán siempre esa anormalidad conductual. También es verdad que con esa clase de niños la paciencia de cualquiera puede llegar al límite y a los estallidos de ira, pero el problema se reduciría a sus reales dimensiones y las soluciones serían más factibles si se tuviera en consideración las motivaciones antes citadas como causas del agravamiento del problema.

El pronóstico de los niños hiperactivos puede llegar a ser grave. A un primer intento de corrección de parte de los adultos, sigue el rechazo afectivo, escolar, social, y la mala fama que a su vez trae consigo sentimientos de culpa y de no ser queridos. Finalmente, en la adolescencia o en los primeros años de la vida adulta, el fracaso y un futuro incierto, tanto desde un punto de vista familiar y social, como profesional y económico. Entre los de condición social más baja, los enfrentamientos con las autoridades policiales en las calles, con los vecinos y la conducta antisocial son efectos muy probables de ese fracaso.

Así pues, la responsabilidad de los educadores —maestros y padres, es la de salvar el futuro de estos jóvenes, aunque tal labor resulte difícil y poco gratificante en forma inmediata. El pasarse la pelota de unos a otros, del maestro al director, de éste al psicólogo, de éste al médico, del médico a los familiares y de éstos a todos los demás, sólo conduce a un callejón sin salida y envuelve al niño o adolescente en una vorágine de acusaciones y conflictos que lo acaban de estropear.

Un correcto diagnóstico de la causa de la hiperactividad, precedida de una objetivación de la misma y una actitud realmente pedagógica, que implique el trabajo en equipo y el uso de la metodología apropiada a la causa del problema, permitirá corregir a muchos de estos hiperactivos, o por lo menos, reducir bastante la intensidad de su actividad motora exagerada y, en ciertos casos, la canalización acertada hacia un centro especializado. En cualquier caso, actuar en provecho exclusivo de la escuela o de los adultos que se molestan, es irresponsable y demuestra falta de sensibilidad ante las dificultades presentes y futuras de los menores afectados.

Para tratar eficazmente a un niño con hiperactividad, es necesario modificar las actitudes impropias de quienes le rodean, descubrir y actuar sobre los condicionamientos de tipo psicológico que predisponen a los adultos a la intolerancia: depresiones, problemas familiares, irritabilidad, ansiedad, etc., observar y analizar cómo se relaciona el niño con las diferentes personas que intervienen en su vida, tomar en cuenta su edad, su madurez mental y emocional, y orientar a quienes lo educan para que se sientan más seguros y efectivos en el manejo de sus conductas.

LA AGRESIVIDAD MANIFIESTA

Los niños de hoy viven constantemente bajo la influencia de la violencia en todas sus formas. Dedican más tiempo a programas de televisión de contenido agresivo que a los culturales o educativos. Los padres prefieren matricular a sus hijos en clases de artes marciales o boxeo, antes que en clases de música o artes plásticas, y se enorgullecen, sobre todos los papás, cuando sus hijos golpean y vencen a otros en riñas callejeras o dentro de la escuela. Nuestros héroes nacionales son pugilistas antes que científicos, artistas o humanistas. Los adultos compran a los niños juguetes bélicos y los llevan a ver películas con toda clase de efectos especiales que resaltan la violencia. Insultos y golpes caracterizan las relaciones intrafamiliares en muchos hogares y así, a los hijos se les enseña que los golpes o los gritos son solución a los problemas interpersonales, además de que de la violencia se ha apoderado de las calles en muchas ciudades de países tanto del llamado Tercer Mundo como de algunos industrializados. Cuando se desatan guerras civiles o contra otras naciones, se involucra a la población infantil y juvenil como sucede en África o en el medio oriente.

Lo sorprendente en realidad, es que no hayan más niños agresivos con tanta violencia que se les da por la televisión, el cine y la crianza doméstica e incluso de parte de algunos supuestos educadores. Se cosecha lo que se cultiva, y la conducta agresiva de los jóvenes es producto, no pocas veces, del aprendizaje por imitación y refuerzo. En niños con lesiones cerebrales, la agresividad puede ser una consecuencia, pero también en ellos el aprendizaje juega un papel importante. Cuando la agresividad es debida a causas orgánicas, los que conviven con el niño afectado no suelen tener en consideración esos condicionamientos y responden también con violencia muy a menudo. En los retardados mentales la conducta agresiva es respuesta a la agresión física o psicológica a que se ven sometidos habitualmente.

Es contradictorio que los mayores peguen a un menor de edad porque éste a su vez golpeó a otra persona, y mientras se le ataca se le está diciendo: «¡Y esto es para que aprendas a no pegar a los demás!» Cuando un joven arremete físicamente contra un profesor o uno de los familiares, generalmente es porque está respondiendo a una agresión, física o verbal, previa.

Algunos estudiantes están siempre buscando peleas o adoptando posturas de gallito con los compañeros y los profesores. Detrás de esas actitudes es muy posible que exista un ambiente de violencia y agresiones en el hogar, o una respuesta a las frustraciones académicas o familiares, la necesidad de ser valorado o de destacar. Por lo común son alumnos amargados, que muestran hostilidad y odio abierto mediante las posturas desafiantes.

En mi trabajo clínico he conocido padres que colgaban a sus hijos por los dedos, otros que boxeaban con los mayorcitos de la casa como dos pandilleros, otros que levantaban al niño por las mañanas con una palotada y otros que golpeaban con saña al bebé de pocos meses porque su llanto era insoportable; maestros que usaban varillas especiales para no dejar marca cuando le daban con ellas a sus alumnos; que ponían a unos alumnos a golpear a otros muy tímidos «para que se foguearan en la vida»; que lanzaban objetos a los alumnos distraídos o que se levantaban de su banca; o que daban espectáculos reales de pugilismo con otro colega por cualquier «quítame esas pajas».

Aparte de esos casos muy llamativos, la agresión se practica en casi todas las casas y en muchas aulas escolares. ¿Se puede tener, entonces, autoridad moral para castigar a un niño que muestra conducta violenta como respuesta —directa o indirecta— a esas agresiones?

Si padres y educadores supieran controlar su ira, estarían en mejor posición para afrontar y corregir las conductas agresivas de sus hijos o alumnos. Pero además, si el clima social no fuera tan violento, este tipo de conductas se reduciría considerablemente, y aquí toca la responsabilidad en gran parte al Estado y a los medios de comunicación.

La agresividad manifiesta que nos ha ocupado hasta ahora no es la única consecuencia de las condiciones familiares, sociales y escolares de la actualidad, siendo otra la de la aceptación y la familiaridad con la violencia en las generaciones que crecen con ella. La educación debe comprometerse en este aspecto. No basta con condenar o reprimir los hechos que atentan contra la integridad física o moral de las personas, sino que es importante también que los menores aprendan desde muy temprano a desaprobar y rechazar todo acto de violencia injustificado. La

pasividad y la complacencia ante situaciones de tal naturaleza atenta contra las normas de convivencia social y empobrecen la calidad humana.

EL NIÑO QUE NO QUIERE HACER NADA

Entre las respuestas que un estudiante puede dar a su situación en las escuela se encuentran las posiciones de negativismo y de oposición. Estos alumnos son considerados como desobedientes y tercos. No es infrecuente que ya desde el grado preescolar hayan niños que no quieren seguir instrucciones. Es el que prefiere estar a su aire sin seguir normas, yendo de un lugar a otro cuando los demás trabajan, o acostumbran a decir que no a toda invitación de la maestra para que se ocupe en algo. Ésta se desespera y acude pronto a los padres o al psicólogo del centro en busca de ayuda. El psicólogo en realidad, como ya anotamos antes, casi nunca logra algo con tales niños porque no se puede dedicar a ellos. Los padres, preocupados por la llamada de alarma de la maestra, es probable que se culpen uno al otro alegando sobreprotección, falta de supervisión o consentimiento, o culpan a la maestra por su «incapacidad» o por «no caerle bien el niño».

Los niños pequeños que no trabajan bien en el preescolar tienen el riesgo de que se les retire de la escuela porque «no están aún preparados». También ha sucedido que a los padres se les insinúa que sus hijos no rendirán al pasar a un primer grado y que vayan pensando en llevarlos a un centro de enseñanza especializada, lo que para los sorprendidos padres signifique que es «anormal».

Por lo regular suele tratarse de niños que necesitan mayor motivación y un hábil manejo de sus intereses. Es probable que en algunos aspectos no hayan madurado lo suficiente como para mostrar una conducta más acorde con su edad cronológica: socialización deficiente, persistencia del juego paralelo, prolongación anormal de la fase de resistencia, cansancio fácil debido a dificultades motoras o perceptivas, etc., pero en todo caso, es en el centro preescolar donde se le debe dar la ayuda que requiere para superar esos retrasos.

¿Que se necesita más paciencia y más habilidad psicológica para interesar a esos niños que no quieren trabajar? ¿Que los padres deben tener una orientación adecuada para complementar en la casa la labor de la escuela? En eso consiste precisamente el éxito del buen pedagogo. Es engañoso llamar «maestros o maestras especializadas» a quienes intentan conseguir un mejor funcionamiento de esos pequeños alumnos, porque se está negando la importancia de que todo educador sepa manejar esos retos, y aceptando la supuesta anormalidad de aquéllos.

Para educar en un centro parvulario se requiere una formación ya de por sí especializada, que incluye un profundo conocimiento del desarrollo en los primeros años de la vida, de los trastornos que pueden entorpecerlo, de cómo afrontar las deficiencias motrices, de atención, de socialización, de lenguaje y de métodos pedagógicos modernos. Lamentablemente, son pocos los centros preescolares donde el personal que educa a los niños tiene los estudios especializados para desempeñarse en esa área. Es más, en gran cantidad de ellos trabajan personas que ni siquiera tienen título de maestros.

Entre los estudiantes de escuela primaria, la negatividad y el desinterés por cumplir con las responsabilidades escolares tiene otras facetas que es necesario comprender. Unas veces, el alumno negativista puede estar padeciendo una depresión motivada por vivencias familiares perturbadoras. El aburrimiento y el tedio por no encontrar interesantes las labores académicas es otra causa. Son niños que hayan mucho más atractivo ver la televisión, o jugar, hasta un punto en que las tareas escolares llegan a verse como un obstáculo odioso para poder dedicar tiempo a lo que de verdad gusta. El niño que rechaza la escuela, mientras más se le exige o se le presiona para que trabaje, más trata de huir o de evitarlo mediante mil artimañas. Después de varios frascos de vitaminas y de complejos de fósforo para «fortalecer el cerebro», el apático estudiante sigue dando muestras de actitud negativa y entonces, de las medicinas se pasa a los castigos y a los regaños o golpes para que estudie.

A los alumnos que encuentran aburrida la escuela se les debe motivar mediante previo estudio de sus intereses, elaborando un programa basado en la coordinación de sus obligaciones con sus inclinaciones, y sobre todo, reforzando en forma sistemática sus intentos, por pequeños que sean, por cumplir con sus deberes. De todos modos, los padres también necesitarán practicar cambios en sus actitudes erradas: falta de interés por la vida académica del hijo, castigos frecuentes por causas

relacionadas con la escuela, ausencia de incentivos apropiados, demasiada complacencia, provocación de situaciones desagradables cuando se ponen a estudiar con él y otras.

En los años de la secundaria, las depresiones y la apatía son igualmente causa frecuente de oposición a los estudios, pero se añaden además los conflictos con los profesores que reflejan una mala relación con sus padres, siendo en tal caso una forma de agresión contra figuras de autoridad. Los enfrentamientos con los docentes pueden ser también producto de una mala relación pedagógica. Un alumno de segundo año de bachillerato se negaba a participar en clases permaneciendo de brazos cruzados todo el tiempo, y sin hablar repetía en voz baja: «¡Estúpido! ¡Imbécil!», y se reía cuando el profesor intentaba quedar bien contando algún chiste. Evidentemente este estudiante se llevaba muy mal con aquel profesor a quien acusaba de injusto y de estar contra él.

La oposición y la negatividad de estos alumnos se agrava cuando los profesores les reclaman diciendo: «¿A qué vienes a la escuela, a perder el tiempo? ¿Por qué le quitas el puesto a otro que sí quiere estudiar? ¡Eres un inútil que sólo viene a calentar bancas!» y otras recriminaciones similares. Una respuesta frecuente de algunos docentes en estos casos es tratar de provocar al estudiante de manera similar a los instructores de escuelas militares cuando tratan de probar a un nuevo cadete: le lanzan indirectas, lo mandan a la pizarra para dejarlo en ridículo, le hacen preguntas cuando saben que no ha estudiado, lo ponen a hacer pechadas delante de los demás, y cosas parecidas. De esta manera solamente consiguen agravar más la situación ya de por sí deteriorada.

ANSIEDAD Y RENDIMIENTO

La combinación de un temperamento aprehensivo y el sistema escolar es explosiva, una bomba de tiempo que a cierto punto estalla. Durante los meses de clases las consultas por crisis de ansiedad aumentan considerablemente. Los dolores de estómago, de cabeza, las palpitaciones, la sudoración de manos, las pesadillas, el morderse las uñas y los movimientos estereotipados de las piernas, los tics, las crisis de llanto ante la mesa de estudio y otros, son síntomas típicos de ansiedad. Las mamás preocupadas acuden a los pediatras para conocer la causa de estos síntomas que algunas veces pueden confundirse con patologías orgánicas.

Las amenazas de una mala calificación si no se lleva a la escuela al día siguiente una lista de cosas, en ocasiones algo extravagantes, los tres o cuatro exámenes seguidos en la semana, las lecciones que hay que memorizar y no se logra aprender con la perfección exigida, el difícil ejercicio de gimnasia que hay que saber ejecutar para no quedar mal ante el profesor de educación física y los compañeros, la tarea que se estropea a última hora por una pequeña mancha que la maestra tal no soporta, los cincuenta centavos del paseo que la mamá no tiene en ese momento, etc., son leña para el fuego de los nervios en los niños y jóvenes ansiosos.

Probablemente la mayoría de los maestros y profesores no son conscientes de que la ansiedad que provocan en sus estudiantes irrumpe con todos sus síntomas especialmente cuando éstos regresan a sus casas, siendo los padres los que tienen que afrontarlo. El nerviosismo crea en el estudiante momentos de gran tensión, originando en sus padres sentimientos entremezclados de desazón y de ira: «¡Ya estoy harto de esa maestra!» «¡Esa escuela va a acabar conmigo!» «¡El próximo año te cambio de escuela!», son expresiones corrientes en esas situaciones. El niño ansioso puede también sufrir una reprimenda y hasta un castigo por no actuar con serenidad: «¡Que te calmes te he dicho!» «¡Como sigas llorando te voy a dar!» «¡Déjate las uñas...!»

Cuando a un grado determinado se le ha asignado un maestro inflexible, autoritario y punitivo, los alumnos nerviosos viven asustados, saltan como muelles ante cualquier estímulo un poco intenso como un ruido, un grito o simplemente porque se le toque cuando está desprevenido; como se suele decir: está eléctrico. A otros el miedo los paraliza y quedan pálidos, sin poder articular palabras ni moverse. Se comportan en forma sumisa y tienen pavor a ser amonestados. La conducta inhibida y sumisa en el aula se torna frecuentemente en una gran inquietud en el hogar con demandas de atención constantes. Son los niños que en la escuela son tenidos por unos «angelitos» pero en la casa son «diablitos».

El sentimiento de pequeñez y de inseguridad que viven los niños nerviosos en un medio escolar hostil es muy ostensible. Cuando son mayorcitos, el temor al ridículo y a los fracasos cobra importancia. A la hora de hacer exámenes se les pone «en blanco» la mente, sus manos le sudan y hasta deja de escribir lo que sabe por inseguridad; son momentos de verdadera angustia. Si la prueba es oral, la

tartamudez, los enredos verbales y algunas veces el mutismo, son las consecuencias de la ansiedad aguda.

Si los padres son a su vez personas nerviosas que contagian a quienes viven con ellos, la situación es peor: ellos sufren las tareas, los exámenes, las exposición de las lecciones y las calificaciones con igual intensidad o más que sus hijos. Su ansiedad los impulsa, especialmente a las madres, a presionar al hijo más allá de lo aconsejable «para que no saque una mala nota» que para ellas suele ser menos de 4 sobre 5.

La señora B era la madre de un estudiante de nueve años que estudiaba en un colegio bilingüe donde la enseñanza del Inglés ocupa la mitad del horario semanal. Ella, por su temor de que el niño no aprendiera bien este idioma que considera tan importante, lo forzaba a tomar clases especiales en horas de la tarde después de finalizar la jornada escolar. Añadido a eso, no lo dejaba estudiar solo pues de lo contrario fracasaría según ella. Ambos se sentaban a estudiar avanzada la tarde cuando ella llegaba de su trabajo, y poco a poco la tensión iba subiendo de tal manera que en una ocasión la madre acabó dándole un mordisco en la mano al niño.

Cuando el caso fue atendido en consulta médica, el niño se mostró muy nervioso, se le saltaron las lágrimas a él y a su madre, y pudo notarse además, la presión a la que se estaba viendo sometido porque manifestó no desear asistir a esas clases especiales de Inglés. El padre estaba sumamente preocupado por el estado de cosas que se vivía debido a las tareas escolares entre su esposa y su hijo.

El rendimiento de los alumnos nerviosos es bastantes veces más bajo, pero cuando no lo es, se mantiene a costa de mermar cada vez más su salud mental, pudiendo ser causa de la aparición de una fobia escolar, depresiones o crisis de angustia que requieren tratamiento. Las enfermedades con base psicosomática como el colon irritable, las dermatitis atópicas, el asma bronquial, los dolores de cabeza, y otras, pueden surgir o presentar exacerbaciones debido a la agudización de la ansiedad.

Todos los educadores y quienes establecen los planes de estudio en las escuelas deben tomar nota de esto. Deben estar conscientes de que pueden provocar trastornos mentales con exigencias innecesarias. Y también los padres perfeccionistas deben saber que la bendita medalla al final del año o el honor de ser «los padres del mejor alumno de la clase» no compensan de los efectos de la enfermedad mental.

EL TEMOR A LA ESCUELA

Uno de los problemas más comunes en época de escuela, sobre todo al inicio, es la resistencia de algunos estudiantes para ir a clases. En las puertas de los salones de los primeros grados se forman luchas cuerpo a cuerpo, casi siempre de dos contra uno, madre y maestra vs. el niño, para vencer la negativa de éste a entrar. En uno de estos casos, la resistencia del niño era tan grande, que si se lograba hacerlo entrar al aula, arremetía con tal furia que arrinconaba a la maestra y a todo el grupo contra una esquina cual león escapado de su jaula.

El absentismo es consecuencia frecuente del temor o fobia a la escuela. Los padres que no quieren estar todas las mañanas en esta pelea agotadora, optan muchas veces por dejar al niño en la casa por varios días o semanas, y cuando intentan llevarlo nuevamente, se sorprenden y se angustian al ver que no sólo no se ha conseguido aliviar su miedo, sino que se ha acentuado. Se dan casos en los que los padres con tal de no acudir a un psiquiatra o psicólogo pediátrico por aquello de que «mi hijo no está loco», tratan de resolver el asunto dándole una tunda de correazos y sentándolo a la fuerza en el aula día tras día, hasta que un buen día el niño cede —de mala gana— y deja de patalear, pero conservando el temor aunque no lo manifieste delante del padre castigador. Este miedo reprimido no dejará de causar otros síntomas como los de los niños ansiosos que describimos en el capítulo anterior.

El temor a la escuela no sólo se da en los grados inferiores, también lo pueden exhibir los estudiantes de años más avanzados y hasta los últimos del bachillerato, pero con manifestaciones diferentes. Las «enfermedades» que sirven de excusa para faltar a clases no son más que la forma de encubrir la resistencia a ir a clases que cuando no es por vagancia, se debe al temor al fracaso, a enfrentar a un determinado docente o a quedar mal delante de los compañeros al exponer una lección.

Las causas del miedo a la escuela son diversas y a veces se combinan y van sedimentando hasta que un día, inesperadamente, aflora la fobia. Los niños con fobia escolar suelen compartir algunos rasgos temperamentales: son generalmente introvertidos, inteligentes, con alto sentido de la honra académica, propensos a la ansiedad y poco tolerantes ante las frustraciones. El desencadenante de la fobia puede ser cualquier situación que el niño perciba como amenazante en sus experiencias escolares diarias. No debe confundirse la fobia escolar con la resistencia del niño a ir a la escuela por padecer de angustia de separación, ya que en estos casos la causa es la incapacidad e inseguridad que siente al estar separado de las figuras familiares a las que se siente apegado, aunque el niño intente hacer recaer la culpa en algo relacionado con la escuela, lo que no es más que una excusa para no alejarse de su hogar.

Los hijos de padres muy exigentes en relación al rendimiento académico, aunque sean alumnos excelentes, pueden desarrollar una fobia escolar debido al estado de tensión diaria por mantener su estatus de estudiante modelo, como si la escuela fuese una carrera de caballos o una competencia olímpica en la que se tiene el deber de llegar siempre de primero. Un día llega la «quiebra psicológica» y el muchachito dice: «¡Hasta aquí llegué!», y se niega a seguir los estudios.

Una de mis pacientes había sufrido mucho en la escuela primaria porque no rendía lo suficiente y algunas maestras le decían que ella debía estar en una escuela para retardados. Sin embargo continuó sus estudios y se cambió de colegio al iniciar la secundaria. Su afán por superarse fue tan grande que se dedicó a estudiar sacrificándolo todo: vida social, diversiones, deportes, etc. Se hizo una niña muy aislada y poco atractiva para los compañeros, y su autoestima estaba siempre muy baja. Lo único que la ayudaba a compensar esta merma de su estima era el haberse convertido en la mejor alumna del grupo. Tanto sus padres como sus profesores cayeron en el error de exigirle constantemente que se mantuviera en el primer puesto sin considerar demasiado si con eso se veía afectada en su vida emocional y social. Esta estudiante cayó muy pronto en un estado depresivo y necesitó tratamiento con medicación y psicoterapia incuso hasta después de terminar los estudios de secundaria.

TODO CEPILLO MUERE SIN PELO

Cepillo es el calificativo que nuestros estudiantes aplican a quienes están constantemente tratando de ganarse a los profesores. La manzanita clásica que se le regalaba al maestro al entrar a clases se ha convertido en diversas formas de adulación, siendo algunas conductas aduladoras más chantajes que simple coba. Hay padres, más que todo madres, que alientan este proceder en sus hijos. En algunos colegios se puede ver siempre a las mismas madres rondando con cualquier pretexto: el cumpleaños del director, la fiesta del colegio, la misa de tal o cual aniversario, etc. Es tan notorio el hecho de que los estudiantes lo perciben y tratan a los hijos de esas madres como «cepillos». Tampoco es raro que haya docentes que se presten para ese juego. Se trata por lo general de educadores que practican lo que he llamado la asimetría afectiva a favor suyo. El polo de interés gira en torno al maestro y no al niño. Los estudiantes cepillos suelen ser inteligentes y pronto aprenden a reforzar el ego del maestro.

«Profesor, cuéntenos cuando estuvo en tal parte...» «Profesor, ¡usted sí que sabe!» «Maestra, ¿por qué no piden que la dejen con nosotros el próximo año?» «Maestro, ¡usted ha sido el mejor que hemos tenido!» Son formas de adulación que complacen a casi todos los docentes y que redundan en beneficio del que las practica. Hay casos en los que las conductas de los alumnos cepillos suponen premeditación, hipocresía, con el fin de obtener alguna ganancia, pero otras veces obedece a necesidades no conscientes.

El deseo de identificarse con el maestro o profesor para neutralizarlo porque en realidad se le teme, puede ser una de las motivaciones inconscientes de la adulación. También lo puede ser la necesidad de afecto que no se logra en la familia, o la de agradar como parte de una incipiente personalidad histriónica.

El educador inteligente y emocionalmente equilibrado se percata fácilmente cuál es el propósito de las conductas aduladoras de sus estudiantes. Pero si se encuentra ensimismado y necesitado a su vez de elogios y aplausos, entonces perjudicará al alumno, lo obligará a gravitar alrededor suyo afectivamente, y no le permitirá cubrir adecuadamente sus propias necesidades emocionales.

Existe otra forma de adular que no es precisamente la acción dirigida al maestro, y consiste en guardar una compostura y una atención durante las clases que aquél perciba como un «regalo» hacia él. Este no es el niño tímido o que se porta bien siempre, es sólo el que desea destacar haciendo justo lo que talo cual maestro quiere: que no le den problemas y que se fijen en él.

Los problemas del niño cepillo no se limitan al sacrificio de sus necesidades afectivas, sino incluso al aislamiento o al rechazo al que lo someten sus compañeros, sobre todo aquellos que sufren por otras razones como el fracaso en su relación con determinado docente, sus bajas notas y las humillaciones.

Los educadores deben evitar patrocinar este tipo de actitudes el rodear a ciertos alumnos, por más inteligentes y rendidores que sean, de una aureola de santidad y de honorabilidad a costa del sacrifico de los demás, ya que así se crean divisiones odiosas entre los estudiantes de un grupo. La envidia roe los corazones de los pobres alumnos que nunca son llamados a ocupar los puestos distinguidos en los desfiles, en las ceremonias, festejos y en otras oportunidades, porque «no son inteligentes» ni «tan bien vistos». El estudiante premiado, tiene tendencia, en algunas ocasiones, a pagar su éxito convirtiéndose en el pelotilla o cepillo, y si no sucede así, puede parecerlo a los ojos de los «desposeídos». Aparte de que siempre los «cepillos» están en mejor posición para ser «bien vistos» con lo que el círculo se completa.

Todo cepillo muere sin pelo, o acaba por perder sus cerdas dice el refrán entre los estudiantes. Y los alumnos cepillos acaban por perder mucho: se afecta su vida emocional, su relación con los demás alumnos de su clase, o sufre mucho cuando se topa con un docente que no le acepta ese tipo de acercamientos.

Los padres de niños con estas tendencias deben estar alerta para impedir que se dé un privilegio desmedido hacia sus hijos, y aconsejarlos bien para que no sientan que necesitan caer en dichas manifestaciones, para que no confundan lo que es verdadera simpatía sana entre educador y educando con la adulación en cualquier sentido.

EL TABÚ DE LO SEXUAL

En una escuelita de párvulos, la maestra halló a dos niños de unos 4 años tocándose los genitales, y según dijo, uno de ellos tocaba el pene del otro con su boca. El hecho produjo una gran consternación entre los alarmados padres de los niños y el personal del centro. La psicóloga solucionó el problema con un castigo: obligó a uno de los culpables a que ¡orinara al otro en la boca! Semejante castigo nos confirma el tabú que aún envuelve el tema de la sexualidad en la educación de hoy. Uno puede imaginar que los confundidos niños habrán pensado qué tan mal hicieron para merecer tal castigo. La reacción de uno de ellos fue decirle a su madre que no lo llevara más a esa escuela.

Se han dado otros casos en los que los niños sorprendidos en ese tipo de actividades han estado a punto de ser expulsados ¡del prekinder o del kinder! Cuando estas cosas suceden los maestros y psicólogos se reúnen con toda solemnidad y discuten los hechos con los padres y/o el médico pediatra del centro.

Los niños de esas edades frecuentemente se descubren unos a otros en medio de inocentes juegos sexuales sin mayor trascendencia. Son los adultos los que le dan el toque alarmista y se desesperan señalándolos con el dedo acusador: «¡Te atrapé, sinvergüenza!», «¡Qué escándalo!». Si lo sucedido llega al conocimiento de los demás padres, entonces cunde el pánico como si se tratara de una epidemia que se ha desatado en la escuela, o como si algún niñito pervertido pudiera violar a una o uno de sus hijos.

Las conductas sexuales de los niños pequeños deben ser vistas igual que otras, bajo un doble ángulo de frecuencia e intensidad. El niño que exhibe una conducta de esa índole como manipulación de los genitales de otros, curiosidad por los senos de la maestra o los órganos sexuales de los adultos, intentos precoces de cópula, es posible que sí esté sufriendo un trastorno emocional que requiera estudio y tratamiento, pero no debe ser motivo, en ningún momento, de escándalos o de amenazas que sólo consiguen confundirlo más.

En muchos hogares se viven ambientes promiscuos o situaciones que provocan en el niño un despertar prematuro de la curiosidad sexual. Algunas madres, por ejemplo, realizan verdaderas

masturbaciones a sus hijos cuando juegan con ellos o los bañan. Queda claro que la mayor parte de las veces no se dan cuenta del alcance de esos juegos o de las motivaciones inconscientes que puedan haber en ellas, pero de esa manera excitan al niño o niña sexualmente. Otras veces es una empleada doméstica la que enseña a un niño los juegos sexuales mientras los padres están ausentes y de forma totalmente consciente, o si no, es un hermanito mayor o amiguito de la vecindad quien se encarga de hacerlo. En ciertos casos, el niño se entretiene con sus genitales en la cuna o en el corralito porque pasa mucho tiempo solo y descubre una fuente de placer con esas manipulaciones. La posibilidad de que se esté o se haya dado abuso sexual de parte de adultos o adolescentes, familiares o no, también tiene que descartarse porque ahora, y en todos los tiempos, son hechos frecuentes.

En las casas donde se vive en apiñamiento y bajo condiciones de poca privacidad, es fácil que los menores aprendan conductas sexuales desde muy temprano porque las ven casi a diario. El lenguaje soez de los jovencitos callejeros que no pasan de 7 u 8 años así lo confirma. Sus expresiones aluden a actos sexuales que los que proceden de mejores ambientes familiares no llegan a conocer por lo general hasta casi la pubertad.

Es pues necesario saber de qué ambiente proceden los niños que muestra conductas sexuales muy llamativas: ¿Qué influencias hay en sus vida? ¿Cómo es el clima afectivo en sus hogares? ¿Con quiénes convive? ¿Tienen alguna enfermedad física, genética, neurológica o endocrinológica que los impulse a tales comportamientos? La investigación serena y sin ribetes sensacionalistas es la que se debe imponer, y si se descubre algún tipo de situación que requiera ser modificada en la vida de estos niños, entonces deberá procederse con conocimientos apropiados a cada caso.

La moda actual de organizar cursos de «educación sexual» para estudiantes de secundaria y adultos con escasa formación, demuestra la ineficacia del sistema escolar para preparar para la vida. Si esta preparación se iniciara desde el preescolar no habría que «educar sexualmente» a nadie. Pero si la escuela falla en esta formación integral para la vida, el hogar no queda libre de culpas ya que en relación a lo sexual el tabú es muy grande aún, y los padres se desconciertan cuando sale el tema a relucir de algún modo. Aunque pueda parecer mentira, en muchos hogares aún se cuenta a los niños pequeños que ellos fueron traídos al mundo por una cigüeña, y la masturbación es castigada como un delito contra la moral.

Si los adultos conversan con sus hijos de esos temas con la misma naturalidad con la que hablan de otros, sabiendo siempre hasta donde les pide el niño saber, y si en las escuelas se incluyera dentro de las ciencias naturales y otras materias (Psicología, Ciencias Sociales, Filosofía, Educación Física, etc.) como parte integral y natural de la enseñanza, no sería necesario dar esa relevancia a la llamada «educación sexual» ni organizar cursos con tal finalidad.

La sexualidad no sólo incluye el conocimiento de la biología de los órganos y el sistema reproductor, sino también aspectos cívicos, morales y filosóficos, así como la adecuada instrucción para la paternidad y maternidad. Todo esto debe lograrse mediante una enseñanza integrada y progresiva.

EL ALUMNO QUE NO AVANZA

El alto índice de fracasos escolares en nuestro país y la gran cantidad de estudiantes que pasan «raspando», indica que el sistema pedagógico en uso no está cumpliendo satisfactoriamente sus fines. Se ha querido ver como causa de los fracasos las condiciones económicas de la familia panameña, el abuso de drogas por los jóvenes y hasta el «exceso de libertades» de que gozan. Sin embargo, y a pesar de que estas razones puedan tener cierto peso, quedan muy por debajo en importancia comparadas con las que tiene el sistema educativo. Cuando decimos «sistema educativo o pedagógico» incluimos los métodos y los modos como se aplican. El número de alumnos «incapaces» con «trastornos de aprendizaje» y con «retardo mental» aumenta considerablemente cuando esos métodos y la calidad profesional de quienes los ejecutan no están a la altura de los objetivos perseguidos.

Las causas de que un estudiante fracase pueden ser pobreza, pereza, falta de supervisión en la casa, dificultades específicas del aprendizaje, inteligencia fronteriza o retardada, problemas emocionales, enfermedades físicas y otras. Pero también los malos maestros, los programas rígidos y

los métodos inadecuados provocan más fracasos de los que se ha querido ver. Algunas veces los causan por sí mismos y otras agravando una deficiencia o incapacidad ya establecida no dándoles la atención debida.

Cada año las migraciones forzadas (exilios académicos) que se producen de unas escuelas a otras por causa de los fracasos son considerables. Los padres de esos alumnos fracasados se las ven muy difícil para conseguir matrícula en otros centros educativos. Las escuelas, una vez que han declarado fracasado a un estudiante, lo ponen en candidatura para el «exilio», y cercano ya el fin del último bimestre los padres reciben la noticia de que su hijo no podrá continuar en esa escuela. Esto ocurre principalmente en los centros privados con gran matrícula. Por supuesto que jamás se les ocurre pensar a los docentes y directivos que la causa del fracaso de un determinado alumno pueda radicar en la forma en que se le quiso enseñar.

Ángel, un joven de 16 años, había estado durante 11 años en uno de esos colegios privados en el que además estudiaban sus dos hermanos. A mediados del último año y como consecuencia de una afección mental transitoria, había empezado a fallar en sus estudios y a ausentarse. Nunca había fracasado y su conducta había sido siempre normal, sin embargo, este «naufragio» a última hora, en las costas de la graduación, bastó para que se le rechazara completamente sin posibilidad de volver para finalizar lo poco que le faltaba para culminar su bachillerato.

En ocasiones, las razones para expulsar a un alumno con fracasos no quedan muy claras, pero en todo caso, la política que se sigue con ellos no es la más correcta: se les etiqueta y se les margina, cuando es responsabilidad de los que ejercen la profesión de educadores brindar a sus educandos los medios necesarios y la ayuda indicada para que logren ajustar su paso al del resto de alumnos cuando tienen dificultades.

No hay investigaciones serias en cada alumno fracasado para conocer las causas reales de su problema académico, y si éstas llegan a saberse, no se atacan como debe ser. Es habitual referir el caso a un psicólogo o médico pero la misma escuela, con excepciones muy dignas, no suele desarrollar programas consistentes en este sentido. Los cursos de rehabilitación no son más que una oportunidad que el sistema escolar da para que el alumno «pase», pero no se diferencian en nada del curso regular en cuanto a métodos: son más bien una abreviatura del año académico.

El fracasado escolar, el niño que no avanza o que lo hace lentamente es, en gran medida, producto de un sistema que no cumple con los objetivos fundamentales propuestos en la primera parte de este libro. Algunas de las grandes fallas del método educativo son: la homogeneización de los estudiantes, la falta de conocimiento de los mismos, la memorización mecánica, la comunicación deficiente e insuficiente, la falta de orientación y participación de los padres de familia, la excesiva preponderancia del programa sobre los intereses y capacidades del estudiante y otras.

La escuela no puede ser un matadero donde unos sucumben y otros se salvan, una competencia en la que sólo los que gozan de mejores condiciones logran arribar a la meta. Tiene que formar y enseñar, aunque para ello deba ajustar sus métodos y el programa a las necesidades de los alumnos. No verlo así es incumplir con la correcta pedagogía, es asumir posturas cómodas y discriminatorias. Sólo aquellos centros que tienden la mano al niño o adolescente con dificultades académicas y psicológicas luchando junto a él para vencerlas, tienen el derecho de llamarse centros educativos o pedagógicos. Los demás son solamente centros donde se imparten conocimientos y donde cada uno debe salvarse como pueda, y el que no lo logra por las razones que sea, debe seguir su camino en otro lugar para no estorbar el «prestigio» del colegio.

Cuando un estudiante, por su incapacidad intelectual realmente baja, presenta impedimentos importantes para el aprendizaje con los métodos destinados a quienes no tienen esas limitaciones, entonces la escuela, en vez de estigmatizarlo, debe darle todo el apoyo pedagógico, psicológico y moral que requiere, y después de haberle dado todas las oportunidades posibles, si no hay buenos resultados, referirlo a otra institución más especializada.

Fracasar significa obtener calificaciones por debajo de un límite convencional que en nuestro país se ha establecido en la nota 3 sobre 5, —con excepción de algunos centros privados que utilizan el 100 como nota máxima—, y estar por debajo o por encima de dicho límite está sujeto a circunstancias que no siempre tienen que ver con apreciaciones objetivas, pero aunque así fuese, significa que el estudiante no aprendió (o no supo reproducir) lo explicado en clases, o lo que exige el texto oficial, lo que a su vez puede deberse a deficiencias en la forma en que se enseñó la lección o a la insuficiencia didáctica del texto. ¿Cómo se entienden los altos índices de fracasos en materias

como la Matemática, el Inglés, el Español o las Ciencias? ¿Por qué hay asignaturas en las que no rinden tantos alumnos? ¿Es que todos son muy pobres, consumen drogas o gozan de libertades excesivas? ¿Es que todos los que fracasan esas materias son vagos o tontos?

Evidentemente no. Si al grupo que estamos llamando fracasados añadimos todos aquellos que obtienen promedios finales a niveles mediocres, se alcanza un porcentaje muy alto de la población estudiantil, lo que apunta a favor de la tesis de que el sistema escolar actual es ineficiente y hasta dañino de cierta manera.

A MODO DE RESUMEN

¿FORMACIÓN O DEFORMACIÓN?

Una educación centrada en el niño, en sus capacidades e intereses, que enseñe a pensar, a criticar e investigar, que se preocupe de favorecer y proteger el desarrollo emocional de los educandos, que produzca hombres y mujeres con los conocimientos que la vida moderna exige y con conciencia ciudadana; personas informadas a cabalidad de sus derechos y deberes, ávidas de superación y progreso, es una educación realmente formativa.

El paso por las aulas escolares desde su inicio en el centro preescolar hasta el último año de la secundaria, debe dotar al estudiante de esa formación universal y equilibrada; todo - los programas, los métodos, los docentes, la construcción de los recintos escolares, las actividades diarias - debe estar en función de esas metas. El grado de preparación que cada alumno alcance, aunque esté influido por factores de tipo personal, familiar y social, debe ser garantizado hasta cierto nivel por la escuela. Acercarse lo más posible al ideal educativo es el propósito que tiene que animar a docentes, estudiantes y padres.

La educación es empresa humana y como tal es imperfecta, por eso tiene que estar en continuo proceso de superación, pero siempre su meta será la de elevar la condición del ser humano por encima de la mediocridad, los egoísmos, el odio, la pobreza, la chabacanería y todo lo que de alguna manera lo rebaja y no lo deja construir un mundo mejor.

Preparar para la vida no significa exactamente como algunos creen, preparar «para ganarse la vida», para mejorar el nivel socio económico. Significa preparar para engrandecer la existencia en todo sentido, espiritual, intelectual y moral. El progreso material viene como consecuencia de esa educación y debe estar siempre como medio y no como fin.

¿Qué pasa cuando la educación no es concebida de esta forma? ¿Cuando no se persigue otro fin que el de pasar exámenes y grados en una especie de maratón en la que sólo el afán de un título es lo que cuenta? ¿Cuando en aras de un programa preestablecido y que se debe cumplir a toda costa se merma el potencial intelectual y el desarrollo emocional del niño? ¿Cuando los docentes no están a la altura de su misión formativa? ¿Cuando el niño está en función de la escuela y del maestro y no al revés? ¿Cuando el éxito consiste en reproducir fielmente de memoria las lecciones y todos los estereotipos académicos que marcan los estrechos límites de los cuales no se puede salir?

¿Formación o deformación? Si un joven sale de la escuela con unos conocimientos mínimos, sin haberse enriquecido espiritualmente o marcado emocionalmente, sin ánimo de superación intelectual y moral, sin una verdadera conciencia de ciudadano que le impida comportarse de manera egoísta en el seno de su comunidad, y teniendo por único fin importante el enriquecimiento material y los placeres mundanos inmediatos, entonces ¿qué se ha logrado?, ¿hemos formado o deformado? Todo lo que ese ser humano hubiese podido llegar a ser, es posible que lo hayamos anulado, matado, consiguiendo solamente producir un ser desproporcionado, con una educación insuficiente y estéril en relación a las metas de la humanidad.

Es pues una deformación y no una formación lo que se alcanza con este último tipo de educación. Esta deformación puede que no se le haga patente a la mayoría de las personas, pero es debido a que no piensan en lo que la formación escolar puede y debe ser contentándose con lo que

ahora se entiende por tal. Y seguramente así la conciben porque son a su vez producto de esa misma educación deformante que les impide ver más allá.

EL MEJOR EDUCADOR

El educador —y aquí nos referimos tanto a padres como a maestros y profesores— que persigue los fines de una formación como la señalada en las páginas precedentes, tiene que estar conciente de su papel de arquitecto de esa magna obra. Su superación personal es importante para desempeñar la labor educativa, superación intelectual, espiritual y moral. Las deficiencias del educador perjudicarán inevitablemente la formación de sus alumnos o de sus hijos en cualquiera de esos aspectos. No se nace maestro, profesor o padre de familia, pero una vez que se alcanza esta condición, hay que justificarla con responsabilidad y dignidad.

Toda persona implicada en la educación de menores de edad debe recordar y cumplir unas normas básicas que enumeramos así:

1.-Profundo respeto por el menor en todas sus edades.
2.-Conocer hasta dónde se le puede pedir a un niño según su grado de madurez intelectual y emocional.
3.-Guiarse por los intereses del niño pensando en el futuro adulto.
4.-No anular ni impedir el libre ejercicio de la curiosidad y la creatividad infantil y juvenil.
5.-Estimular el pensamiento y la búsqueda de soluciones a las incógnitas y los problemas.
6.-Poner al menor en contacto con las fuentes vivas de los conocimientos en la medida de lo posible.
7.-Favorecer el desarrollo de la autoconfianza, la independencia y la seguridad en el niño.
8.-Mostrar interés por los problemas del niño y ayudarlo a encontrar las soluciones.
9.-Practicar métodos de disciplina consistentes, con normas claramente definidas y transmitiendo una imagen de autoridad afectuosa.
10.-Estudiar y prepararse cada día más para estar a la altura de la misión educativa.